

**Jean-Paul Didierlaurent**  
Conversaciones  
con mi enano de jardín



# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

El tatuador llevaba...

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

La mujer deslizó...

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

## Sinopsis

Director comercial de un negocio de figuras de enanos de jardín, Xavier Barthoux lleva una vida anodina y organizada como esposo y padre modélico. Tras descubrir en la casa de verano que el muro del patio presenta una fisura, el protagonista —alentado por su nueva amistad con su propio enano de jardín, Número 8— pasa de lo que iba a ser una simple reparación, a un vertiginoso viaje iniciático. Dada la imposibilidad de reparar la grieta del muro, decide excavar en ella para encontrar su origen: resulta que la ubicación de la casa se encuentra en las antípodas de una isla neozelandesa, por lo que el protagonista decide emprender una aventura junto a Número 8 que los llevará a Nueva Zelanda en busca de respuestas.

# CONVERSACIONES CON MI ENANO DE JARDÍN

Jean-Paul Didierlaurent

Traducción del francés por Adolfo García Ortega



**Seix Barral**

*El tatuador llevaba cerca de una hora repitiendo los mismos gestos con la precisión de un metrónomo. Mojaba el peine en tinta negra, ponía las púas sobre el antebrazo del hombre, daba unos golpes secos con ayuda de un palo, madera contra marfil, para que de ese modo el líquido negro penetrara bajo la piel clara. A intervalos regulares, el ayudante secaba la epidermis con una gasa. Sangre y tinta mezcladas constelaban la tela de manchas oscuras. Echado con el torso desnudo sobre la estera, el hombre sudaba la gota gorda. El fuego invisible le devoraba el brazo, lo quemaba hasta el hueso. A pesar del dolor, halló fuerzas para sonreír a la joven arrodillada a su izquierda. Ella le devolvió la sonrisa y le tomó la mano. Por un instante, su palma alivió las mordeduras del peine. El hombre alzó la cabeza y observó la evolución del tatuaje. Un primer entramado de líneas oscuras serpenteaba por su piel desde el codo hasta el bíceps. Le pareció que los recuerdos se difuminaban a medida que el dibujo cobraba forma. Cerró los ojos. Las últimas imágenes de su vida anterior se escapaban sin que él tratara de retenerlas.*



En el arte de la tala, la cuña de caída es el corte en V practicado en el tronco de un árbol para determinar la trayectoria de su derribo. Por ínfima que sea, esa cuña orienta el desplome del tronco al desequilibrar todo el árbol hacia el lado pretendido. Echar abajo un gigante verde sin llevar a cabo ese acto preliminar puede resultar muy peligroso. Por lo general, cualquier leñador dominguero, cuya ignorancia iguala a su necesidad, lo empieza haciendo así, con los riesgos que ello comporta y el resultado contrario a sus pretensiones. Una vez cortado, el árbol, no contento con quedarse sujeto a sus demás compañeros por las ramas, puede oscilar un buen rato antes de elegir a su conveniencia el lugar de la caída, que puede saldarse con el aplastamiento de un vehículo, la destrucción de un cobertizo o la pulverización del porche del vecino, con tal de salir fugazmente en un *gag* de YouTube, siempre y cuando el cuñado, cámara en mano, no haya olvidado apretar el botón de grabar en el momento del accidente y la aventura no acabe simplemente con el despachurramiento del talador novato y de su petardeante cacharro.

Al igual que los árboles, los seres humanos necesitan una cuña de caída para que se decante el proceso de derrumbe. Puede presentarse bajo diferentes formas, imprecisas o no, provocadas o no, a veces violentas, a menudo imprevisibles. Un fallecimiento inesperado en la familia, un embarazo no deseado, la aparición de un tumor minúsculo en un pecho, una infidelidad, una carta de despido que llega por correo, un accidente de carretera durante las vacaciones, una factura de más y, en fin, tantas otras gotas susceptibles de hacer desbordar el vaso. Puede, sin embargo, adoptar una apariencia más sutil y mostrarse como una inofensiva trivialidad.

La de Xavier Barthoux le fue revelada la hermosa y soleada mañana de un sábado de julio, mientras desayunaba en la terraza de su casa de campo en compañía de su media naranja. La jornada se preveía radiante. Para empezar, despertado por el trino de los pájaros, Xavier había contemplado desde la cama cómo los rayos del sol que se filtraban por las persianas recortaban franjas de luz brillante sobre el parqué de roble. Había disfrutado más de lo normal del agua de la ducha que empapaba su cuerpo. El espejo empañado del cuarto de baño le había ahorrado la visión del feo michelín que cubría su cintura de quincuagenario. Tras secar el cristal a la altura del rostro, se había atusado satisfactoriamente el bigote y había sonreído a su imagen allí reflejada. Tenía cierto parecido a Stacy Keach, según su mujer. Fuera, el aire era de una limpidez excepcional y la temperatura, entre el frescor de la noche y el calor del día, suave a más no poder. El contacto de las baldosas de la terraza con la planta de los pies, el aroma que exhalaba el bol de café, el periódico aún prisionero de la faja que lo envolvía, el reloj de la iglesia que daba alegremente las ocho, cada cosa de ese inicio de jornada contribuía a su bienestar. Hasta había conseguido untar de mantequilla los biscotes sin romper ni uno solo, lo cual era un hecho lo suficientemente raro como para ser tenido en cuenta. Incluso *Bella*, la chihuahua echada a sus pies a la espera de un óbolo de su amo, no perturbaba la armonía general con sus agudos ladridos y se limitaba a ofrecerle una mirada de chorreante amor. Dos largos días de *dolce far niente* entre lecturas, siestas, paseos y aperitivo de cena romántica, lejos del frenesí de la semana, del curro y de sus obligaciones. Y mientras la modorra de ese inicio de fin de semana en el campo tomaba lentamente posesión de su cuerpo y de su espíritu, Xavier Barthoux pensó que era el hombre más feliz del mundo.

Nada habría ocurrido si él se hubiera contentado con saborear su felicidad manteniendo la nariz dentro del bol, arrullado por los jadeos de la perra y la logorrea matinal de su esposa, y si en aquel momento no hubiera levantado la cabeza para contemplar la pared que tenía enfrente. Quizá solo habría bastado

con que la parra, esa jodida parra que nunca acababa de engullir el enlucido rugoso de la casa y que él tenía que contener dos veces al año a base de buenos tajos de poda, una en primavera y otra en otoño, le hubiese ocultado la anomalía bajo su tupida vegetación para que nada de lo que ocurrió hubiera ocurrido.

El caso es que su mirada se posó precisamente en el sitio más ralo de cuantos la parra dejaba entrever la pared desnuda. Xavier se atragantó y tosió durante más de un minuto hasta enrojecer para expulsar la miga de biscote que, debido a la sorpresa, se le había quedado atascada en la garganta. Con el rostro escarlata, bebió un vaso lleno de zumo de naranja para extinguir el incendio en su gaznate antes de volver a fijar su atención en la fachada.

—¿Qué es eso? —balbuceó para sí mismo más que para su mujer.

—¿Qué es qué?

Xavier se secó el bigote con la servilleta, se levantó sin dejar de mirar la cosa y caminó hasta la pared forrada de vegetación llevándose la silla, bajo la mirada atónita de su esposa y seguido como su sombra por la perra, cuyo trasero se meneaba de excitación ante la perspectiva de un paseo matinal. Se subió a la silla, apartó el follaje y pegó la nariz contra el enlucido para efectuar un examen meticuloso. Lo que había percibido unos segundos antes quizá no fuera más que una ilusión óptica, el resultado desafortunado de un juego de luz y sombra sobre la superficie irregular del enlucido, pero quería cerciorarse. Intrigada, Angèle Barthoux, de soltera Lacheneuil, se había levantado también y se había acercado a su marido.

—¿Qué hay ahí?

Ignorando la pregunta de su esposa, acarició con la punta del índice el relieve rugoso de la pared. La yema del dedo vino a confirmar sus temores. Xavier torció el gesto.

—¡Mierda!

Expulsada con el aliento, la palabra expresaba toda su decepción. Al ver a su amo subido a la silla, la perra brincaba ladrando nerviosamente. Ante el

desasosiego repentino de su marido, Angèle repitió la pregunta:

—¿Qué hay ahí?

—Mira —le dijo apartando el follaje.

—¿Qué?

—La pared. ¿Qué ves en la pared?

—Pues la parra.

—Sí, la parra, de acuerdo, ves la parra —concedió él con indulgencia—, pero olvida la parra. Debajo de la parra, ahí, ¿qué ves debajo de la parra?

—Pues el enlucido, veo el enlucido.

—Vale, ves el enlucido, de acuerdo, ¿y qué más? ¿Qué ves encima del enlucido? —insistió Xavier poniendo el dedo en la grieta.

Empezaba a perder la paciencia.

—Haz un esfuerzo, Angie.

—Una raya, veo como una raya —alegó ella mirando fijamente a su marido con ansiedad.

—Exacto. Solo que no es una raya, querida. No, no es una raya, es una grieta, una puta grieta, ni más ni menos. Joder, no me lo puedo creer.

Ese lenguaje grosero alertó a su mujer. No era habitual que Xavier lo empleara, salvo cuando hacía bricolaje o veía un partido de fútbol por la tele. Se puso las gafas de media luna colgadas a perpetuidad de su cuello para hacer un examen más exhaustivo. La fisura era muy real. Una grieta de apenas el grosor de un cabello recorría la fachada por encima de la puerta vidriera a la altura del dintel para desaparecer detrás del entramado de ramas y de hojas. Detectar esa grieta en la pared de su casa de campo a primera hora de la mañana de un fin de semana que se anunciaba bajo los mejores auspicios era como descubrir en un rostro de una belleza sin tacha una fea cicatriz disimulada bajo el maquillaje. En otra época, Xavier Barthoux quizá la hubiera asumido sin inmutarse, limitándose a relativizar la desagradable sorpresa y así olvidarla y pasar a otra cosa, pero esa magnífica mañana de sábado de julio, esa grieta constituía la más vil de las afrentas. La casa, esa

casa por la que había sacrificado sin medida su tiempo y su dinero, lo traicionaba. Había sudado sangre y agua para hacer de esa ruina una cómoda casa de campo, había invertido sus vacaciones, sus fines de semana, y las ciento sesenta y ocho mensualidades que hubo que reembolsar para pagar el crédito concedido para su adquisición se habían llevado una gran parte de sus ahorros. Justo cuando el mes pasado había abonado la última letra, mira por dónde va la casa y le regala esa grieta como agradecimiento. Su mujer interrumpió sus reflexiones.

—¿Es grave?

Él se rio burlonamente.

—¿Que si es grave? Cariño, en albañilería las fisuras son como las arrugas en los humanos. La aparición de la primera anuncia las siguientes.

—¿Y qué puedes hacer?

—¿Que qué puedo hacer? Por de pronto, empezar por arrancar esta parra, con el fin de ver un poco más claro. De todos modos, teníamos que habernos deshecho de esta especie de verruga hace tiempo. Es un auténtico nido de bichos.

—Ah, no, Xav, mi parra no —se opuso Angèle Barthoux, apoyada por *Bella*, que ladró su descontento.

Siempre había aborrecido el diminutivo que utilizaba su esposa cuando la poseía la euforia o se veía contrariada, pero nunca se había atrevido a confesarle su aversión.

—Es la que da el encanto a la casa, no puedes hacer eso —insistió su mujer—. Seguro que hay otro medio de reparar tu pared sin arrancar mi parra.

Tu pared, mi parra, siempre esa enojosa costumbre de distribuir actas de propiedad para cada cosa acoplándole un posesivo. Propensión puramente capitalista heredada de su querido padre, pensó Xavier. Cuando se tiene por progenitor a un administrador de bienes cuya religión es el liberalismo y la biblia el índice bursátil, no es de extrañar que posea un agudo sentido del verbo *tener*. Tu taller, mi biblioteca. Mi cocina, tu coche. Mis flores, tu jardín.

Tan solo su hijo Axel escapaba un poco de la regla, a quien consideraba cada cual de su propiedad según las circunstancias. Mi hijo es bachiller, tu hijo ha perdido el tren. Mi hijo toca el piano, tu hijo ha perdido las llaves. En cuanto a la grieta, cuya visión tanto daño le hacía, Xavier no dudó ni por un instante que le iba a corresponder a él de pleno derecho. Se daba por descontado que cualquier fisura en una pared corresponde de pleno derecho al dueño de dicha pared. Su casa de campo se podía contar entre las pocas cosas sobre las cuales Angèle usaba habitualmente un «nuestro» común. El revestimiento vegetal que recubría la pared norte había sido el causante, hacía catorce años, del flechazo de su esposa por la casa. Iban peinando las carreteras secundarias de las Cevenas cuando, a la salida de un pueblo llamado Alzon, aquella fachada tan verde le había saltado a la cara. Un SE VENDE medio desteñido por la intemperie destacaba en el letrero colgado del pórtico de entrada. Ante las súplicas de su mujer, había dado media vuelta y había aparcado el coche en el arcén. Habían empujado la verja de hierro forjado corroído por la herrumbre y penetrado en el terreno baldío. Una maraña de maleza anegaba el suelo. Pese a su estado de avanzado deterioro, el caserón tenía, sin embargo, su gracia. Angèle Barthoux se había acercado a cada ventana accesible para echar un vistazo al interior sin escatimar elogios del fabuloso potencial de la ruinosa casa. Enseguida se había puesto a hacer planes, empleando toda su energía en involucrar a su esposo en ellos, a pesar de los intentos de este por refrenar el entusiasmo de su media naranja.

—Demasiado cara.

—Negociaremos.

—Demasiado vieja.

—Reformaremos.

—Demasiado lejos.

—Por el puente de Millau nos plantamos en casa en menos de tres horas.

—¿Tú nos ves viniendo aquí cada fin de semana?

—Nos veo aquí muy bien.

—¿Y mi gimnasio? No me apetece ir entre semana al gimnasio.

—Escucha, aquí podrás hacer deporte por todas partes.

Habían tomado nota del número de teléfono escrito torpemente en la parte inferior del anuncio. Luego ella le contó a su padre el proyecto de adquisición, y él le dio, además de un pequeño adelanto de su herencia, su bendición como especialista en bienes inmuebles. Menos de dos meses más tarde, la pareja tomaba posesión de las llaves y se entregaba en cuerpo y alma a las obras. Desbrozamiento, limpieza, fontanería, aislamiento, embaldosado, reparación de la techumbre, sustitución de ventanas, construcción de la terraza. Al final, Xavier había disfrutado con la realización de tan vasta obra, incluso sentía una especie de adicción a ese tajo al que volvía cada fin de semana. Embrutecerse físicamente los sábados y domingos le permitía purgar su mente de las preocupaciones semanales. Su mujer había tenido razón. La casa en sí se había convertido en su gimnasio, un gimnasio de casi doscientos mil euros de entrada.

Xavier bajó a tierra firme sin quitarle ojo a la grieta. El aullido agudo de *Bella* lo sacó del estado hipnótico en el que se hallaba inmerso. La última vez que había pisado a la chihuahua, el incidente se había saldado con una cola magullada para la perra y unas violentas amonestaciones de su mujer para él. Miró hacia el suelo, de donde procedían los gemidos desgarradores. La pata izquierda trasera del animal había recibido el pie de su amo emitiendo un crujido siniestro. El miembro exhibía un extraño ángulo, un ángulo totalmente anormal. La pared y su grieta acababan de perder su estatus de primera preocupación del momento. Los gritos histéricos de Angèle no tardaron en superponerse a los chillidos de *Bella*.

—¡Mierda!

Este segundo «¡Mierda!» en menos de cinco minutos fue todo lo que se le ocurrió decir mientras la perra se arrastraba por las baldosas de la terraza en busca de su ama, quien se puso de rodillas y la cogió con mil precauciones antes de examinarla. Con el pelaje sacudido por los temblores, la chihuahua solo producía débiles quejidos. La pata rota colgaba lamentablemente bajo la mirada horrorizada de su esposa.

—Pero ¿qué has hecho, Dios mío, qué has hecho? —se ahogaba Angèle al dirigirse a su marido con una mezcla de espanto y de aversión.

—Es que siempre se nos mete entre las piernas.

Patética defensa, pensó Xavier al pronunciar esas palabras. Sin embargo, era la pura verdad. Cuando no estaba adormilada en su cesta, *Bella* se pasaba la mayor parte del tiempo pegada a sus faldas, caracoleando alrededor de sus pantorrillas, estando muchas veces a punto de hacerlos tropezar.



—¡Haber puesto más atención! —lo reprendió ella con el tono de una madre riñendo a su hijo.

No, le dieron ganas de contestar. ¿Por qué tenía que ser siempre él quien pusiera atención, quien debiera pensar en todo, prever lo imprevisible, adoptar ese cansino papel de cabeza de familia solícito? Ella podría haber evitado el accidente perfectamente, bastaba con que se hubiese llevado consigo a la perra para que dejara de brincar como una estúpida a los pies de la silla y hubiera tenido la prevención de alejarla de los noventa kilos de su marido, el cual, como bien debería constarle a ella, habría de poner sus pies otra vez en el suelo tarde o temprano. Ningún gato se habría dejado pisar de esa manera, pensó Xavier con amargura. Siempre había soñado con tener un gato. Un robusto minino que se revolcara a sus anchas, uno de esos hedonistas que, después de almorzar un par de ratones de campo, vienen a posarse en tus rodillas esperando una caricia. Atigrado, negro, blanco, moteado, de raza, sin pedigrí, callejero, daba igual, poco le habría importado. Bastaba con un gato de generoso ronroneo y abundante pelaje para hundir los dedos en él.

Ocho años antes, el deseo de Angèle de adquirir un perro no lo había sorprendido lo más mínimo. Formaba parte del orden de las cosas. El perro después de la casa de campo era lo lógico. Y tras el perro, ¿qué iba a pedir para completar la panoplia? ¿Un todoterreno lujoso, el último cupé de Mercedes? ¿Y por qué no un barco, como el de papá Roby, quien jamás perdía la ocasión de recordar a quien quisiera escucharlo que poseía uno anclado todo el año en el puerto de Cassis? Angèle le había estado dando vueltas al asunto durante todo un fin de semana, remilgadamente como ella sabía hacerlo. «Una perra, por favor, cariño, una perrita.» Xavier había expresado su desacuerdo pasando lista a los numerosos inconvenientes que esa adquisición iba a suponer. Nunca había sabido negarle nada a Angèle, y no se hacía ninguna ilusión al respecto, pero no quería arriar la bandera sin combatir, aunque fuera por su honor de varón domado. Igual que había ocurrido por culpa de la casa de campo unos años antes, la pareja se había enzarzado en un

duelo a florete sin punta. Su mujer había pulverizado cada una de sus objeciones.

—No es limpia.

—Se la educa.

—Huele mal.

—Se la lava.

—Va a dejar pelos por toda la casa.

—No si compramos una de una raza de pelo corto.

—Ladra todo el tiempo.

—No si la enseñamos a callarse.

—Habrá que llevarla con nosotros a todos los sitios.

—Si se porta bien y no molesta, no veo cuál es el problema.

—Muchos restaurantes y hoteles no aceptan perros.

—Iremos solo a los que los acepten.

—Al caniche de tus padres no le va a gustar.

—*Flocon* ni se va a enterar. Con catorce años cumplidos, no sale de sus cojines más que para hacer sus necesidades, y no siempre.

—Es caro.

—Supongamos que es mi regalo de cumpleaños y de Navidad juntos.

Ella había localizado en internet los mejores sitios donde vendían perros antes de optar por un criadero de chihuahuas de la zona de Saint-Étienne. La obstinación de su mujer había erosionado poco a poco sus defensas y la visión de aquella cosa menuda de apenas dos meses dormida en su cesta de mimbre había terminado por despejar sus últimas reticencias. ¿Cómo no deshacerse ante dos ojos saltones llenos de tristeza que te miran con insistencia desde el fondo de una jaula? Mientras rellenaba el cheque de mil ochocientos euros a cambio de novecientos gramos de chihuahua, no había podido dejar de hacerse la amarga reflexión de que el precio del gramo del animal era casi el mismo que el del caviar siberiano. Ahora, con ocho años, *Bella* estaba cerca de los

tres kilos, tres kilos que gemían de dolor en los brazos de su esposa enloquecida.

Como el veterinario más próximo se encontraba a una hora en coche del pueblo, Angèle consideró preferible dirigirse a su clínica habitual y no le costó convencer a su marido de que regresaran a Clermont-Ferrand pese a que el trayecto les llevaría mucho más tiempo.

—Los llamaré desde el coche. *Bella* siempre ha estado muy bien atendida allí. Los conoce y estará en confianza. Y además son buenos.

Xavier no acababa de entender la razón por la cual tener al día la cartilla de vacunación de un chihuahua inyectándole su dosis anual de medicina permitía juzgar la competencia profesional de un veterinario, pero se guardó para sí esta observación, consciente de no estar autorizado a hacer ningún tipo de comentario por el momento. Cargado el equipaje a toda prisa en el maletero del coche, abandonaron Alzon sin tomarse la molestia de cerrar los postigos. A Xavier la carretera se le hizo interminable, ya que debía circular a la mayor velocidad posible siguiendo los requerimientos de su mujer, pero tratando de evitar a toda costa los traqueteos, so pena de duras reprimendas por parte de ella misma. Jamás habría sospechado que el pavimento pudiera esconder tantos baches y protuberancias. A cada sacudida, la perra, echada sobre las rodillas de su ama, emitía aullidos de dolor, seguidos sistemáticamente de un reproche de su esposa.

—Ve con suavidad.

Una veintena de sacudidas y de reproches más tarde, Angèle terminó por caer en un mutismo mohíno después de que él le explicara que, como vivían en régimen de gananciales, el volante le pertenecía igualmente a ella de pleno derecho, así que podía usarlo en cuanto quisiera, si ella estimaba su conducción demasiado deplorable. Xavier sacó un chicle del envoltorio y se lo llevó a la boca para masticarlo con ostensibles dentelladas. La grieta le había puesto los nervios de punta. ¿Qué tamaño podría alcanzar? ¿Cuál sería su extensión, su profundidad, su incidencia en la solidez del muro? La vista de

la clínica lo sacó de sus reflexiones. El joven que los recibió no había llegado aún a los treinta y flotaba dentro de una bata dos veces más grande que su talla. Angèle le puso inmediatamente en los brazos a la sufriente perra.

—Buenos días, Éric. Hemos venido lo más rápido posible.

—No se preocupe, señora Barthoux, voy a administrarle enseguida un tranquilizante y vamos a pasar a la radiografía. Pero ¿quién te ha hecho daño a ti, preciosa?

Xavier recibió ese «quién» en plena cara. No cabía la menor duda de que iba destinado directamente a él. Por teléfono, Angèle no se había contentado con explicar lo de la pata rota de *Bella*, había narrado con todo lujo de detalles las circunstancias del drama. Por la mirada fría que le lanzó aquel joven, supo Xavier que ese individuo lo había clasificado definitivamente en la categoría de los gordos cafres atormentadores de perritas indefensas.

—Son cosas que pasan —dijo el veterinario con una ironía apenas disimulada dirigiéndose al despachador de chihuahuas.

Dejó sola a la pareja mientras fue a radiografiar el miembro lastimado. De vuelta, al cabo de diez minutos de una espera interminable, los invitó a seguirlo hasta su despacho. Pegada con celo sobre el mismísimo cristal de la ventana, allí estaba la radiografía de la pata de *Bella*. Xavier se estremeció. Una raja de una blancura resplandeciente rayaba el negativo en medio de una grisura deslavazada. El joven les indicó que se sentaran antes de exponerles el resultado de su examen.

—Como pueden ver en la radiografía, el hueso está roto longitudinalmente. Es esta línea blanca oblicua, aquí, la que atraviesa el fémur de parte a parte. Aunque pueda parecer impresionante, la fractura es bastante limpia y no demasiado fea. Los destrozos causados podrían haber sido más graves —consideró bien precisar el doctor clavando con su mirada a Xavier en la silla—. Va a haber que reducir esa fractura y para ello será necesaria una pequeña operación.

Finalmente, todo era una cuestión de reducción, constató Xavier a punto de

interrumpir al especialista para preguntarle si podría, ya de paso, ir a reducir la grieta de su casa de campo. Acalló su risa ahogada bajo un amago de tos.

—No se preocupe, señora Barthoux, todo irá bien. La opero ahora mismo, mañana la tenemos en observación y pueden venir a recogerla a partir del lunes, estará con una linda y pequeña tablilla que ha de llevar el tiempo necesario para que todo se consolide. No obstante, hasta que no pasen unos dos meses, *Bella* no recuperará plenamente la movilidad —concluyó el joven veterinario.

—¿Puedo verla? —preguntó Angèle.

—Me gustaría decirle que sí, pero por el momento es preferible que esté tranquila. El sedante que acabo de administrarle estará haciendo efecto y su presencia puede excitarla innecesariamente. Confíe en nosotros, señora Barthoux, nos ocuparemos de ella como de la niña de nuestros ojos —añadió el veterinario acompañándolos a la salida.

—Gracias, Éric, sin usted no sé qué habría sido de nosotros.

Que seríamos un matrimonio sin perro como tantos otros millones, pensó Xavier exasperado por el tono impregnado de gratitud que había adoptado su esposa.

Como todos los lunes por la mañana, Xavier sintió un gran vacío al entrar en el aparcamiento de la empresa prácticamente desierto. Aquella superficie asfaltada le causaba siempre esa impresión. Un océano muerto sin navíos que lo surcaran. Sin embargo, zambullirse de lleno en la rutina semanal no era precisamente el motivo de su descontento. Su mujer y él habían pasado un fin de semana abominable en su piso de Clermont. Un domingo a cara de perro, rumiando cada uno su amargura, enroscándose en sus respectivas preocupaciones, Angèle en su chihuahua, él en su grieta. Saber su casa de campo amenazada por esa raja a tres horas de distancia de su domicilio le suponía un tormento. La distancia, en lugar de alejarlo de sus pensamientos, arraigaba en su mente, aún con mayor profundidad, su presencia invasiva. El día anterior, mientras los créditos del final de la película de los domingos por la noche pasaban por la pantalla extraplana de su televisor, Xavier había tomado una decisión. El siguiente fin de semana, estuviera o no de acuerdo su mujer, arrancararía la parra y se ocuparía de esa grieta. Se quedó dormido con la tranquilidad de quien había vuelto a tomar las riendas de su destino.

Aparcó la ranchera en su plaza reservada como director comercial. El rimbombante título era muy exagerado y en absoluto reflejaba lo patético de una situación en la que, como único representante comercial de la casa, él era en realidad director comercial de sí mismo. La floreciente empresa que lo había fichado en los años ochenta se había reducido de manera alarmante, tanto a nivel humano como material. Del personal, solo quedaban el director, un jefe de producción que hacía sobre todo las veces de operario de almacén, una pintora colorista y él mismo. En cuanto a las instalaciones, una lepra

invisible gangrenaba el lugar. Techumbres desgastadas asentadas sobre fachadas ya muy sucias. La anémica franja de hierba que durante una época se quiso hacer pasar por césped inglés agonizaba bajo el sol mañanero. El conjunto tenía toda la apariencia de una parcela industrial abandonada cuya realidad trataban de desmentir los dos o tres coches varados en el aparcamiento. En el frontispicio, la inscripción CASA FRACHON, FUNDADA EN 1929 no era más que una sombra. Montar una empresa el año del crac de 1929 no había impedido que esta prosperara hasta finales de la década de los noventa. En su época de mayor actividad, la fábrica empleaba hasta setenta trabajadores y sacaba de sus hornos a pleno rendimiento más de trescientas piezas al día, esencialmente los enanos de jardín de barro cocido sobre los que se había asentado la reputación mundial de la casa. Con la muerte de Robert Frachon, el hijo del fundador, a comienzos del 2000, la empresa había sido absorbida por Argi'Land, un grupo inglés, antes de pasar a manos del holding norteamericano Céramix diez años más tarde. Frachon se había convertido en una simple tapadera tras la cual ya no se fabricaba nada y no tenía más peso que el de una gota de agua en el cuenco de la mano del gigante del otro lado del océano. Toda la producción actual estaba localizada en China, en la ciudad de Guanzhou, provincia de Fujian. Cerámica, barro cocido, escayola, pero sobre todo polirresina. Tan solo la pintura de los gorros, las barbas, los cabellos y de algunos raros accesorios seguía haciéndose en la sede de Clermont. Una sutileza estratégica que permitía a Céramix poner debajo de la base de las estatuas la prestigiosa inscripción FABRICADO EN LOS TALLERES FRACHON. Nada más ser extraídos de su molde por las manitas expertas de las obreras chinas, los enanos de jardín, Blancanieves y demás angelotes abandonaban Guanzhou para soportar un periplo de casi nueve mil kilómetros, zarandeados a través de los océanos en contenedores a bordo de cargueros tan grandes como varios campos de fútbol, para luego ser transportados en camiones hasta la fábrica clermontesa, donde se dejaban teñir el gorro, hacerse la permanente y cortarse las puntas para

tener el insigne privilegio de ser estigmatizados como Frachon mediante un golpe de tampón en la base. Cual emigrantes, pensó con amargura Xavier, que no era nada proclive a acostumbrarse a ese concepto absurdo. Ni más ni menos que unos emigrantes de yeso, de resina, de barro cocido, de plástico, llegados en pos de su visado de entrada de manos de la colorista de la casa.

La placa nueva, de radiante metacrilato transparente y adosada a la derecha de la puerta, exhibía un bonito logo de Céramix en nítidas letras naranjas. Un toque de color incongruente en la decrepitud general que ensombrecía un poco más la grisura de los distintos espacios. Los pasos de Xavier resonaron sobre el cemento cuando cruzaba el almacén. Besó a Marie-Odile, ya de lleno en el trabajo. La pintora colorista era lo único que quedaba del alma de la antigua casa. Pequeña y rechoncha, Mô había atravesado los decenios cual vestigio imperturbable en medio de sus paletas de muestrario y sus botes de pintura. Xavier habría sido incapaz de atribuirle una edad. El tiempo fluía por ella como el agua de un torrente por el canto rodado de un río. Con el mismo delantal y la misma pañoleta en el pelo, a la hora que fuese, ella estaba en su puesto todo el santo día, embadurnando con el pincel o pulverizando a pistola gorros, barbas y melenas. Avara de las palabras, limitaba sus informes verbales al más estricto mínimo. Mô era y sería siempre un misterio, un buda femenino a quien el silencio era algo consustancial. Xavier apretó el paso. La reunión de los lunes por la mañana lo esperaba. Más de una hora encerrado en el despacho mirando las cifras, haciendo el resumen de la semana anterior y discutiendo los objetivos con el director, Hervé Dumoulin, y el jefe de producción, Jean Lhuillier. En ocasiones, mediante una ronda telefónica, los homólogos chinos o norteamericanos metían baza en la reunión desde la otra punta del planeta. Bazas *in english, please*, que el trío las más de las veces apenas si entendía y que se convertían en un diálogo de sordos.

Xavier entró en el despacho, estrechó las manos. El apretón del jefe de producción era fofo, el del director, firme y seco. Un apretón de manos lo dice



todo, pensó Xavier tratando de imaginar lo que ellos pensarían del suyo. Dumoulin no perdió el tiempo y empezó la reunión antes incluso de que su director comercial se hubiera servido una taza de café y se hubiera sentado.

—Como pueden ver, las nuevas BN por fin han llegado —anunció directamente sacando de la caja de cartón que había a sus pies una pequeña estatua de unos cuarenta centímetros de altura que depositó sobre su escritorio—. Eran muy esperadas por parte de nuestros clientes, ya que el último modelo es de hace casi cinco años. Xavier, ¿cómo ha sido acogida la maqueta de presentación que hemos enviado a los distribuidores? ¿Tiene ya algún comentario? Espero que hagamos mejor negocio que con las últimas VM.

Hervé Dumoulin no sabía hablar más que usando y abusando de las abreviaturas. Siempre que podía, reducía las palabras a siglas, las compactaba como le venía en gana. BN era Blancanieves, VM, la Virgen María, EDJ, enano de jardín.

—Una acogida más bien discreta —respondió Xavier ingiriendo un primer sorbo de café recalentado—. Esperan a tener un ejemplar auténtico en la mano, ya que *a priori* la encuentran demasiado insulsa con respecto a la anterior. Habría que esperar. Hemos pasado de una Blancanieves carnosa a una Blancanieves anoréxica, para ir con la moda de las modelos filiformes. De esto a que nuestros próximos enanos nos lleguen musculados con tabletas de chocolate en la barriga y unos pectorales de culturista no hay más que un paso.

—Tiene usted que convencer a los distribuidores de que ya no se llevan las tetas grandes y de que el estándar actual son las chicas filiformes, como usted dice, y si no entienden que hay que estar a la altura de los tiempos, más les valdría cambiar de oficio. En cuanto al color que se lleva para el cabello, Marie-Odile ha recibido las especificaciones técnicas y la descripción de producto —añadió el director—. Ha pintado ya una primera tanda de muestra para que se la pueda llevar usted hoy mismo. Con el resto procederá según vayan los pedidos.

No dejaba de ser extraño que el director, al que tanto gustaban las

abreviaturas, jamás hubiera podido decidirse a llamar Mô a la colorista.

—Quieren dorado, algo que dé idea de lujo. He manifestado mis reservas, pero ellos no quieren oír nada más.

Ese «ellos» era por los norteamericanos. Todo el mundo lo utilizaba para referirse a los dueños de ultramar. El jefe de producción confirmó las reservas de su director.

—En los mercados yanqui y mandarín, la clientela tiene una jodida tendencia a adorar los oropeles, pero aquí corremos el riesgo de competir con las VM. Siempre hemos reservado el dorado para la Inmaculada Concepción. Por otra parte, el dorado no aguanta bien con el tiempo. Tiene una jodida tendencia a descamarse con las heladas. Acuérdense de las doscientas vírgenes de Lourdes que nos devolvieron a nuestro cargo hace dos años por Navidad. A los peregrinos se les pegaba una purpurina dorada en los dedos cuando por desgracia les daba por toquetear la corona. Creo que en cuanto a las BN, habría sido preferible hacer dos series distintas, una con dorado para los cow-boys y los chinorris y otra en un tono más clásico, a base de rojo, para nuestros clientes europeos, no vayamos a espantar a los de casa. El rojo, el verde, el azul, hay que mantener los colores fundamentales del oficio, siempre lo he dicho.

—¿Qué quieren que les diga? Si quieren solo dorado, tendrán solo dorado —rezongó Dumoulin—. Bastante es que hayan mantenido el rojo para la manzana. Además, ya es demasiado tarde para sacar a Marie-Odile de su bote de purpurina, justo ahora que ha empezado a dar brochazos. Me ha dicho, en cambio, que la nueva pintura no tiene nada que ver con la de antes. Es menos elástica y de peor calidad. En fin, Xavier, habrá que poner toda la carne en el asador. Debe ser consciente de que esperamos mucho de usted para este lanzamiento. Los responsables de Céramix me han manifestado tener grandes proyectos para Frachon de cara a los próximos meses, siempre y cuando demos estar a la altura de sus ambiciones. ¿Ha fijado usted ya el PDV?

Xavier había dedicado buena parte de la semana anterior a cerrar el

sacrosanto plan de visitas.

—Me he ceñido a los criterios habituales. Del más grande al más pequeño en cada sector, como de costumbre, trabajando sobre una lógica geográfica para optimizar el tiempo de los trayectos. Apretando al máximo, debería poder terminar la gira en tres semanas. Empezaré por todo el sector noreste, Alsacia, Lorena y una parte de Borgoña, regiones de gran potencial. Las cifras del último trimestre muestran un fuerte crecimiento de ventas de enanos en esos sectores y espero aprovechar la ola para colocar nuestras Blancanieves. Ah, y por cierto, buenas noticias sobre los Jardí'Green que habíamos perdido. Su nuevo responsable ha dado luz verde para volvernos a poner en el lineal de sus estanterías. Eso podría suponer hasta un millar de piezas.

—Perfecto. Muy bien. Les he sacado las cifras relativas a las ventas del cuarenta y seis que vienen a confirmar su éxito. Va con mucha fuerza. Desde que se les dijo a esos chalados de creativos que hay que ponerse las pilas, ahí está la prueba.

Cada nueva variante de enano de jardín llevaba un número. El 46 había sido especialmente concebido para la copa del mundo de fútbol. Gorro azul, barba blanca, chaqueta roja, en pantalón corto y con un balón en el pie. El *summum* del mal gusto a ojos de Xavier, que nunca había sido muy aficionado al fútbol ni, dicho sea de paso, tampoco a los enanos de jardín.

—Ah, lo olvidaba, una última cosa. Marie-Odile me ha hecho partícipe de un pequeño problema en el lote de las nuevas BN que han llegado. Tenga, mire.

Dumoulin había cogido la estatuilla depositada sobre el escritorio para pasársela a Lhuillier, quien le dio varias vueltas por todos los lados antes de fijar su atención en la base.

—¡Mierda!

—Y que lo diga. Sucede lo mismo en todas.

El director sacó una segunda Blancanieves de la caja y se la tendió a su comercial, quien hizo el mismo examen. Xavier creyó desfallecer al descubrir

a su vez la imperfección.

—Defecto del molde, del material o de la cocción, me ha dicho nuestro homólogo chino, no entendí bien su galimatías, pero no han considerado útil destruir la serie para hacer una producción nueva, supondría perder demasiado tiempo y es verdad que el defecto es apenas perceptible a la vista. Nos las arreglaremos. Le da al objeto un pequeño toque artesanal, como hecho a mano, y que al final puede hasta gustar. ¿No cree, Xavier? Está usted pálido.

—Estoy bien —balbuceó sin dejar de mirar la raja que atravesaba a lo ancho la base de la Blancanieves que tenía en la mano.

Xavier se lanzó al trabajo como si subiera a bordo de una vieja carraca, con la esperanza de atravesar la semana sin incidentes para llegar cuanto antes al próximo fin de semana. Volver a Alzon era lo único que le preocupaba. Allí lo esperaba mucho trabajo por delante, reparar una pared, arrancar una parra, sellar una grieta, en fin, una misión muchísimo más urgente que suministrar enanos barrigudos y princesas anoréxicas a unos encargados de jardinería a quienes conocía de sobra y que también de sobra lo conocían a él. Estaba harto de recorrer siempre las mismas carreteras, de ir a vender a los mismos almacenes, de sentarse a la mesa en los mismos restaurantes, de encallar su fatiga en los mismos cuartos de hotel. Hasta las narices de esas jornadas por las que desfilaba una sucesión de citas en las que se representaba una y otra vez la misma escena. Cuadernillo de órdenes de pedido en la mano y caja con las últimas novedades bajo el brazo, iba a buscar al responsable de planta, le desplegaba su magnífico catálogo en papel cuché y le soltaba el mismo rollo de siempre, todo ello con un entusiasmo fingido y una sonrisa de lo más calurosa. Sin embargo, antes estas cosas siempre le gustaban, iba volando de un punto de venta a otro y se partía el alma a golpe de argumentos comerciales irrefutables. Pero ahora algo se había quebrado en él. Estaba ausente, vivía sus entrevistas como un espectador de sí mismo, y lo que veía le desagradaba. Un charlatán de medio pelo, así era como se veía a sí mismo. Un pésimo actor que soltaba sin convicción sus parlamentos en el escenario de un teatro que ahora lo exasperaba. Trató de recuperarse, se dio ánimos en voz alta entre una cita y otra, pensó en la cifra de su prima trimestral si lograba alcanzar sus objetivos, pero todo era en vano. Le faltaban ganas de luchar, de entrar de

nuevo en la liza aferrado a su baremo de tarifas para discutir unos descuentos reclamados sin cesar por distribuidores que eran mejores actores que él. Las prisas por acabar lo hacían abdicar antes de que empezara el toma y daca de las negociaciones, recortando a veces su margen hasta el último céntimo delante de esos distribuidores locales, sorprendidos de obtener tales rebajas sin haber movido ni un dedo.

Comer en restaurantes se había convertido en un calvario. Elegía las mesas apartadas, tomaba el menú del día muchas veces sin leerlo y engullía la comida a golpes de tenedor mientras echaba un vistazo rápido al periódico de turno con la idea de salir a escape. La semana anterior, un individuo que fue a sentarse a su mesa, probablemente un colega, había tratado de entablar conversación con él. «¿En qué ámbito opera usted?» «En el váter cuando hay, si no en la naturaleza, como todo el mundo», había contestado sin siquiera levantar la cabeza del plato. El hombre cogió su bandeja y se marchó a la otra punta del comedor en busca de una mesa más acogedora. Xavier estaba avergonzado por lo que había dicho. Se odiaba por ello, incluso. No se reconocía en ese ser incapaz de dominar sus palabras. Desde ese incidente, empezó a contentarse con comer bocadillos en el coche. La tapicería, al cabo de los años, se había deformado, adoptando la silueta de su cuerpo como un viejo guante de béisbol se hacía a la pelota de cuero. La ranchera estaba en consonancia con los talleres Frachon. Llegado ya el final de su vida, consumía aceite, veía ajarse sus revestimientos y las agujas de sus indicadores exhalaban el último suspiro una a una. Para colmo, el aire acondicionado no funcionaba desde principios de verano. Con el calor canicular de los últimos días, no tenía más remedio que conducir con las ventanillas bajadas. El viento tórrido que se metía ruidosamente en el habitáculo lo agobiaba. Llegaba donde los clientes con la camisa aureolada con manchas de sudor, medio sordo y con las mejillas enrojecidas. Después de tres años suplicando un vehículo nuevo, le había pedido a Dumoulin que apoyara su solicitud ante las altas instancias de Céramix para que cumplieran por fin su promesa. Seguía esperando. Esa

tarde, por primera vez, se sorprendió compartiendo su estado de ánimo en voz alta con las figuritas depositadas en el asiento de atrás.

—Un bonito Audi ranchera, igual que el que tiene mi suegro, ¿no pensáis lo mismo, chicas? ¡No estaríamos poco bien en un Audi ranchera todo nuevecito, con aire acondicionado de verdad, que funcione de verdad, y una insonorización a prueba de ruidos!

Verter un poco de su hartura en los oídos de yeso de las cuarenta Blancanieves le hizo sentirse extrañamente eufórico por un momento. Al término de la jornada, llegó a su hotel, se dio una ducha y se puso a introducir los pedidos del día en el ordenador. A la hora de acostarse, como cada noche entre semana, telefoneó a Angèle. La llamaba de manera automática, como si se limpiara los dientes, por costumbre, porque era eso, una costumbre. Ella le habló de todo, de nada, del tiempo que hacía y del que iba a hacer al día siguiente. De *Bella*, que, encantada de volver a encontrarse en su cesta y con sus juguetes, conseguía pasearse sobre tres patas por el piso pese a la tablilla. De su hijo, Axel, que no iría a casa ese fin de semana y se quedaría en Lyon para ir a un concierto con unos amigos. De sus suegros, que los habían invitado a la fiesta de cumpleaños de su suegra. Ella hablaba. Él escuchaba con un creciente malestar en el estómago, asustado por no hallar ningún interés en la parrafada de su propia esposa, por sentirse un extraño en esa vida que ella le contaba. Colgó y trató de conciliar el sueño a base de insípidos programas de tele, perdido en su cama dos veces más grande que la de una sola persona. Mañana ya será viernes. Tenía una impaciencia que percutía en sus oídos como un puño sobre un tambor, que le colonizaba las piernas con escuadrones de hormigas y le hacía hervir la sangre pensando en ese día siguiente que no acababa de llegar. Sonrió al techo. Al día siguiente por la tarde estaría en Alzon.

La mañana del último sábado de julio el matrimonio Barthoux se levantó muy pronto. A Xavier le había faltado tiempo la tarde anterior para quitarse la chaqueta al volver del trabajo. Había dejado la ranchera en el aparcamiento de la empresa y a continuación había partido en su propio vehículo sin pasar siquiera por el despacho. Que ni se le ocurriera a Dumoulin reclamarle un informe de cómo había ido la semana. Deseaba aprovechar al máximo la luz del día para conducir. Fiel a sus instrucciones, Angèle lo esperaba en la puerta de la calle, con *Bella* en los brazos y el equipaje a sus pies. Habían enfilado enseguida la carretera en dirección a la casa de campo. Nunca esperaban al sábado para partir, salvo en casos de fuerza mayor. Partir el sábado era pegarle un mordisco al fin de semana, amputarle una mañana. Los fines de semana se volverían cojos. En cambio, llegar el viernes modificaba totalmente la fisonomía de los días de estancia, ante la perspectiva de dos jornadas completas por delante. Durante los primeros kilómetros habían estado conversando, ella siempre más que él, pero luego, el flujo de palabras se había agotado y la radio había llenado sus silencios. Hacía una hora que la noche había caído cuando el indicador de la entrada de Alzon surgió en el haz de faros del coche. Se embutieron en sus respectivos pijamas nada más llegar y se acostaron, él con su fatiga, ella con su e-book. Con la luz del día, los dos contemplaron el estado actual de la terraza, incrédulos ante el espectáculo de desolación que se les ofrecía. La vida se había detenido allí a las nueve en punto de siete días antes, en el preciso momento en que el pie de Xavier se había abatido sobre la pata de la perrita. Con la urgencia de la partida, no habían tenido tiempo de ordenar las cosas, ni siquiera pensaron en ello, y se



habían marchado dejándolo todo cual estaba, la silla seguía apoyada contra la pared emparrada y el desayuno sobre la mesa. A lo largo de la semana, los pájaros habían picoteado cientos de veces el pan con mantequilla a través de su envoltura de aluminio. Los picos de esos mismos pájaros o la dentición punzante de otro animalillo no menos voraz habían desmenuzado el paquete de biscotes. Milagrosamente escapada del saqueo, una rebanada yacía sobre las baldosas de la terraza. En el mantel constelado de excrementos, el periódico seguía esperando a que una mano viniera a liberarlo de su faja de papel. En las tazas quedaba café en el que flotaban numerosos insectos. Algunos chapoteaban todavía frenéticos, batiendo la negra superficie con sus alas. Otros, boca arriba, arañaban el vacío con sus patitas. Un vaso de zumo de naranja caído había acabado sus días sobre los adoquines autotrabantes, en los que había estallado en una miríada de pedacitos translúcidos. Solo el bote de mermelada, protegido por su tapa, se había librado de los vándalos. No quedaba el menor rastro de la manzana que tenían por costumbre compartir al término del desayuno. ¿De qué bicharraco podía haber hecho las delicias? *Bella*, curiosa, dejó la blandura de sus cojines y cruzó la cocina con paso renqueante para reunirse con sus amos. La perra contempló la escena con circunspección, luego fue cojeando hasta el biscote sobreviviente y, desconfiada, lo olfateó antes de zampárselo ante la mirada remilgada de Angèle, que la reprendió por ello.

—No quise pasar ayer por la noche porque era tarde, pero me moría de angustia toda la semana pensando en esta mesa sin recoger.

Como de costumbre, la pareja se sobresaltó ante la llegada de su única vecina. Hélène Aspic no conocía el timbre, nunca lo había conocido ni jamás lo conocería. Podía aparecer en cualquier momento y surgía de ninguna parte, con su eterna bata de nailon azul desteñida. Cumplidos los setenta y pico, aquella viuda sin hijos se había acoplado a los Barthoux, siempre dispuesta a ayudarlos y encontrando siempre una buena ocasión para hacerles una visita. Si no estaban en casa, no era raro hallar una bolsa colgada del picaporte de la

entrada con calabacines, puerros o lechugas, como prueba de buena vecindad. Guiada por una educación judeocristiana que le exigía amar al prójimo, aunque se tratase de una vecina molesta, Angèle toleraba su presencia invasiva, dedicándole por caridad un poco de su tiempo y de su té, que la vieja disfrutaba bebiendo a sorbitos. Xavier, en cambio, no podía soportar más las incursiones salvajes de esa señora de ojillos inquisidores, siempre en movimiento, con los que los radiografiaba de los pies a la cabeza antes de husmear como un hurón. Dejó plantada a Angèle, para que ella se desembarazase de la vecina, y no volvió a aparecer hasta que Hélène Aspice hubo franqueado el portalón de la entrada.

Pasaron la media hora siguiente limpiando el campo de batalla. Pese a un cielo uniformemente gris, no parecía amenazar lluvia y el tiempo era suave. Angèle, no obstante, prefirió desayunar dentro. Para ella la terraza había perdido todo su encanto por ahora. En cuanto le dio un último trago al café, Xavier, consciente de lo absurdo de su acto, comprobó que la grieta seguía allí y a continuación se puso la ropa vieja que usaba para las tareas que más ensuciaban. Desplegó la escalera de tijera que sacó del cobertizo, la apoyó contra el follaje bajo el alero del tejado a una altura de casi seis metros del suelo y trepó por los peldaños con decisión pese a las súplicas de su esposa.

—Escucha, seguro que hay otra solución. No tienes por qué quitarlo todo. Tal vez podrías despejar solo la zona donde está la grieta.

Hizo una mueca. Angèle no abandonaba nunca la partida. Tuvo la desagradable impresión de que iba a volver a empezar con la discusión interrumpida la semana anterior justo donde la habían dejado. Le divirtió constatar que su esposa esta vez había tomado la precaución de coger en brazos a *Bella* cuando esta fue a apostarse a los pies de la escalera.

—Si solo arranco una parte, Angie, quedará más fea. Habrá un boquete horrible en todo el medio. Imagínate la pared con una tonsura de novicio en el centro. No, prefiero cortarla al ras, y verificar de paso que la fachada no

presenta ninguna otra raja. Ya brotará de nuevo tu parra, si de verdad tanto la quieres, están hechas a prueba de bomba.

Había vociferado esas últimas palabras y cortado en seco la discusión dándole un tajo con la podadora a la primera rama al alcance de la mano. Comprendiendo que él no cambiaría de opinión, Angèle volvió a la casa con su chihuahua bien apretada entre los brazos, visiblemente afectada por haber tenido que capitular ante la combatividad de su marido. Mientras podaba y arrancaba la parra, Xavier sintió crecer en su interior un bienestar que hacía tiempo que no conocía. Aquella completa tala lo revitalizaba. La planta se aferraba al enlucido con todas sus ventosas, como si, consciente de que su muerte se aproximaba, se negara a rendirse. Agarrado firmemente a la escalera con una mano, con la otra cogía las ramas y tiraba de ellas con todas sus fuerzas. Lo hacía con una alegría salvaje, exultante cuando una buena mata de vegetación cedía y se desprendía de la pared. A continuación, la podadora cortaba las últimas briznas que mantenían todo el amasijo de hierbas colgado sobre el vacío para que cayera al suelo. La parra se abatía estremecida sobre las baldosas entre una lluvia de hojas y de ramas cortadas. De vez en cuando, Xavier volvía a tierra firme, desplazaba la escalera lateralmente o la rebajaba unos cuantos peldaños, según fuese avanzando. Aprovechaba entonces para apartar con el pie el montón que se había formado en la base del muro para luego volver al asalto del invasor con una sonrisa en los labios. Y cuando la planta se le resistía, se animaba en voz alta, despotricando contra la rama recalcitrante. «Ah, no, cabrona, no creas que te vas a salir con la tuya así como así. Tú no sabes quién soy yo. Ven con papá, cariño, que te vas a enterar de quién manda aquí.» Empapado por la humedad del follaje que se volcaba sobre él, con el pelo cubierto de ramitas y trozos de hojas, Xavier se abría paso con alegría por aquel mar vegetal. Era Livingstone cruzando a machetazos por un bosque de los trópicos. Era Moisés dividiendo en dos las aguas del mar Rojo. Era el Neo de Matrix luchando contra la muchedumbre de agentes aferrada a sus pantalones. Era todos ellos a la vez, allí colgado a

varios metros del suelo, menos Xavier Barthoux, patético representante comercial de objetos estatuarios con finalidad decorativa en el exterior. A mediodía, había conseguido despejar toda la parte superior de la pared, lo que equivalía a más de un tercio de la fachada. Se guardaba lo mejor para el final, la parte más accesible.

Comió con apetito los platos cocinados con primor por Angèle. Destruir abre más el apetito que construir, pensó zampándose los espaguetis con glotonería. Lo roció todo con un Saint-Joseph que saboreó voluptuosamente, de un cuerpo tan suave como robusto, igual que el que le hubiera gustado tener a él. Volvió al trabajo sin tomarse un café. Avanzaba rápido. Había dejado de lado la escalera, le bastaba con una banqueta, más ligera y más fácil de manejar. Cuando llegó a la zona donde se hallaba la grieta, su pulso se aceleró. Abandonó la brutalidad para mostrar una sutil delicadeza. Procedió en adelante brizna por brizna, despegando las raíces una a una, calculando su fuerza, progresando de arriba abajo sin brusquedades, como si allí detrás se guareciera un animal dispuesto a huir o a morderlo. Una vez que la pared quedó completamente desnuda, Xavier, armado con un pack de latas de cerveza, fue a sentarse al fondo de la terraza, cerca del jardincillo donde crecía un minúsculo bosque de rododendros. El tiempo seguía estando cargado y la camiseta empapada de sudor se le pegaba a la piel. Vació con avidez una primera lata y se dispuso a abrir una segunda. Dos no serían suficientes para saciar una sed que apelaba a todas las cervezas del mundo. Los tragos bajaban por su gástrico antes de ir a refrescar su estómago. Eructó ruidosamente, se atusó el bigote y admiró su obra. Como se temía, la grieta recorría la pared en una enorme diagonal que nacía en el suelo e iba a morir por encima de la puerta vidriera. Jamás habría llegado a sospechar que la contemplación de una pared, una pared de lo más vulgar, pudiera procurarle tantas emociones y sentimientos encontrados. Por un lado, satisfacción por haber acabado con esa sanguijuela invasora de enlucidos que era la parra, pero, por otro, inquietud

por la extensión de la raja. Angèle se había marchado al empezar la tarde a comprar provisiones, y se había llevado consigo a *Bella*. No había nadie, pues, con quien compartir ese momento. Entonces, por primera vez en su vida, Xavier volvió la cabeza hacia el jardincillo y se dirigió a Número 8.

El Número 8 era hasta la fecha el enano de jardín más grande jamás producido por los talleres Frachon. Debido a su respetable talla de setenta y dos centímetros desde los pies hasta la punta del gorro, había sido el mayor éxito de la casa en la época de su apogeo en los años setenta. Aparte de sus excepcionales dimensiones, la otra particularidad notable de ese modelo consistía en su ausencia de colorido. A diferencia de sus compatriotas pintados con tonos a cuál más chillón, el Número 8 no tenía ninguno, solo lucía el color del barro cocido, un hermoso marrón anaranjado que, lejos de empobrecer el resultado final, confería al objeto un cierto cariz primitivista. La sencillez de ese personaje de rostro jovial sacando la lengua había seducido a miles de personas en todo el mundo, las cuales habían decorado con él su césped, su jardín, incluso a veces el interior de sus casas. Se había convertido en un objeto de culto en el mundo de los enanófilos, una rareza codiciada a precio de oro por la que se peleaban todos los anticuarios. Al igual que el resto de los empleados de la casa Frachon, Xavier, desde el día en que entró en la empresa, había tenido derecho a su Número 8, recibido de las mismísimas manos del fundador en el transcurso de una pequeña ceremonia que al joven que él era entonces le había parecido de lo más ridícula, hasta que, al llegar su turno, lo superó la intensidad de la emoción que brillaba en los ojos del viejo cuando le puso la estatua de cuatro kilos en los brazos.

El enano había estado una semana en el piso de Clermont, colocado como un trofeo sobre el velador de la entrada. A Xavier el gnomo no le había supuesto ninguna molestia, pero Angèle no había podido soportar de ningún modo esa presencia silenciosa que estorbaba en el recibidor. «Además me

parece inquietante, tengo la impresión de que siempre me está mirando», había confesado ella cierta noche a su marido, el cual al día siguiente lo había bajado a la bodega sin rechistar. Cuando echó el candado a la puerta de la claraboya se le formó un nudo en la garganta por el sentimiento de culpa de dejar que se pudriera en medio del olor a tierra húmeda, condenado de por vida a sacar la lengua en la oscuridad. El enano había vegetado allí largos años, olvidado entre el desorden de objetos amontonados en aquel cuchitril. Había vuelto a la memoria de Xavier un día en que este se hallaba plantando los rododendros en el jardincillo colindante a la terraza de su recién estrenada nueva residencia de las Cevenas. Angèle había aceptado sin demasiados reparos el traslado de Número 8 a Alzon, después de que su esposo le hubo explicado que la función principal de un enano de jardín no era pudrirse en soledad en el fondo de una bodega, sino envejecer con los pies metidos en una hermosa tierra fértil respirando al aire libre rodeado de vegetación. Desde hacía unos doce años, Número 8 vivía entre arbustos. Estación tras estación, el tiempo había dado una pátina a su cuerpo. La lluvia, el viento, la luna, el frío glacial del invierno, el sol plomizo del verano, factores todos agresivos que, después de haber atacado el brillo que lustraba su cerámica, habían cincelado su tierra anaranjada, pulverizado su superficie, y lo habían desconchado a trozos como si se extendiera sobre él una lepra que había rebajado su nariz, raído la punta de su gorro y roído sus manos hasta convertirlas en dos muñones informes. En cambio, protegida como por arte de magia, la lengua burlona que sacaba permanecía intacta pese a los elementos. A veces paseaban por ella una babosa o un caracol aventureros, los cuales, después de haber escalado los setenta centímetros de barro cocido y haberse deslizado a lo largo del risueño rostro, terminaban su carrera en ese promontorio.

Solo en su terraza, Xavier vio en Número 8 un interlocutor como cualquier otro y consideró lo más natural del mundo usarlo como testigo, impulsado por el atisbo de ebriedad que nublaba su mente.

—No sé qué pensarás tú, pero me encanta haber acabado de una vez con ese engorro.

—¿Llamas a eso acabar, colega? No parece que haya sido muy difícil.

El Xavier Barthoux de hacía una semana, el de antes de la grieta, habría juzgado absolutamente absurdo que un enano de jardín pudiera hablar. El Xavier de hoy no encontró nada extraño en ello y continuó con la conversación.

—¿Cómo? ¿Lo he quitado todo o no lo he quitado todo?

—¿Has visto todo lo que te has dejado? ¡Y tú eres el que habla de haber currado!

Xavier volvió a fijar su atención en la fachada y hubo de reconocer que Número 8 no estaba en absoluto equivocado. Por aquí y por allá colgaban briznas de hierba, raicillas, incluso tallos con hojas. La pared le recordó a la jeta de un gigante erizada de largos pelos esparcidos. Asimismo, la multitud de ventosas todavía adheridas al enlucido constelaban la fachada de puntos negros. Su satisfacción inicial se tambaleó. Iba a tener que cepillar y rascar la superficie rugosa para despejarla de esos estigmas recalcitrantes. Número 8 insistió machaconamente.

—Y la grieta, colega, sobre todo la grieta, no te olvides de TU grieta. Ella es la causante de que hayas tenido que hacer el mono encima de una escalera todo el santo día y todavía ni siquiera la has mirado.

El enano tenía razón. La grieta era prioritaria y debía seguir siendo prioritaria. Se levantó para examinarla un poco más de cerca. Tanto en su trazo como en su forma era irregular. Aunque a veces parecía rectilínea, su camino podía bifurcarse inesperadamente, como si dudara de la dirección a seguir antes de volver a encontrar su rumbo. En lo más alto tenía el espesor de un cabello, pero en la base de la pared Xavier podía meter el dedo meñique.

—¿Qué piensa hacer el rey del bricolaje para impedir que su casa se resquebraje como una vulgar cáscara de huevo?

No percibía el tono burlón con el que Número 8 se hacía el alarmista.



—Pero, compañero, si está todo revisado. El próximo fin de semana vendré con un cartucho de silicona y sellaré toda la superficie. Estará solventado en un pispás.

—¿Y después qué harás con la pared? ¿La volverás a pintar? ¿Le darás un nuevo enlucido? ¿Le pondrás otro revestimiento? A no ser que dejes que la parra de la señora brote otra vez, ya que parece que ella quiere conservarla como si fuera la biblia de su primera comunión.

Xavier se tronchó de la risa. Si su esposa lo hubiera oído, Número 8 habría pasado un mal rato. No había que provocar a Angie con la religión. Al principio de su matrimonio, después de haber soltado varias pullas obscenas contra el clero, comprendió enseguida que si había un tema en particular sobre el que no había que bromear, era ese. Ella no se perdía nunca la misa dominical, ya fuera en Alzon o en Clermont, y a veces lo arrastraba consigo, en su ansia de espiritualidad. Él asistía al oficio religioso como se asiste a una obra de teatro, dejándose acunar por el sermón entre olores a incienso, medio dormido, o, por el contrario, aprovechando ese momento para pensar en otras cosas. Cuando entraron en la casa, Angèle había mandado venir al cura de la parroquia para que echara las bendiciones. Xavier había tolerado esa ceremonia de otros tiempos sin rezongar, ya que eso no podía hacer ningún daño y solo costaba veintitrés euros, que era el precio estipulado por la diócesis para ese servicio. Veintitrés euros, el mismo precio que costaba la consulta del matasanos. Un sábado, el sacerdote había esparcido chorros de agua bendita a tutiplén por los cuatro costados de la casa entonando salmos, seguido como su sombra por Angèle y por él mismo. Su difunto padre, marxista-leninista, debió de removerse en su tumba con esa farsa. Ya puesto, y por el mismo precio, el cura había bendecido el coche que tenía en aquella época, un Renault 25 turbo diésel, el mismo con el que se habían cargado el pretil de un puente por las carreteras de Ardèche un mes más tarde. Número 8 se carcajeó.

—Pues vistos los resultados de aquellas aspersiones, debía de estar

sagradamente caducada el agua bendita del señor cura, ¿no crees?

Xavier aún sonreía cuando Angèle regresó con la compra. Cuando lo vio en la terraza y le preguntó la razón de aquella sonrisa fijada en su cara, él no supo qué responder. Como un adolescente pillado por su madre en plena sesión de onanismo, acabó por balbucear un tímido «nada» que satisfizo a su esposa, dadas las prisas que esta tenía por entrar y coger de nuevo el e-book que estaba en el sofá del salón. Xavier buscó a Número 8 con la mirada. Al abrigo de sus rododendros, el gnomo se había cerrado como una ostra en cuanto había visto llegar a Angèle.

Pasó todo el domingo subido a la escalera cepillando y rascando las numerosas raicillas de la parra abandonadas en el enlucido y que él arrancaba con ayuda de una espátula y un cepillo abrasivo, cuyo resultado fue un grano de arena en el ojo que el colirio expulsó con dificultad. Aquel trabajo de esclavo tuvo la ventaja de librarlo de la misa dominical. Aprovechando la ausencia de Angèle, Número 8 se regodeó en el pitorreo.

—Échale agua bendita con el pulverizador, quizá eso termine por matar lo que queda.

Sordo en una primera instancia a las frases sarcásticas del enano, Xavier acabó por darse la vuelta desde lo alto de su pedestal para buscar con la mirada la jeta guasona entre los rododendros.

—A ver, tú que eres tan listo, venga, dime qué tengo que hacer, señor Sabelotodo, te escucho. Qué fácil es hacerse el enterado cuando no has movido en tu vida ni un solo dedo. ¡De menuda ayuda me serías con esos muñones que tienes por manoplas!

Xavier se estremeció al oír la risa burlona que salía de su propia boca. Un chirrido de pestillo atorado.

—No es culpa nuestra si en la casa Frachon no sois capaces de producir un barro cocido que dure con el tiempo —le replicó Número 8—. Y en vez de burlarte de los lisiados, mejor harías en ocuparte de tu verdadero problema.

—No es más que una grieta, no vamos a hacer un drama de todo esto.

—No, es mucho más serio y lo sabes muy bien, coleguita.

—No me llames coleguita. Aquí el único canijo eres tú, no yo.

El regreso de Angèle puso fin a la estéril discusión. Tal como había

sucedido el día anterior, el gnomo cerró el pico en cuanto la vio aparecer.

Xavier volvió del fin de semana exhausto. El estrés, el sedentarismo y la mala alimentación habían engordado su organismo en los últimos años, y pasar la cortadora por el césped y sacar a *Bella* a hacer sus necesidades se podían considerar su único ejercicio físico. Las agujetas de ese lunes por la mañana le hicieron redescubrir sus músculos olvidados. Hombros hechos puré, espalda agarrotada, muslos doloridos, antebrazos hinchados, plantas de los pies magulladas y demás dolores que le hicieron sentirse vivo. Besó a Mô, ocupada en pintar de verde manzana los gorros de una colonia de enanos empujadores de carretillas. «Usted sí que es guapa, Marie-Odile —le susurró al pasar—, y no estos enanos, que no la merecen.» La máscara protectora a duras penas pudo ocultar el rubor que le subió a las mejillas a la colorista. El ambiente en el despacho de Dumoulin era glacial. Al entrar en la habitación, Lhuillier evitó su mirada y el director no se molestó en levantar la cabeza de sus papeles para saludarlo. Los apretones de manos no estaban en el orden del día de esa mañana.

—Barthoux, le estábamos esperando.

El «como de costumbre» implícito en el silencio que siguió a la frase resonó con más fuerza aún que si hubiera sido pronunciado.

—No voy a ocultarle que los resultados de la semana pasada no están ni por asomo a la altura de nuestras expectativas. Jean puede confirmar que los pedidos han sido más bien limitados.

Jean confirmó.

—¿Qué ha pasado, Barthoux?

Su nombre tampoco estaba en el orden del día.

—¿Tiene problemas con los clientes? ¿Qué le ha llevado a ofrecer tanto descuento? No hay ninguna nota de pedido sin que el producto no esté rebajado. Cojamos una al azar, por ejemplo, esta del Planti'Marché de Moulins-lès-Metz, gracias, Lhuillier. ¿Qué podemos ver en ella? Un doce por

ciento. ¿Se da usted cuenta, Barthoux? ¡Un doce por ciento! Y si al menos eso sirviera para un aumento de las compras, pero, *a priori*, no veo ningún atasco en la producción de BN. Si el origen del problema son las fisuras de la base, díganoslo y buscaremos una solución, pero no podemos seguir por este camino.

Lhuillier asintió con la cabeza. Xavier estaba sentado ante un tribunal con Dumoulin en el papel de fiscal y el jefe de producción en el de secretario judicial. Ningún abogado defensor, ni siquiera uno de oficio, para acudir en su ayuda. Pensó en Número 8. Echaba de menos al enano. Su presencia junto a él en esos momentos habría sido un gran apoyo.

—Jean, ¿puede dejarnos solos, por favor?

Sin nada que objetar, Jean abandonó el despacho rápidamente para ir a ocuparse de las entregas.

—Voy a ser claro con usted —prosiguió el director en cuanto la puerta se cerró a la espalda del jefe de producción—. Céramix puede cogerse un enfado de mil demonios a la vista de estos primeros resultados. Cuento con usted para que los reencauce. Es fundamental corregir el rumbo. Y considere esto un ultimátum y no un simple consejo. ¿Cuánto tiempo lleva en esta empresa? ¿Veinte, treinta años?

—Desde mil novecientos ochenta y tres. Va a hacer treinta y tres años a finales de este.

Odió usar ese tono avergonzado cuando contestó al director.

—Desde hace un tiempo, le noto menos implicado en la vida de la empresa.

Xavier reprimió su risa. Cuatro supervivientes en un almacén, extraño concepto de una vida de empresa. ¿Qué replicaría a eso Número 8, que había nacido en la época de mayor actividad aquel día de noviembre de 1976, cuando una operaria lo había sacado del molde, cocido y cepillado antes de barnizar su superficie todavía tibia? De sobra había conocido él la vida de la empresa. Flujo y reflujo de empleados en el cambio de turnos, como sangre que va y viene con los latidos del corazón. Los gritos y las risotadas, los

golpes de las puertas de las taquillas metálicas, el rodar de las carretillas, el runrún continuo de los hornos, el soplo del aire comprimido de la pintura a pistola, los ruidos que llenaban el vientre de la fábrica. Las vísperas de las vacaciones, reunidos todos en torno a los platos de patatas fritas con un vaso de kir en la mano y hablando de todo, de lo bueno y de lo malo. Y durante todo el año, como un hilo rojo, esa caja de hojalata que circulaba de mano en mano, pasando de un taller a otro, siempre la misma, una caja en la que cada quien metía alguna moneda con motivo de una boda, de un nacimiento o para pagar la corona de flores de un colega fallecido. El primer horno se cerró en 2002, el último, seis años más tarde. La caja de hojalata había desaparecido, como todo lo demás, víctima de la depuración llevada a cabo por los norteamericanos, que les habían hecho pasar de setenta empleados a cuatro y del cóctel con vino blanco al agua sin gas. Dumoulin se puso en plan conciliador.

—Óigame, si tiene problemas de índole personal, ya sabe que puede contármelos.

Xavier se aclaró la garganta.

—Si usted me lo pide..., pues bien, a decir verdad, sí, desde hace algún tiempo tengo un problema personal. Un problema de orden psicológico, para ser exactos.

Intrigado, el director se inclinó sobre el escritorio con la barbilla apoyada en sus manos enlazadas.

—Le escucho.

—Sufro de...

Xavier miró a derecha e izquierda antes de dejar caer la palabra con un suspiro.

—Hiperhidrosis.

Le regocijó ver unas arrugas de incomprensión surgidas en la frente de su jefe ante el enunciado de la enfermedad.

—¿Hiperqué?

—Hiperhidrosis. Desde hace alrededor de dos meses.

—¿Y eso es...?

—Una sudoración excesiva que no consigo controlar y que me amarga la existencia.

—Pues eso hay que consultarlo, amigo mío, tiene que haber algún remedio para ello.

—Ya lo he consultado. El matasanos me ha dicho que la cosa no viene de mí, que el origen del problema no es psicológico, sino mecánico.

—A ver, no entiendo —se exasperó Dumoulin.

—Verá, señor Dumoulin, cuando el aire acondicionado funcionaba, yo salía del coche reseco como una lechuga tierna que ha estado al sol durante horas. Yo no salía a escape con mis cajas de cartón delante de los clientes empapado antes incluso de empezar. No se tiene la mente puesta en vender estatuillas cuando uno se pasea con manchas tan grandes como vinilos en los sobacos. Unos sobacos como jamás creí posible que yo pudiera llevar, y menos aún siendo representante comercial. Si un tipo suda es que tiene algo que ocultar o está a punto de hacerte una jugarreta. Así pues, el origen del problema es claramente mecánico. Mande reparar el aire acondicionado y todo irá mejor, eso fue lo que me dijo el médico.

Dumoulin hervía por dentro. Su director comercial acababa de burlarse de él en su propia cara, mostrándole al final esa extraña sonrisa irónica de la que últimamente solía hacer gala con frecuencia y que tanto le horrorizaba.

—Está bien, Barthoux, usted gana, vamos a mandar que reparen el aire acondicionado. Yo me encargo personalmente de que le den cita en el taller el sábado que viene. Mientras tanto, no me venga esta semana con la excusa del calor, ha dicho el hombre del tiempo que habrá un gran descenso de las temperaturas en los próximos cinco días. Por su bien, espero que rectifique, es el único consejo que puedo darle.

Xavier contempló los estantes que, desde el suelo hasta el techo, cubrían la pared de detrás de Dumoulin. En ellos estaban expuestos todos los modelos de

enanos salidos de la fábrica desde su creación. El mayor entre ellos era un Número 8, nuevo y flamante. Un ejemplar que jamás había abandonado la fábrica, que jamás había visto el más mínimo trozo de césped, sobre el que jamás se había posado ninguna mariposa, un enano muerto antes de haber vivido y que todo el tiempo que había durado la reunión había guardado un silencio sepulcral.



Angèle lo despertó en mitad de la noche. Había un ruido. Un ruido que provenía del desván. Algo corría por allí arriba desde hacía cinco minutos. Xavier aguzó el oído. Su mujer tenía razón. Unas patas con garras derrapaban sobre la madera del suelo. Un bicho brincaba por encima de sus cabezas. No un pájaro. Un pájaro andaría o volaría, pero no trotaría de manera que provocara semejante alboroto, ni siquiera un cuervo grande. Entre dos idas y venidas, el silencio volvía a apoderarse de la habitación. La pareja contenía la respiración antes de que del techo proviniera nuevamente el ruido de aquel trote. Tenía la rapidez nerviosa de un animal que echa un vistazo y recorre su propiedad antes de dejar sus huellas. Xavier encendió la lámpara de noche, sacó la linterna que guardaba en el cajón de la mesilla y se adentró a hurtadillas por el pasillo. Después de abrir el cerrojo de la trampilla que daba al desván, desplegó la escalera plegable y esta quedó bloqueada emitiendo un chasquido seco. Con el corazón acelerado, metió la cabeza por la abertura e iluminó las tinieblas con la luz de la linterna. El animal estaba allí, inmóvil, pegado a un extremo del desván, mirándole fijamente con sus pequeños ojos negros. Dos gotas de tinta puestas directamente en la piel. Alzó la cabeza y tendió el hocico para oler el aire saturado de polvo. La pechera blanca de su cuello focalizó toda la luz de la linterna. Como un relámpago, el bicho deslizó su delgado cuerpo por un agujero que había entre la pared y un listón de madera y desapareció. Xavier regresó al calor de su cama en medio del renacido silencio.

—¿Qué era?

—Un pariente cercano de Hélène Aspïc.

—Pero ¿qué dices?

—Una comadreja, era una comadreja fisgona.

—Qué tonto eres. ¿Y se ha ido?

—Sí, pero volverá, ahora que conoce el camino. Y no me sorprendería nada que acabe haciendo su guarida en nuestra casa. Recuérdame que le pida a tu padre el veintidós cuando vayamos a celebrar el cumpleaños de tu madre.

Angèle se acurrucó contra él.

—Mi héroe —le susurró ella al oído mientras su mano se abría paso por el pantalón del pijama en busca de su sexo.

Hicieron el amor como solo pueden hacerlo dos seres que conocen sus cuerpos como la palma de la mano, sin ningún otro cálculo más que el de responder a la pulsión del instante y a la expectativa del otro. Los retozos febriles de los primeros tiempos habían saciado con rapidez la libido de su esposa y un orgasmo de vez en cuando colmaba ampliamente su felicidad. Al apetito sexual de su marido Angèle oponía con mucha frecuencia una negativa amable pero firme que, después de exacerbar su deseo hacia ella, acababa por atenuarlo. El nacimiento de Axel había ratificado el acuerdo de alto el fuego, acuerdo que los dos bandos rompían a veces con un asalto más rápido que tórrido. Pero desde hacía algún tiempo, Angèle se mostraba sorprendentemente activa, dando prueba de una fogosidad que su marido jamás le había conocido en el pasado y menos asumiendo el mando de las operaciones como esa noche. Él respondía a la solicitud con esa impresión no siempre agradable de que su pene había dejado de pertenecerle, que ese pedazo de sí mismo vivía una vida propia en función de las necesidades de su esposa. Mientras Xavier follaba sin verdadero placer, la voz de Número 8 le llegó desde el jardín.

—La próxima vez, pídele a Miss Catequesis que bendiga tus genitales.

La risa ahogada de Xavier se perdió entre las manifestaciones de placer de su media naranja. Se imaginó desnudo y echado directamente sobre el embaldosado de gres rosa de la iglesia con el cura inclinado sobre él rociando

sus atributos a golpes de hisopo y salmodiando el paternóster. Se corrió como si se sonara antes de dejarse caer, jadeando, sobre la almohada.

Mecido por la respiración profunda de Angèle, volvió a pensar en cómo había ido la semana, en su hartazgo paseado de punto de venta en punto de venta por áreas comerciales sin alma, en todos los kilómetros recorridos para conseguir los pedidos que exigía Dumoulin. Cincuenta BN en Vannes, treinta en Rennes, casi doscientas en el sector de Nantes, un centenar en el de Angers. Había hablado con sus Blancanieves. Todos los días, cada vez más. Unas veces para quejarse de cómo estaba el tráfico; otras, de lo patético que era el desempañado del coche o para criticar con ellas las locuras de los demás conductores. Les había hablado de Número 8, que se moría de aburrimiento esperándolo entre un fin de semana y otro junto a los rododendros. Echaba muchísimo de menos a Número 8, con su insolencia burlona y su cara devastada, el cual le respondía cuando le dirigía la palabra, no como esas princesas desesperadamente mudas en su caja. Dumoulin no se había equivocado en cuanto al tiempo. La lluvia había ahuyentado el calor agobiante, dejando su lugar al frío. Un frío húmedo de esos que se le meten a uno en los huesos y que había perseguido a Xavier hasta Alzon como un mal fario.

—¿Hay alguien?

Ser despertado por la voz de Hélène Aspic no era precisamente lo más agradable para comenzar la jornada, y menos un sábado.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Xavier se volvió hacia su esposa.

—Ve tú, porque si voy yo, la mato.

Angèle saltó de la cama, se puso la bata y fue a abrir a la vecina, que pisoteaba con impaciencia el felpudo.

—Buenos días, Hélène.

—¡Para ustedes! —exclamó ella tendiéndole una cesta llena de calabacines cubiertos de relucientes gotas de agua—. Frescos y recién cogidos de esta mañana. Hágalos al gratén y ya me contará. Han vuelto ustedes a traer el sol, hace un día espléndido.

—Gracias, es usted muy amable, pero llegamos muy tarde ayer por la noche y todavía no hemos desayunado, si no le importa, Hélène, pásese dentro de un rato.

—Eran las doce y diez cuando vi los faros de su coche y me dije: Seguro que a los pobres les han tocado los atascos del fin de semana. ¿Tienen pan? He de pasar por donde Mouret y puedo traérselo. ¿*Bella* está mejor? ¿Está por aquí?

—Sí, está mejor, gracias, Hélène, hasta luego.

Angèle cerró la puerta, único medio eficaz de cortar la conversación con la vecina. Impaciente por ver a Número 8, Xavier insistió en desayunar en la terraza pese al frescor de la mañana. Cuando fue a sentarse, acarició al pasar

el gorro del gnomo. El día anterior había cenado tan solo una manzana y su estómago aullaba de hambre. Mientras devoraba una tostada tras otra, miró la grieta. Había aumentado en la parte baja de la pared.

—Ha engordado.

—¿Sí, tú crees? Hay que reconocer que desde la pérdida de su madre le ha costado recuperarse —observó su mujer, ocupada en untar de mermelada unos bocaditos para *Bella*.

Con los ojos pegados en la fachada, Xavier insistió:

—No estaba tan gorda el fin de semana pasado, estoy seguro.

Número 8 se dispuso a hacer su comentario sin que se lo impidiera el caracol que se había instalado en su lengua durante la noche.

—¿Y qué esperabas? ¿Que detuviera su curso de la noche a la mañana, con lo bien que lo tenía encauzado?

—Ahora que su madre no está para vigilar lo que come, debe de compensarlo con la comida —prosiguió Angèle—. Seguro que se zampa un montón de porquerías entre una comida y otra, Hélène siempre ha tenido tendencias bulímicas.

—Dentro de un rato iré a comprar un tubo de silicona para sellarla —determinó Xavier atusándose el bigote—, para que no le entre agua y reviente con la primera helada.

—Me encanta ver que el señor se decide por fin a coger el toro por los cuernos —se congratuló el enano.

Xavier conminó con la mirada a Número 8 a que se callara. Aunque a él los comentarios del enano no le molestaban, corrían el riesgo de que en el caso de su mujer fuera distinto. El gnomo se echó a reír.

—Pero si tu Angie no me oye, no te preocupes. Puedo desgañitarme todo lo que quiera, que nada entrará por sus oídos. Cerrada tan herméticamente como un mejillón antes de cocerse, tu cariñín no está sintonizada con el canal adecuado. ¿ME OYE, SEÑORA BARTHOUX? ¡¡¡YUJU, SEÑORA BARTHOUX, LE HABLA NUMBER EIGHT DESDE RADIO RODODENDRO!!!

Angèle volvió la cabeza hacia su marido, mostrándole una mueca

dubitativa.

—Cariño, no veo cómo un tubo de silicona podría ayudar a Hélène a resolver sus problemas de peso, la verdad.

—Pero ¿quién habla de Hélène, Angie? Yo te estoy hablando de la grieta. ¿No te das cuenta de que ha engordado?

—¡Eh, para el carro! Parece que no existe para ti otra cosa que tu grieta de las narices. Pues no, no me parece que haya engordado desde la última vez. Y si hubieras dejado en paz a mi parra, al menos no tendríamos que tener esa raja a la vista. Mira esa pared, parece cualquier cosa.

—Vaya, por lo visto tu ángel no está muy de acuerdo con que hayas tenido que cargarte su marea verde —constató Número 8.

—Vamos a dejarla como nueva con el revestimiento, ya verás, cariño, los hacen preciosos ahora. Le dará otro empaque a la casa.

Xavier midió la fisura con una cinta métrica. De abajo arriba, alcanzaba más de tres metros. Trazó una línea para marcar el lugar del enlucido hasta donde llegaba la raja.

—Estoy seguro de que ha crecido por lo menos cinco centímetros durante la semana.

Con ayuda de un destornillador, hurgó dentro de la pared. La fisura se tragó la herramienta hasta el mango. El daño era profundo. Midió la superficie afectada con vistas a comprar las tablas y los listones necesarios para la colocación del revestimiento, y anotó las medidas, una a una, en su iPhone.

—No es una buena idea, colega. De verdad que no lo es.

Número 8 había hecho ese comentario admonitorio con tono serio.

*¿Y por qué no habría de ser una buena idea?*

—Ocultar el mal nunca ha servido para curar el mal. Por mucho esparadrapo que le pongas en la herida varicosa, el paciente no va a mejorar. Esta cabaña tuya no quiere que le pegues encima una parra, un revestimiento o unas piedras de adorno. Lo que quiere tu cabaña es que mires el problema de frente.

*Pues yo insisto en que un revestimiento resolvería muy bien el asunto en cuestión.*

—Como quieras, tú mandas, pero sigo pensando que un parche no es la solución.

Xavier se había comunicado con Número 8 con el pensamiento, sin pronunciar ni una palabra. Angèle, ocupada en dar de comer a *Bella*, en ningún momento había sospechado que estuviera conversando con el gnomo.

*¡Estoy discutiendo contigo y ella no se da cuenta para nada!*

—Tan hermética como un mejillón antes de cocerse, ya te digo.

La constatación del fenómeno lo llenó de alegría. Tener que compartir la relación que lo ligaba a Número 8 con una tercera persona, aunque esta fuera su propia esposa, le habría contrariado. Sonrió. Ya no necesitaba tener que esperar a estar solo con el enano para poder charlar a sus anchas con él.

—Barra libre, colega. Veinticuatro horas de veinticuatro.

*Cool.*

La tienda de bricolaje más próxima se encontraba a una media hora en coche de Alzon. La pareja pasó una parte de la mañana buscando el revestimiento deseado. Después de madurar la reflexión, orientaron su elección hacia un laminado de pino Douglas de veintiún milímetros de espesor, ciento veinticinco milímetros de ancho y cuatro metros de largo. El vendedor añadió a la compra los listones, tornillos y clavos necesarios para el anclaje. Angèle, a quien su marido había dejado encargada de elegir el color, echó el ojo a un barniz gris perla. Acordaron la entrega del material para el sábado siguiente. A su vuelta, el enano murmuró entre dientes.

—Hacerse el avestruz nunca ha servido para nada, colega.

*Pues la verdad es que no veo por qué restaurar mi fachada con un revestimiento es hacerse el avestruz. Además, voy a tratar a fondo esa grieta antes de poner encima un esparadrapo, como tú dices. Dos tubos de silicona seguro que serán suficientes.*

—Un parche, colega, todo eso no es más que un parche.

A primera hora de la tarde, Xavier restregó la grieta, cuan larga era, con un cepillo metálico. Luego, con una escobilla, le quitó el polvo meticulosamente, antes de limpiar la herida con una esponja húmeda.

*Siempre hay que limpiar la llaga antes de curarla, no vaya a ser que unos gérmenes de hospital vengan a infectar el enyesado.*

Sin noticias de Número 8.

*¿Qué pasa? ¿Es que al señor esto no le parece bien?*

—No sirve de nada que yo te dé mi opinión, ya que de todos modos pondrás mala cara.

Xavier insertó un primer tubo de silicona en la pistola mecánica y abrió la boquilla para hacer subir la pasta gris hasta el extremo de la cánula. Puso la punta sobre el borde de la raja y empezó a inyectar el producto en la hendidura. A intervalos regulares, suspendía el bombeo y alisaba con la punta del índice la pasta sobrante regurgitada por la fisura. Cubiertos unos dos metros y menos de una hora más tarde, la raja se había tragado el contenido de los dos cartuchos y aún quedaba por llenar la parte más ancha. Xavier corrió al coche para volver a toda velocidad hasta la tienda y la desvalijó. Trabajó hasta bien entrada la noche y terminó iluminándose con la luz de una lámpara portátil entre una nube de mosquitos. La grieta ya solo era un mal recuerdo, una cicatriz grisácea que atravesaba el enlucido. Antes de ir a la casa en busca de Angèle, se acercó a Número 8. La luna salpicaba de una claridad lechosa los rododendros. Impasible entre el follaje, el enano mostraba la serenidad de un buda. Xavier retiró delicadamente el caracol que tenía pegado en la lengua de barro cocido. Acarició al enano con el extremo de una escobilla para quitarle la suciedad acumulada entre las arrugas y los repliegues de su cuerpo leproso antes de limpiar la figurita con agua clara y secarlo con una esponja. El juego de luces y sombras confería a aquel rostro, devastado por años de intemperies, un esplendor misterioso. El «gracias» que resonó en su cabeza cuando abandonaba la terraza lo emocionó. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que alguien le había dirigido esa palabra.





Atrapado en el embotellamiento de principio de semana, Xavier se sorprendió silbando. Igual que los lunes anteriores, se sentía tan hueco como las estatuillas que paseaba en su vehículo y, sin embargo, la cara risueña de Número 8, que veía reflejada en el retrovisor interior de la ranchera, le procuraba una euforia vigorizante. Ya no estaba solo. Convenientemente atado en el asiento trasero, sujeto entre dos cajas de cartón llenas de Blancanieves, el enano parecía tan contento como su chófer. El domingo, al caer la tarde, cuando Angèle le hablaba a *Bella* para animarla a que hiciera una última necesidad antes de partir hacia Clermont y él luchaba por cerrar los batientes de la puerta vidriera, el gnomo se había dirigido a él con voz triste.

—¿Así que vas a seguir dejando que me pudra aquí, colega?

*Sabes de sobra que ella no soportaría tu presencia en el piso y no creo que quieras pasar otra temporada en la bodega.*

—¿Quién habla de eso? Lo que quiero es estar contigo. Podrías muy bien llevarme en tus viajes. Este sitio no es el que me corresponde.

El enano tenía razón. Nada le impedía a Xavier llevárselo consigo. ¿No era tan de la empresa como cualquiera de las demás estatuillas? Número 8 era incluso la más Frachon de todas ellas y podía reivindicar ese derecho con total legitimidad.

—No hay por qué hablarlo con nadie, esto puede quedar perfectamente entre nosotros. Además, pasaré desapercibido. ¿Qué hay más normal que un enano de jardín en el coche de un representante comercial de enanos de jardín? Confiésalo, te mueres de ganas tú también.

*Te olvidas de Angèle. ¿Cómo justifico el hecho de llevarte de nuevo a*

*Clermont?*

—Pan comido, colega. Dile que en la casa madre ya no queda ningún Número 8 y que están buscando un ejemplar porque piensan relanzar la colección.

*Sí, tiene lógica.*

Xavier había arrancado la estatua de la tierra arcillosa del jardincillo balanceándola con cuidado de un lado a otro, como se hace con un diente de leche para extraerlo de la encía. Una vez lavados los pies de arcilla con abundante agua, secado bien y envuelto en plástico de burbujas, Número 8 fue ubicado en el maletero entre el equipaje y la caja de calabacines que ya había allí.

*Mañana por la mañana te traslado a la ranchera de la empresa. Mientras tanto, tendrás que pasar la noche aquí dentro.*

—No te preocupes, no necesito demasiado oxígeno.

La carcajada del gnomo había traspasado la gruesa capa de plástico para resonar en sus oídos. Durante el trayecto, Angèle había comentado las justificaciones de su marido.

—Pues no veo realmente el interés comercial de reeditar antiguallas como esa.

—En época de crisis económica, está demostrado que con frecuencia el acto de comprar por parte de los consumidores va acompañado de un hondo sentimiento de nostalgia. La empresa quiere surfear esa ola de vuelta a lo antiguo, en plan carcamal, y los grandes estrategas de Céramix han pensado que Número 8 constituía la mejor representación de la Frachon del pasado.

*¿Has visto, amigo, qué bien he salido del apuro?*

—César al mejor actor: Xavier Barthoux, por su papel de marido que miente a su mujer. Pero no lo hagas demasiado —le había aconsejado Número 8 desde el maletero.

—La verdad es que me alegro de no tenerlo más delante de la casa —había confesado Angèle—. No te lo quería decir, pero que sepas que siempre me ha

dado miedo. Tenía la impresión de que me espiaba, allí escondido en medio de los rododendros.

—Adoro a tu mujer.

*Reconoce de todos modos que tu careto desfigurado no es precisamente afable.*

—Ah, y gracias por lo de carcamal. Afortunadamente no soy susceptible y no me ofende.

*Tómalo más bien como un cumplido. Si vieras lo que sacamos ahora al mercado, es para echarse a llorar. ¿Puedes creerte que los chinos quieren que os pongamos una gorra con una luz intermitente en forma de torre Eiffel?*

—Pobres hermanitos.

El sonido del claxon que sonó a su espalda sacó a Xavier de sus pensamientos y provocó una nueva ráfaga de insultos por parte de Número 8. Desde que salieron de la fábrica, el enano se regodeaba poniendo a parir a los demás conductores por cualquier nimiedad.

—¡Si tienes prisa, vete en avión, cabeza de chorlito!

*Eh, tranquilo, no te he traído conmigo para que estés refunfuñando cada cinco minutos. Guarda tu energía para el curro, no olvides lo que ha dicho Dumoulin hace un rato. Cuenta con todos los colaboradores para corregir el rumbo.*

El director había convocado a todo el equipo a la reunión semanal de los lunes por la mañana, Mô incluida. Una hora para explicarles, con ayuda de gráficos, que el ejercicio del primer semestre era catastrófico. El volumen de negocio iba en caída libre, los gastos en ascenso, los ingresos en descenso. Una hora de lamentaciones para preparar el terreno antes de marcar el número de la línea directa con la casa madre. Una voz a la vez de ultratumba y de ultramar salía del auricular para chapurrearles palabras como *market down*, *too expensive*, *costs too high*, *bad cash*, previas a la concluyente frase de *no results bonus and no holidays bonus*. No necesitaban ser traducidas.

Dumoulin había retomado la iniciativa. Tanto él como los otros contaban con todos sus colaboradores para dar un buen empujón. Desde luego, la prima de Navidad, que seguía aún vigente, era también susceptible de pasar a la historia si la curva del gráfico no se enderezaba antes de fin de año. Mô había permanecido tan impasible como los personajes que pintaba, Lhuillier tenía la cara de quien acaba de perder a dos familiares el mismo día y un tercero fuera camino de palmarla. En cuanto a Xavier, había adoptado esa extraña sonrisa que acojonaba al director cada vez más.

Esa semana, el plan de visitas lo llevaba por el suroeste. El comercial encendió la radio.

*Radio Nostalgia. ¿Te parece bien? ¿Es lo suficientemente poco moderna para los oídos del enano prototípico de las antiguallas frachonesas?*

—Sí, por mí, bien. Además, querría hacer notar a vucencia que, habiendo nacido en el setenta y seis, soy más joven que vos, quien por tanto está en mejores condiciones que yo para poder hablar de antiguallas.

Por la radio, una astróloga lanzaba horóscopos de carrerilla. Xavier se preguntó si los enanos de jardín tenían derecho también a un signo zodiacal.

*¿De qué mes eres?*

—Sacado del molde a primeros de junio de mil novecientos setenta y seis, el año de la gran sequía.

*Entonces somos géminis los dos.*

«Nacidos bajo el signo de Géminis. Un encuentro fortuito podría transformar su vida. Aprenda a guiarse por las señales y quizá encuentre en ellas la clave del éxito.»

*¿Has oído eso? Tenemos que aprender a guiarnos por las señales si queremos triunfar.*

El cantante desenfrenado de AC/DC, que sonó después de la vidente, se dejó las cuerdas vocales en *Highway to Hell*. Xavier y Número 8 repitieron el estribillo de memoria y desgañitándose:

*I'm on the highway to hell*

*On the highway to hell*  
*Highway to hell*  
*I'm on the highway to hell.*

Los últimos *riffs* resonaron en el interior del vehículo en el momento en que la señal azul y blanca indicaba la vía de acceso a la autopista. Todo sonriente, Xavier encauzó la ranchera por la A-89. Seguir las señales. *The highway to hell*, la autopista al infierno, al final de la cual estaba Raoul Martinet.

Raoul Martinet encarnaba la cuarta generación de una familia de quincalleros cuyo negocio había pasado siempre de padres a hijos. Con la excusa de ser el cliente más antiguo de la casa Frachon, el tal Martinet no dejaba nunca de recordarle a Xavier los privilegios legitimados por su antigüedad, cada vez que este se pasaba por la quincallería de Brive-la-Gaillarde. Pertenecía a esa raza de comerciantes que se apoyaban en costumbres ancestrales, uno de esos dinosaurios para los que cualquier concesión al progreso era sinónimo de claudicación. El hombre trabajaba a la antigua, como antes su padre y antes su abuelo y antes su bisabuelo. El único vestigio de modernidad era el ordenador colocado en un rincón del despacho y cuya pantalla polvorienta y permanentemente apagada solo tenía la función de servir de soporte a innumerables pósitos. Martinet no juraba nada más que sobre los cuadernos con espiral que siempre llevaba consigo llenos de la apretada letra de su escritura. Su obstinación por llenar a toda costa con alguna mercancía cada espacio vacío de su negocio había hecho del almacén una cueva de Alí Babá en la que había que contorsionarse para poder moverse por los pasillos. Un bazar de baratijas en el que los lugareños decían que se podía encontrar de todo, incluso lo que no se buscaba. Vajillas, figurillas, lámparas, pinturas, herramientas, productos de electricidad, fontanería, papel pintado, palas para la nieve, barbacoas, y si entre todos esos artículos heteróclitos faltaba el objeto que deseaba el cliente, el propietario de la tienda tenía el gusto de conseguirse a la mayor brevedad. Una sensación de abundancia reconfortante se desprendía de las paredes de la quincallería. Cruzar la puerta de aquella tienda era penetrar en la bodega rebotante de un

barco que atravesaba épocas y tempestades sin desviarse jamás de su rumbo, con su viejo capitán, Raoul Martinet, aferrado al timón seis días de cada siete.

Ante la imposibilidad de encontrar un hueco libre en las callejuelas de la ciudad, Xavier le echó el ojo a un sitio reservado para carga y descarga. Las correas de la mochila pesaban ligeramente sobre los hombros del comercial mientras caminaba por la acera en dirección a la quincallería. En el interior de la mochila, Número 8 se bamboleaba al ritmo de la marcha. Tan solo el gorro y los ojos sobresalían. Xavier nunca se había cuestionado la incongruencia de llevar una mochila de senderismo Quechua con su elegante traje antracita de representante comercial. Esa mañana, cuando fue a meter la estatuilla en la ranchera, el barro cocido le había parecido más liso al tacto que el día anterior, como si la superficie picada y descascarillada se hubiera regenerado durante la noche. El pequeño cuerpo le traspasaba ahora algo de calor a través de la gruesa tela de la mochila, justo entre los omóplatos. Podía sentir el corazón del gnomo latiendo a la altura de su columna vertebral. Eso estaba bien, por mucho que su razón le dictara que un objeto hecho de barro cocido no podía en ningún caso desprender calor ni poseer un músculo cardíaco.

Xavier se dio cuenta enseguida de que algo no marchaba cuando franqueó la puerta de la tienda. Mientras la campanilla tintineaba por encima de su cabeza, se quedó paralizado sobre el felpudo verde hierba. Un detalle disturbaba el paisaje, un detalle que le ponía los pelos de punta en los antebrazos sin que lograra determinar su naturaleza. La voz susurrada de Número 8 se insinuó en su oído.

—Las señales, colega, la tía del horóscopo habló de buscar las señales.

Xavier escrutó con la mirada la escena que había delante de él sin llegar a discernir el origen de su turbación.

*No veo nada.*

—¿Es normal que Raoul se descojone tanto?

El enano señaló con exactitud la anomalía. Jamás el representante de Céramix había visto al quincallero sonreír de ese modo. Los dos caninos de



oro que relucían entre los labios violáceos del hombre daban a su sonrisa un cierto aire predador. Xavier se irguió con paso resignado hacia el comerciante, empotrado detrás de la caja registradora.

—Barthoux, ya no lo esperaba. Habíamos quedado a las once.

Más que hostil, el tono de Raoul Martinet era amargo.

—No es fácil aparcar para venir hasta aquí.

—Si viene a venderme la misma basura que la última vez, no se moleste, se puede ir por donde ha venido. Y de paso, me va a hacer el favor de llevarse sus revolucionarios EnanoVibradores.

Lo dijo poniendo sobre el mostrador una decena de enanos cuyo gorro vibraba y emitía destellos.

—Tengo dos clientas a las que les han causado problemas, ¿me comprende, Barthoux? Dos. Con las pilas, el gorro parpadea diez minutos y luego se para. Y enchufado a la red, se recalienta peligrosamente. La señora Thoiry, que es una excelente clienta, me ha hecho notar que el suyo tenía el trasero ardiente cinco minutos después de ponerlo en función vibrador.

—Un gorro que parpadee, todavía puedo entender el concepto, pero ¿que vibre? ¿Cuál es exactamente el objetivo, colega? —preguntó con ingenuidad Número 8—. ¿Es para espantar a los topos?

*Hay enanos destinados a jardines mucho más íntimos y reducidos que el que tú has conocido.*

—¡No! ¡No me lo puedo creer! Pobres hermanos.

—Eso no se le puede hacer al viejo Martinet —profirió el quincallero—. Todos los días recibo a representantes y no son los que carecen de clientela los que abundan, para los tiempos que corren, así que dígame lo que va a hacer la casa Frachon para indemnizarme por todo esto antes de que me dirija a otro proveedor. Y no me venga con que usted no puede hacer nada, eso no quiero ni oírlo. Quiero que sepa que estoy muy decepcionado, Barthoux, hasta ahora siempre le había tenido en buena estima por su competencia, pero desde hace algún tiempo me parece que le falta un poco de seriedad.

Más o menos, las mismas palabras que le había soltado Dumoulin. Pero, aunque comprendía el enfado del quincallero, un profundo hastío invadió a Xavier. Su obligación, como bien sabía, era demostrar simpatía, intentar una mediación, negociar un arreglo y calmar los ánimos con diplomacia para hacer borrón y cuenta nueva. En pocas palabras, poner la mejilla y lamer el culo. Era obvio que ese viejo zorro de Martinet no esperaba otra cosa. Se atusó el bigote mientras el quincallero, en su interminable diatriba, no acababa de escupirle a la cara su irritación. El enano se removía en la mochila.

—¿Por quién se toma para gritarte de ese modo?

*Por el rey de los quincalleros.*

—Rey o no rey, eso no le da derecho a tratarte como al peor de los ladrones, colega.

Número 8 tenía razón. Entonces, por primera vez desde que estaba en ese oficio, Xavier abrió las válvulas que hasta ese momento habían contenido su hartazgo. Puso la caja de cartón de las Blancanieves en el suelo, se enderezó y le quitó la palabra a Martinet, cuyas mejillas con cuperosis habían pasado de violáceo a rojo intenso.

—Me estás hinchando las pelotas, Martinet.

—¡¿Perdón?! —vociferó el comerciante interrumpido bruscamente.

—Me has oído muy bien, pero te lo voy a repetir solo por gusto: me estás hinchando las pelotas, Martinet. Mira, hasta puedes apuntarlo en uno de esos miserables cuadernos de espiral que tienes ahí para que te acuerdes: «Lunes, 11.16 h, Barthoux, de la casa Céramix, me ha dicho: “Me estás tocando las pelotas, Martinet”». Voy a coger tu mercancía, vamos a reembolsártela, con daños e intereses si hace falta, lo que sea con tal de no volver a oír al puñetero viejo que eres quejarse y esperar de mí reverencias y lametones a tus zapatos con la excusa de que el señor es el más antiguo cliente de la casa. En cuanto a tus folladores con gorro, que devoran pilas y se calientan por el culo cuando se los enchufa a la red, te sugiero que vayas a reclamárselo a los

americanos que los inventan y a los chinos que los fabrican, porque a mí, personalmente, me importa una puta mierda.

Xavier respiró hondo. Sentía el mismo alivio que si acabara de satisfacer unas ganas de mear aguantadas durante mucho tiempo. Más que las palabras en sí, lo que alarmó al quincallero fue el tono sorprendentemente tranquilo del representante.

—¡Se ha vuelto loco, Barthoux, no está en sus cabales!

—¿Y tú qué sabes de mis cabales, Martinet? ¿Eres psicólogo, además de quincallero? Verás, hoy la tía del horóscopo me ha dicho que iba a tener un encuentro fortuito que transformaría mi vida. Pues bien, me estoy preguntando si ese encuentro fortuito no sería contigo, Martinet. ¿Tú qué piensas? ¿Cómo te sienta el papel de encuentro fortuito?

—No comprendo de qué está hablando. Déjeme, por favor. Mire, está bien, me quedo con los EnanoVibradores, pero váyase.

—Ah, no te preocupes, ya nos vamos. Pero antes de dejar esta leonera sin nombre que es tu tienda, permíteme al menos que te presente a nuestras nuevas Blancanieves, porque mi amigo, aquí presente, y yo acabamos de chuparnos más de dos horas de carretera solo para eso.

Mientras hablaba, Xavier sacó de la caja de cartón que había a sus pies uno de los doce ejemplares.

—¿Qué te parece esta Blancanieves, Martinet? ¿Es de tu agrado?

—Bien, sí, está bien —balbuceó el quincallero sin echarle siquiera un vistazo al modelo expuesto, ocupado como estaba tratando de buscar con la mirada a ese amigo del que el comercial había aludido hacía un instante.

—Por tanto, esta anoréxica no se va a aburrir con tus EnanoPajilleros de gorro tieso, ¿no? En cuanto a las tetas, si crees que las tiene pequeñas, te animo a que pongas una reclamación a los chinorris, en eso nosotros no podemos hacer nada. Bueno, como estoy seguro de que tardaremos en volver a vernos, voy a ser un caballero y a ofrecerte todas las Blancanieves que hay aquí, habida cuenta de tu fidelidad a la casa Frachon. ¿Estás contento?

—Bueno, en fin... sí, estoy contento.

—Más alto, Martinet, no hemos oído nada.

—¡Sí, estoy contento!

—Bien, pero antes vamos a comprobar juntos que no tienen ningún defecto, ¿no te parece, Raoul?

A Raoul ni le parecía ni le dejaba de parecer, aturdido por toda esa locura que había invadido su tienda.

—Defecto, sí.

Xavier sacó una a una las once Blancanieves restantes y las alineó con cuidado encima del mostrador al lado de la primera. Luego cogió la que tenía más cerca.

—A ver, veamos esta. Ay, ay, ay... ¿Qué ves aquí, Raoul? —preguntó el representante poniendo la base delante de los ojos de Martinet.

—Nada, no veo nada.

—Fíjate más, Raoul, fíjate más. ¿Qué ves ahí?

—¿Una grieta?

—Una raja, Raoul, una puta mierda de raja. ¿Y crees que se puede vender una Blancanieves con semejante raja? ¿No tienes nada que decir?

—Pues, sí... esto, no, en realidad, no.

Xavier lanzó por encima de su hombro la estatuilla, que se hizo añicos ruidosamente contra el suelo embaldosado de la tienda. Acto seguido, cogió un segundo ejemplar.

—Vamos a ver este otro. ¡Vaya, mierda, no tenemos suerte! Mira, está igual.

—Ya, pero no es tan grave, se puede incluso...

—No, no, no, es inaceptable para nosotros, Martinet. ¿Venderías una mercancía así a tus clientes, Raoul? No, no lo harías.

La Blancanieves se reunió con su hermana en un estruendo espantoso. Metódicamente, Xavier auscultó las diez siguientes, acabando de constatar cada vez el mismo defecto a un Martinet al borde de la apoplejía antes de pulverizar sistemáticamente las figuritas de escayola una tras otra. Una

miríada de fragmentos blancos cubrió el suelo en torno al mostrador. Atraídos por el escándalo, los pocos clientes que había en la tienda salían tímidamente de los pasillos y se iban trotando hacia la puerta, espantados por la visión de la masacre.

—Raoul, ha sido un verdadero placer.

Martinet estrechó con temor la mano tendida. En el momento de abandonar el lugar, el representante se volvió de nuevo y alzó el índice en dirección al quincallero aterrorizado.

—Y sobre todo no olvides esto, Martinet: los americanos y los chinos te tienen echado el ojo.

El asco sucedió rápidamente a la euforia una vez que Xavier hubo salido de la quincallería. El esfuerzo lo había vaciado. La violencia que se había apoderado de él había destruido la poca conciencia profesional que le quedaba, una conciencia tan pulverizada como las Blancanieves de escayola que yacían en el suelo embaldosado del pobre Martinet. Se detuvo en medio de la acera, con náuseas. Uno no manda a la mierda impunemente años de experiencia comercial sin sufrir ciertos efectos secundarios. Mientras se reajustaba las correas de la mochila, le pareció que Número 8 pesaba mucho más que los cuatro kilos de barro cocido que lo conformaban.

—Es por el peso del duelo sobre mis hombros, colega.

*¿De qué duelo estás hablando?*

—Del duelo por tu curro, por tu coche de empresa, por tu salario, por tu tren de vida, por tu posición social. No tengas la menor duda de que este pequeño fundido de plomos tuyo tendrá consecuencias. *Highway to Hell*, colega, ya te veo de lleno en la autopista al infierno y a punto de pagar el peaje.

La razón le dictaba que diera la vuelta y regresara a ver a Martinet para deshacerse en excusas, pero el gnomo cortó de raíz toda posibilidad de rendición.

—No se puede dar media vuelta en una autopista.

El infierno daba sed. Xavier se metió en la primera cervecería que vio y pidió dos cañas. A Angèle no le gustaba verlo beber cerveza, le parecía vulgar. Quizá fuese precisamente porque a ella le parecía vulgar por lo que a él le gustaba sentir en el paladar la caricia del lúpulo. Cada trago le daba la

sensación de revolcarse un poco más en el fango. Hizo chocar los vasos ante la mirada suspicaz del camarero.

*Amigo mío, ¡por Martinet!*

—Y por las doce víctimas inocentes caídas en el campo de batalla — añadió Número 8.

Algo aturdido por el alcohol, Xavier volvió al aire fresco de fuera. La silueta azul oscuro que daba vueltas alrededor de su ranchera, más arriba de la calle, le hizo pensar que los encuentros fortuitos de esa jornada no iban a limitarse a Raoul Martinet. Subió por la acera a paso decidido a la vez que se dirigía en voz alta al policía municipal.

—¡Eh, por favor, espere, por favor!

—¿Es usted el propietario de este vehículo?

—Sí..., bueno, no, es el coche de mi empresa, pero ya he acabado y me disponía a marcharme.

—Si supiera usted el número de veces que oigo al día esa frase, caballero... Creo que hasta puedo adivinar lo que me va a decir. Que solo iban a ser dos minutos, y que si patatí y que si patatá. Pero ¿qué es lo que yo constato? Pues que hace mucho más de dos minutos que su vehículo está estacionado en una plaza estrictamente reservada para carga y descarga, y que ni siquiera ha tenido la decencia de poner una moneda para pagar el estacionamiento.

Xavier estuvo tentado de recordarle que, si había aparcado en una plaza de carga y descarga, era también para no tener que pagar dicho estacionamiento.

—Además, ¿tenía usted algo que cargar o descargar?

—Doce chicas para el negocio de Martinet. Unas comedoras de manzanas. Se han quedado todas sin empleo. En el fondo, casi mejor, ¿sabe?, porque con todos esos gorros vibradores girando a su alrededor, las princesas pronto iban a perder su blancura.

El policía se quedó con la boca abierta unos segundos. Tuvo que sacudir la cabeza para recuperar el hilo de sus pensamientos.

—Sí, bueno, mientras tanto, se la jugó y ha perdido. No tengo más remedio que ponerle una multa, y alégrese de que no haya llamado a la grúa, eso le habría costado mucho más de treinta euros.

—Tiene el uniforme lleno de caspa, colega —le susurró Número 8 mientras el agente sacaba su talonario de multas.

Xavier se puso unas gafas de media luna para observar con mayor detalle. Una impresionante cantidad de caspa cubría de blanco los hombros del policía.

—El estrés —diagnosticó Xavier sonriendo.

—¿Perdón?

El agente dio un paso atrás, a la defensiva, un tanto alarmado. Alguien a quien le están poniendo una multa no debería tener ningún motivo para sonreír de esa manera.

—La caspa de sus hombreras. Siempre es por el estrés.

—Ya basta, señor, le voy a pedir que circule inmediatamente.

—Pero si lo digo por ayudarlo... Y me apostaría lo que fuera a que usted padece de ardor de estómago, ¿a que sí?

—No veo en qué le conciernen a usted mis problemas gástricos.

—¡Bingo! Estaba seguro, caspa igual a ardor de estómago, siempre tienen que ver la una con el otro, no falla, van juntos. Más la soriasis. ¿Tiene usted soriasis? Si todavía no la tiene, seguro que la tendrá algún día, es usted un campo abonado para la soriasis.

—Bueno, despeje o llamo a la grúa.

—Está bien, ya nos vamos, pero antes...

Xavier rebuscó en la guantera y sacó unas pastillas de Rennie <sup>1</sup> que puso en la mano del policía.

—Tome, me da la impresión de que usted las necesita más que yo.

Contrariado, el agente miró cómo la ranchera torcía la esquina de la calle. Fijó su atención en los comprimidos. Acababa de decirle a ese chiflado que se



largara sin siquiera haberle puesto la multa. El primer reflujo gástrico del día eligió ese instante para ir al asalto de su esófago.

La cafetería del supermercado estaba hasta los topes. Xavier se puso a la cola portando una bandeja y unos cubiertos. Se rindió ante un entrecot con salsa roquefort acompañado de patatas paja y un milhojas de postre, a pesar de las reprimendas de Número 8 que se cernían a su espalda cuando se acercaba a la caja.

—Muy mal, colega. Si te viera Angie...

Pasada la cincuentena, las patatas fritas se habían vuelto incompatibles con sus niveles de colesterol, igual que el azúcar con sus triglicéridos. Angèle estaba ojo avizor, lo atiborraba a verdura y pescado todo el fin de semana, consciente de que el tragón de su marido, durante el resto de la semana, caería en la tentación de una buena carne con salsa o de un buen pastel, incluso de las dos cosas a la vez. Pero cuando se habían pisoteado todas las reglas de la buena conducta comercial, se podía uno permitir algunas transgresiones alimentarias, razón por la cual Xavier, sin el menor remordimiento, añadió a su bandeja una media botella de Madiran.

*Hoy es fiesta.*

—Y luego dicen que el que pesa soy yo —masculló el enano.

Para su desesperación, no quedaba ninguna mesa libre, solo algunos sitios aislados aquí y allá. Se sentó junto a una pareja de ancianos tranquilamente instalados cerca de una ventana. La mujer, muy atenta, cuidaba de su esposo con una voz dulce. Come, se te va a enfriar el plato, no tenías que haber cogido pan, la servilleta, bebe, que no has bebido nada, ten cuidado con la camisa, ¿vas a querer café? El hombre respondía con docilidad a los requerimientos de su solícita esposa. Cada gesto, cada mirada, cada actitud y cada palabra remitía a un siglo de vida juntos. Emocionante y deprimente. Xavier se contuvo para no tener que pedirles que pararan, que pararan inmediatamente.

—Tú y Angèle dentro de veinte años —comentó Número 8 sin cinismo, constatando nada más que una evidencia.

El gnomo tenía razón. Dentro de veinte años, Angèle y él se parecerían a esa pareja, de hecho, se parecían ya en ciertos aspectos, estancados en sus costumbres. Una existencia rectilínea sin demasiadas sorpresas, encajada entre una sucesión de escenas escritas de antemano. Angie y Xavier se casan, Angie y Xavier tienen un niño, Angie y Xavier compran una casa, Angie y Xavier van a la playa, Angie y Xavier van a la nieve, Angie y Xavier adquieren una casa de campo, Angie y Xavier compran un chihuahua. Y dentro de veinte años, Angie y Xavier comen en la cafetería. Echó un generoso trago de vino y se estremeció. Después de todo, ¿no había empezado su historia de amor también en una cafetería, la de uno de esos ruidosos restaurantes U, en mayo del 81, al día siguiente de la elección de Mitterrand? Él, estudiante del instituto tecnológico de comercio, eufórico con la idea de un cambio lleno de esperanza, ella, en preparatoria de literatura, consternada con la llegada de la rosa al poder. La chica, sola en un rincón, le había gustado. El encuentro, que empezó tímidamente en torno a un café, se transformó en un encendido combate oratorio antes de terminar, tres expresos más tarde, en un beso apasionado mientras la melodía que llegaba de la planta superior del bar era la voz aguda de Mick Jagger desgranando *Angie*. A veces todavía se reían al recordarlo. ¿Cómo habían podido transformar una pasión tórrida en la relación normalizada que les unía ahora, un fogón en el que apenas si centelleaban unas pocas brasas si se removían las cenizas? Llenó de nuevo su vaso y echó mano a una primera patata. Encima de las cajas, la letra R del letrero luminoso de AUTOSERVICIO parpadeó dos veces antes de apagarse del todo. Número 8 no pudo evitar el juego de palabras. AUTOSE-VICIO.

—Te estás haciendo daño, colega.

Las señales, las señales una vez más.

El teléfono vibraba en su muslo. Xavier había dormido unas dos horas acurrucado en posición fetal en el asiento trasero de la ranchera, dos horas para digerir las patatas fritas y dormir la mona. Colocado en el asiento del pasajero, Número 8 salió de su letargo y habló con una voz pastosa que se perdió en el interior del coche.

—Me apuesto lo que quieras a que es Dumoulin.

Xavier se sentó, sacó el móvil del bolsillo e hizo una mueca al ver el nombre de quien llamaba.

*Bingo.*

Descolgó y activó el manos libres para que el gnomo oyera la conversación.

—Joder, Barthoux, ¿dónde coño se ha metido, dígame?

—¿Que dónde estamos? Espere, ahora se lo digo.

Limpió con una mano el cristal empañado.

—¡Ah! En el aparcamiento del Gran Casino de Malemort-sur-Corrèze.

—Pero, maldita sea, ¿qué coño está haciendo ahí? Tengo al encargado del Granipouss de Périgueux que no deja de llamarme desde hace un rato. Tenía usted una cita con él a las dos y media y son las cuatro pasadas. Y tiene todavía pendiente el de Angulema después. Y Martinet acaba de meterme la bronca por teléfono en estado de shock. Casi ni he entendido lo que me decía de lo furibundo que estaba. ¿Qué ha pasado exactamente con Martinet?

—¿Qué podemos decir de Martinet? ¿Ha ido bien o no ha ido bien lo de Martinet? ¿Tú qué dirías?

—Pero ¿con quién está hablando, Barthoux? ¿Hay alguien con usted?

—Mire, Dumoulin, ya me está cansando con sus preguntas. A partir de hoy sepa que me cago en todos los Martinet, los Granipouss, los Jarditrucs y demás Greenbidules de Francia y de Navarra, métaselo bien en la cabeza, Dumoulin.

—¿Está usted desvariando o qué? Se está pasando de la raya, amigo mío.

—Me está llamando *amigo*... ¿no te parece enternecedor?

—Pero, dígame, ¿quién está ahí con usted? Sabe usted muy bien que no está autorizado a llevar a terceros en el coche de la empresa.

—Creo que vamos a dejar aquí nuestra colaboración, Dumoulin. Desde hoy tengo cosas mucho más importantes que hacer que ir de alcahuete de Céramix. Pueden meterse sus rubicundos enanos donde les quepan, los de pala, los de pico, los que empujan carretillas, los que mean de pie, los que cagan sentados, los que brillan de noche, los que masturban con el gorro, los que cantan cuando se pasa por delante de ellos, de todos estoy hasta las narices, ¿se entera, Dumoulin? Tengo un consejero espiritual en estos momentos —guiñó un ojo a Número 8—, una grieta de la que ocuparme, encuentros fortuitos que mantener y señales que seguir.

—No sabe lo que dice, pobre amigo mío.

—Ni soy pobre ni soy su amigo, Dumoulin.

—Le ordeno que vuelva aquí inmediatamente.

—Si es una orden... Pero el exceso de velocidad corre por su cuenta.

Xavier puso fin a la conversación y reflexionó sobre las opciones que se le presentaban en adelante. Volver a casa para confesarle a Angie que acababa de echarlo todo por tierra era algo que estaba por encima de sus fuerzas. No tenía ganas de dar unas explicaciones que de todos modos ella no comprendería.

—Ella no tiene por qué saber todo esto, colega. Tenemos Alzon. Nada nos impide ir a pasar la semana allí hasta el viernes. Luego, el viernes, te vuelves a Clermont tan ricamente para recogerla como acostumbras hacer y os vais a la casita de campo a pasar un fin de semana relajados en plan amoroso como si tal cosa, y aquí no ha ocurrido nada.

El enano tenía razón. Tenían Alzon. La idea de estar una semana de asueto en su casa de las Cevenas le levantaba el ánimo. Tomó a toda velocidad la A-89 en dirección a Clermont, jaleado por la ebriedad de Número 8. Bastó una hora y cuarto para recorrer los ciento ochenta kilómetros. Dumoulin corrió a su encuentro.

—Esto le va a costar caro, Barthoux. Sepa que desde ahora mismo está suspendido y no se moleste en aparecer por aquí los próximos días. Le tendremos informado de las medidas que se hayan de tomar con respecto a usted, pero me temo que finalmente será una sanción mucho más definitiva que una mera suspensión. Espero que sea muy consciente del berenjenal en que se ha metido, Barthoux.

Xavier no consideró necesario responder. Sin dirigirle ni una mirada al director, cogió a Número 8 y lo trasladó a su coche particular. Lo puso en el asiento del pasajero y le pasó el cinturón de seguridad por el pecho ante el rostro estupefacto de Dumoulin. Arrojó las llaves de la ranchera a su jefe y salió del aparcamiento haciendo chirriar los neumáticos. De camino, telefoneó a Angèle, como todas las tardes.

—¿Qué tal tu hotel?

—Muy bien —mintió Xavier—. La cortina de la ducha está un poco mugrienta, pero las he conocido peores.

—Tienes una voz rara, ¿va todo bien?

La perspicacia de su mujer lo desarmó, pero ella basó su duda en el cansancio.

—Sí, solo deseo llegar y acostarme, he tenido una jornada un poco complicada, ya sabes.

Número 8 ahogó una risa.

—Me encanta tu don de la palabra.

—¿Axel no te ha llamado?

Su hijo lo telefoneaba muy raras veces. Por lo general usaba a su madre, paso obligado si quería que sus requerimientos llegasen a buen puerto.

—Le gustaría renegociar la cantidad de su asignación. Le he dicho que lo hablaríamos.

—Quizá convendría también que fuerais pensando en renegociar las notas del crío —recalcó el gnomo.

Número 8 no estaba equivocado, Axel había entrado en la universidad como quien se apunta a un crucero, con la única idea en la cabeza de pasárselo bien. Su campo léxico se limitaba al de la fiesta y contenía términos como *salida*, *cine*, *restaurante*, *tronco* o *piba*, palabras a años luz de las de *revisión*, *estudios* o *examen*. Habría que preguntarse si llegaba a asistir a las clases, a tenor de sus resultados.

—No vale la pena discutirlo, visto lo visto.

—¿Cómo que visto lo visto? —se sofocó Angèle.

—Mira, le pagamos los estudios, la comida y todos los gastos, así que creo que los trescientos euros mensuales que además le metemos en la cuenta deberían ser más que suficientes para pagar los extras del señor.

Lamentó su vehemencia. El asunto de su hijo lo exasperaba cada vez más. No veía a Axel desde hacía unos dos meses y no era capaz de decir si lo echaba de menos. Esta terrible conclusión lo estremeció. Dos extraños frecuentando el mismo hotel, en eso se habían convertido, coincidiendo tan solo a la hora de la cena para llevarse como el perro y el gato, sin tener nada que decirse sencillamente porque no hablaban el mismo lenguaje. Desde su ingreso en la universidad, su relación se había deteriorado todavía más. Axel consideraba a su padre un imbécil que se ganaba la vida vendiendo enanos de jardín, un currante sin otra ambición que la de vivir una existencia pequeñoburguesa, un gilipollas que no tenía ni idea de lo que era la vida de verdad. El joven solo los acompañaba a Alzon en contadas ocasiones. A Xavier le habría gustado compartir algunos momentos de intimidad con él, tratar de penetrar un poco el mundo hermético de ese hijo que se le escapaba y cuyas fronteras permanecían cerradas. Por medio de sus silencios, Axel le hacía ver que lo único que le pedía era ceñirse a su papel de padre biológico.

Una mano que le diera de comer y punto. Abismo generacional, rechazo de autoridad, negación familiar, todo eso es normal y es lo que toca, le tranquilizaba Angie. Pero Xavier no entendía nada de ese galimatías psicológico. Solo comprendía que el niño que tanto había querido estaba muerto, había desaparecido para siempre en el cuerpo de ese larguirucho en que Axel se había convertido.

—Lo hablamos este fin de semana.

—Oye, Angie...

—¡Cuelga!

Sorprendido por el tono vehemente de Número 8, Xavier puso fin a la conversación.

—De acuerdo, lo hablamos.

—Un secreto —le reprendió el gnomo después de que hubo colgado—, ¿lo entiendes? Esto tiene que ser un secreto. No hay que gritar a los cuatro vientos que pronto te vas a quedar sin empleo. Angèle lo sabrá cuando llegue el momento.

Clarividencia de enano de jardín. La verdad es que había estado a punto de confesarle a su esposa que, en efecto, habría que renegociar la asignación del chaval, pero no en el sentido que este se creía, visto el inminente estatus de parado de su papá. Porque no serían los miserables seiscientos euros arañados por Angie en sus horas extras de apoyo escolar por aquí y por allá los que mantendrían el barco a flote.

En el campanario de la iglesia de Alzon daban las diez de la noche cuando aparcó el coche en el patio de la casa. Xavier le había dicho la verdad a su mujer, su único deseo era acostarse. En el dormitorio, puso a Número 8 en el lugar de su esposa y se echó a su lado. Las sábanas limpias olían a detergente.

—No esperes nada sexual por mi parte —bromeó el enano.

*No me interesas en absoluto, los gorditos barbudos nunca me han atraído. Además, ni siquiera tienes un gorro que vibre.*

Se atiborraron a ver series anodinas hasta bien entrada la noche. Xavier no dejaba de darle al mando a distancia según los caprichos del gnomo. Se sentía bien, vacío, pero en paz. Pasó revista por última vez a todos los canales de que disponía su tele y luego la apagó. La comadreja había vuelto a encontrar el camino del desván y los mecía con el ruido de sus vagabundeos. Unos inquietantes crujidos se oyeron por la noche, mezclándose con los pasitos nerviosos. De la almohada contigua le llegó la voz de Número 8 enunciándole lo que ya sabía.

—La grieta, colega, es la grieta, que está creciendo. Aún no ha acabado contigo.



Cuando despertó, Xavier se puso un viejo chándal y unas deportivas, exultante por no tener que embutir el cuerpo y los pies dentro de un traje y unos zapatos incómodos. Recuperó el arnés portabebés de Axel, objeto fantasmal que acumulaba polvo junto al cochecito de niño, el cambiador de pañales y la bañera de plástico en lo más recóndito del garaje en espera de un segundo hijo que nunca llegó. Se cinchó el arnés e instaló en él a Número 8. Allí atado, con el barro cocido pegado a la piel, el gnomo sacaba la lengua de arcilla a la altura de la oreja de su portador. Pasaron la semana pegados uno al otro como hermanos siameses, vientre con vientre, sin nada que hacer más que leer, pasear, beber cerveza, atracarse a pizza congelada y poner viejos vinilos en el tocadiscos. A la hora de dormir, Xavier se desabrochaba el peto portabebés, echaba al enano en la cama, lo arropaba y luego se acostaba a su lado. Pasaban una parte de la noche oyendo a la pequeña okupa de arriba brincar sobre el entarimado del desván entre dos manifestaciones de la grieta cuyos crujidos sordos hacían estremecer la casa desde el tejado hasta el sótano. Sin embargo, la grieta no había crecido desde que él puso una marca en el extremo superior con un rotulador. Ni se extendía ni se alargaba. Tan solo habían aparecido pequeñas rajitas por aquí y por allá, fruto de la silicona al secarse.

—Se sabe espiada —afirmó Número 8—. No te va a mostrar el verdadero calado de su raja. Todo el escándalo que monta cada noche no es algo trivial, colega. Trabaja como un topo, se alimenta de los alveolos de los ladrillos, se arraiga en el grosor de la pared, clava sus garras en el hormigón de los cimientos, al abrigo de las miradas, esperando el gran día. Y cuando considere

que ha llegado el momento, se quitará la máscara y partirá en dos tu casa de arriba abajo tan fácilmente como un rompehielos hiende la superficie helada del río al término del invierno.

Cada noche, Xavier telefoneaba a Angie procurando hacer verosímiles sus mentiras, sorprendido de cómo su papel de actor burlaba la perspicacia de su esposa. Cómodamente instalado en el sofá del salón, se dejaba llevar por embustes cada vez más improvisados, si una noche afirmaba estar en Angulema, otra noche estaba en Burdeos, si tal día lo pasaba en Arcachon, al otro iba a Pau o a Bayona, tomando la precaución de consultar previamente en el iPhone la previsión del tiempo de todos esos lugares antes de llamarla. Locuaz como era, añadía descripciones de las ciudades por las que pasaba y de las habitaciones de hotel, le hacía un resumen detallado de sus visitas, llegando a la audacia de enumerarle un listado minucioso de los pedidos ficticios.

—No te pases, colega —le susurraba al oído Número 8—. Va a acabar por hacerse preguntas. No le contabas tantas cosas cuando currabas de verdad.

Esa cita telefónica diaria lo entretenía. La capacidad de mentirle a su propia esposa lo impresionaba. Actuaba como un niño pequeño que aprende a andar y se divierte con sus propios pasos.

Siguiendo su costumbre, Hélène Aspic se presentó sin avisar. Irrumpió el miércoles en la terraza justo cuando él se relajaba saboreando un Jack Daniel's. Se sobresaltó. Los aullidos de Robert Plant profiriendo *Whole Lotta Love* desde el tocadiscos del salón le habían impedido oír la llegada de la vecina.

—Me parecía haber visto el coche. No me habían dicho que vendrían por aquí entre semana. De haberlo sabido, les habría cogido el pan.

Una arruga de incompreensión se quedó fijada en su frente al ver el portabebés y lo que este contenía. Su tono se volvió desconfiado.

—¿No está Angèle con usted?

La vieja había hecho la pregunta sin apartar los ojos de la extraña escultura encastrada contra el vientre de su vecino.

—No, he venido yo solo. Para serle sincero, Hélène, Angie no está al corriente de mi presencia aquí. Quiero darle una sorpresa por su cumpleaños, una sorpresa que necesita muchos preparativos, ya me entiende. Le voy a pedir por favor que me guarde el secreto y no le diga nada. ¿Puedo contar con usted?

Ante el silencio dubitativo de Hélène Aspic, Número 8 manifestó sus temores.

—Dile a esta vieja bruja que mantenga la boca cerrada.

—Insisto, Hélène, prométame que no dirá nada, es muy importante que ella no sepa que he venido, muy importante, de veras. ¡Ni una palabra!

Mientras hablaba, Xavier había cogido las dos manos hinchadas y agrietadas de su vecina. Una piel áspera de reptil que le hizo estremecerse al tocarla. Ella se lo prometió, reconoció que le encantaban las sorpresas, que siempre eran ideas divertidas, y le juró que sería una tumba. Por el decir de su mirada fisgona y del balanceo de su cuerpo sobre uno y otro pie, estaba claro que Hélène en ningún momento se iba a tragar las mentiras de su vecino. Se despidió y se batió en retirada sin hacer más preguntas.

—Se chivará. ¿No has visto su cara?

*No se atreverá, al menos mientras yo esté al lado de Angie. Lo que habrá que evitar a toda costa es que ambas se encuentren a solas durante el fin de semana.*

Hélène Aspic se pasó la semana dando vueltas alrededor de la propiedad, espiando cada gesto y cada cosa que él hacía y buscando descubrir lo que ese extravagante tándem estaba tramando.

Xavier dedicó el viernes a limpiar la casa. Procuró sobre todo borrar el más mínimo rastro de su estancia en ella, pasó el aspirador, fregó los suelos, vació el cubo de la basura, llevó los cascos de botellas al contenedor de vidrio y mandó lavar las sábanas en la lavandería. Se duchó, se afeitó una barba que ya había colonizado mejillas y mentón a lo largo de la semana, se

perfiló cuidadosamente el bigote y a continuación se puso su traje de representante. Envolvió a Número 8 en plástico de burbujas y lo metió en el maletero del coche. Luego le explicaría a Angie que, como los creativos de Céramix habían estado tomando las mediciones y fotografías que consideraron necesarias durante la semana, le habían devuelto el ejemplar. Después de haber cerrado los postigos, se puso de camino en dirección a Clermont.

Angie y él se tomaron su tiempo para cenar en el piso, lo que le permitió descansar antes de reemprender el trayecto en sentido contrario. Simular impaciencia por llegar a la casa de campo apenas unas horas después de haberla dejado no fue algo sencillo. En el momento de franquear la puerta, Xavier pasó revista por enésima vez a todos los indicios susceptibles de traicionarlo. Fregadero despejado de pelos intrusos, vajilla lavada y guardada, botellas vacías y cajas de pizza llevadas a los respectivos contenedores. Sin embargo, algo lo perturbaba. Había pasado por encima un detalle que no lograba descifrar. Desde el maletero del coche, Número 8 acudió en su ayuda.

—El chándal, colega.

*¿Qué chándal?*

—Tu chándal. Me parece que sigue aún en la cesta de la ropa sucia.

Con espanto, recordó que había echado maquinalmente el chándal dentro de la cesta esa misma mañana. Recoger la ropa sucia al acabar el fin de semana era uno de los rituales inmutables de Angie, y nada podría justificar la presencia de ese chándal apestoso hecho una bola en el fondo del canasto. Ella haría preguntas y él se liaría con las respuestas.

—¡Muévete!

La orden lo sacó de la torpeza que lo paralizaba en la escalera de la entrada. Mientras su mujer llenaba una escudilla de agua para *Bella* en la cocina, se precipitó al cuarto de baño con el corazón a mil por hora, recuperó el chándal y lo arrojó por el montante que daba a la parte de atrás de la casa. Cuando sacó la chihuahua a hacer sus necesidades, cogió la ropa y la guardó

debajo de la mesa del garaje, entre los trapos viejos. Aprovechó entonces para liberar a Número 8, un Número 8 demasiado feliz de volver a su jardincillo durante el fin de semana.

Con los primeros trotes por el techo, Xavier fingió compartir la sorpresa y posterior exasperación de su esposa. Ha vuelto, gimió Angèle agarrándole del brazo. Como cada noche desde hace una semana, pensó Xavier sonriéndole a la oscuridad. A la mañana siguiente, un potente claxon los despertó. El camión aparcado delante de la entrada de la casa rugía de impaciencia. Se habían olvidado por completo de la entrega del revestimiento. Todavía en pijama, Xavier mandó que pusieran los materiales directamente en la terraza, verificó que las cajas de cartón que protegían las láminas de madera contuvieran los tornillos y clavos pedidos, así como el bote de barniz y las brochas, luego firmó el certificado de entrega y pagó al conductor. La visión de todo ese material despertó en él el deseo de enfrentarse de una vez por todas con la grieta. La emprendió con la obra nada más terminar el desayuno. La fijación de los primeros calzos de la estructura le llevó mucho tiempo y supuso una aplicación laboriosa antes de que los automatismos vinieran poco a poco a reemplazar los tanteos vacilantes. Trazar con la regla, controlar la verticalidad con el nivel, perforar, enclavijar, atornillar los calzos de tres metros y repetir la operación cada sesenta centímetros ante los comentarios cínicos de Número 8.

—Ya verás como esto, una vez acabado, parecerá otra cosa.

*No empieces.*

—Ya luego Miss Fisura seguirá tranquilamente con su trabajo de destrucción bien calentita, al abrigo de miradas e intemperies.

Xavier se disponía a atornillar la sexta cuña cuando la voz del gnomo explotó en su cabeza.

—¡Comadreja a las diez!

Volvió la cabeza y apenas si pudo ver a la vecina torcer la esquina de la

casa y escabullirse como un animal furtivo en busca de Angèle. Bajó a toda prisa por la escalera para correr hasta la cocina donde su esposa le ofrecía en ese momento un té a Hélène Aspic.

—También yo tomaré uno, querida, se impone hacer una pequeña pausa.

La carrera había enrojecido las mejillas de la vieja, que jadeaba por el esfuerzo.

—Ha debido de hacer calor por aquí esta semana —dijo Angèle poniendo un platito con pastas sobre la mesa.

Él esperaba tanto oír un «Pregúnteselo a su marido» que la frase pronunciada por Hélène Aspic lo dejó con la boca abierta. La vieja eludió de lleno la pregunta de su mujer y habló mirándola a los ojos.

—Por cierto, llevo toda la semana dándole vueltas en la cabeza, Angèle, ¿su cumpleaños es este mes o es en mayo?

Esa petarda le estaba demostrando que no se había dejado embaucar, que sabía que los chanchullos de Xavier no tenían nada que ver con ningún cumpleaños, que esa historia de la sorpresa no se sostenía en pie y que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para aclarar todo ese asunto.

—El mío es en mayo, Hélène. Este mes es el de mi madre. Por eso no nos verá aquí el próximo fin de semana, ya que iremos a celebrar sus ochenta y dos años a su casa de Cassis.

—¡Ah, bueno! Estaba convencida de que era este mes —insistió la vecina.

Xavier y Hélène Aspic se medían con los ojos en un duelo mudo, roto por los ruidos de las bocas mientras mordisqueaban sus pastas y sorbían sus tés sin desviar la mirada. La tensión era palpable. Angèle se sintió incómoda y rompió el silencio.

—Me gustaría estar tan en forma como usted a su edad. Dígame, Hélène, ¿cuántos años tiene usted?

—Cumpliré setenta y ocho la primavera que viene.

Al ver que Xavier no se iba, la vecina acabó por volver al redil. Él se puso de nuevo a trabajar. Se pasó todo el domingo haciendo agujeros, serrando,

atornillando, y con cada nuevo listón que clavaba, la grieta se sustraía de la vista un poco más. La separación de Número 8, aunque sabía que era provisional, le afectaba más de lo razonable. Abandonarlo allí, solo en aquel jardincillo húmedo, le dolía. A la hora de marcharse, lo besó en la punta del gorro, separándose de él con un hasta luego en medio de un fuerte olor a humus.

La semana transcurrió como una copia de la anterior. Holganza, música, series, pizzas, cervezas por el día, whisky por la noche y, pegado a él en el portabebés, un Número 8 que animaba las jornadas con sus múltiples comentarios. Xavier tuvo que reprimirse para no continuar con la instalación del revestimiento. Las grandes tablas apiladas a los pies de la pared no esperaban otra cosa. El jueves, no pudiendo aguantar más, había cogido una para colocarla en su sitio sin fijarla aún, solo para ver cómo quedaba. Pero cuando ya tenía el destornillador en la mano, Número 8 le reconvino enérgicamente:

—¿A qué juegas?

*Solo una.*

—Ahora dices eso, pero una vez lanzado pondrás una segunda y luego una tercera, y así seguirás hasta arriba de la pared. Y cuando ella venga aquí, ¿qué patraña vas a inventar para contarle a tu Angie? ¿Que ha sido la vecina, que en vuestra ausencia se ha entretenido adelantando un poco las obras?

Como un crío pillado con la cucharilla dentro del bote de mermelada, volvió a poner la herramienta en su sitio y retiró todo el tinglado. Cada noche, la comadreja volvía al desván, poblando el silencio con su ir y venir. La otra fisgona también había regresado. Una metomentodo que daba vueltas alrededor de la propiedad espionando el más mínimo movimiento. No pasaba un día sin que Xavier sorprendiera el azul de la bata detrás de la valla o un atisbo de la permanente de su pelo asomando por el portón. Xavier llamaba a la vieja a gritos y la invitaba a que fuera a tomar una taza de té, incluso a veces corría hacia ella por el solo placer de verla precipitarse a toda mecha en su cubil. El



viernes, al dejar Alzon, no pudo evitar tocar el claxon y saludar con la mano a una Hélène Aspic ocupada en recoger la colada.

La perspectiva de ir ese fin de semana a Cassis, a casa de sus suegros, no era en absoluto del agrado de Xavier. Habían pasado las seis horas de coche en un ambiente glacial desde que Axel hubo comprendido que su petición relativa a la paga mensual había sido rechazada. Pese a contar con una de las abogadas defensoras más tenaces en la persona de Angèle, Xavier se había mostrado inflexible en su papel de fiscal, y la sentencia se había dictado sin apelación posible: ni un céntimo más para su asignación. Los Lacheneuil vivían en una suntuosa casa en la zona alta de Cassis. Robert y Suzanne, *Roby* y *Suzy* para los íntimos, repartían su tiempo entre el mar y la montaña, ya que también eran los felices propietarios de un chalé en Courchevel. Llegaron el sábado al caer la tarde. Xavier era siempre el último en el turno de besos y abrazos. También en esa ocasión se respetó el orden. Angie después de Axel, luego *Bella* y luego él, el yerno que era más tolerado que apreciado. Robert Lacheneuil jamás había ocultado su desaprobación de la opción sentimental de su hija por un tipo de tan poco fuste. La animadversión era recíproca. Roby simbolizaba en sí mismo todo lo que Xavier detestaba en un hombre: una suficiencia desmesurada, una elevada autoestima, una adhesión sin límites a las convenciones, todo dentro de una estrecha mentalidad de católico hasta la médula. Suzanne se complacía viviendo a la sombra de su marido. Roby y Suzy habían tenido tres retoños: Angèle, Édouard y *Flocon*, el caniche. El hijo, ingeniero aeronáutico, vivía en Filadelfia. Cuando hablaban de Ed, su mirada se iluminaba. Ed, el orgullo de sus padres, el *frenchie* que había triunfado al otro lado del Atlántico, *God bless America!* A primera hora de esa mañana y pese al desfase horario, el buen hijo que era había hecho el esfuerzo por ser el primero en besar a su madre vía internet mediante una conexión de banda ancha. Mientras Axel aprovechaba la piscina y Angèle ayudaba a Suzy en la cocina, Xavier se dio de bruces con Roby.

—¿Ya va todo bien por Céramix? Con la reconversión hecha por los

americanos y la pericia industrial de los chinos, las cosas habrán cambiado.

El hombre no sabía hablar más que de negocios y de carteras bursátiles. Desde la cima de sus ochenta años, todavía conservaba todas sus facultades y disfrutaba apabullando a su yerno con un indisimulado desdén. Robert Lacheneuil conocía perfectamente el estado de salud comercial y financiero de Céramix, y la deplorable situación de la empresa le brindaba una ocasión inesperada para colocar a su yerno en una posición de inferioridad. Sin entrar al trapo, este respondió con un lacónico «todo bien», esperando la continuación con cierta fatalidad mezclada con divertimento.

—¡Ah! Sin embargo, a mí me había parecido oír que las cosas no eran tan de color de rosa y que Céramix había lanzado una recapitalización para paliar la escasez de sus propios fondos.

Xavier sonrió. Los viejos gilipollas tenían el encanto de ser previsibles.

—No estoy al corriente. Hasta donde yo sé, el único verdadero problema del que hemos tenido conocimiento últimamente proviene de una serie de enanos vibradores autorreflectantes que tienen una desafortunada tendencia a recalentarse y que, por desgracia, han incendiado algunos coños por la zona de Brive-la-Gaillarde, pero por lo demás, todo en orden.

—¿Incendiado algunos qué...?

—Algunos coños, Robert. Ya sabe, el bollo, el chocho, el conejo, la concha, la cuca, el estuche del clarinete, vamos, ya ve de lo que le estoy hablando. ¿Cómo lo llamaban en su época? ¿La capilla? ¿La caja del gusto? ¿Robert? Eh, Robert.

Robert estaba ido, grogui por las palabras soeces de su yerno. Xavier aprovechó para cogerlo de un brazo.

—Robert, he de confesarle una cosa que me preocupa: desde hace dos semanas tengo una fisgona en el desván.

—¿Una qué...?

—Una fisgona en el desván.

—¿Y lo habéis consultado?

Xavier saboreó el malentendido. Oyó la risa de Número 8 a doscientos cincuenta kilómetros de allí, en su jardincito cevenés.

—No, pero creo que con el rifle de veintidós largo lo podré arreglar. Y Angie está de acuerdo conmigo. ¡Pum! y sanseacabó. Así que si usted pudiera prestarme su arma por un tiempo...

Horrorizado, Robert reuló.

—Pero, vamos a ver, Xavier, existen hoy en día medios mucho menos expeditivos que una carabina.

—Escuche, Roby, no se hable más, pero yo estoy convencido de que el veintidós es la mejor solución para arreglar el problema.

Cuando llegó el momento del aperitivo, Angèle volvió a poner el tema sobre la mesa.

—Papá, tenemos un problema con una comadreja en el desván, y Xav y yo pensábamos pedirte prestada la carabina para acabar de una vez por todas con ese bicho.

Xavier dio unos golpecitos en la espalda de su suegro hasta que el cacahuete que acababa de irsele por el otro lado salió despedido desde el fondo de su gonzate hasta una mesa baja.

—Creo que tu padre no te ha entendido bien, querida. Una comadreja, Robert, un bicho que monta un escándalo de mil demonios todas las noches encima de nuestras cabezas y del que estamos deseando librarnos. Por eso necesitamos que nos preste la carabina.

Robert soltó un inmenso uf de alivio. Aunque pensaba que su yerno era un don nadie, lo tranquilizó saber que no estaba loco ni tenía tendencias suicidas, y menos aún su hija. Sí, podía coger el 22 y tenerlo el tiempo que hiciera falta. Pasaron a continuación a la mesa. Xavier debía reconocer los innegables talentos culinarios de su suegra. En cuanto al vino, Roby consideraba la calidad de una botella en función de su precio. Un vino bueno era un vino caro y viceversa. Descorchó un Puligny-Montrachet primera cosecha a noventa y siete euros la botella para acompañar el primer plato, un vino del que Xavier

no supo decir si era más caro que bueno o al revés. Suzy abandonó la mesa para ir a buscar el segundo plato, acompañada de su hija. A continuación, sonó un gran estruendo seguido de un grito, luego el ruido de un desplome parecido al de un trapo húmedo que restalla contra el pretil de una fuente y por último un largo lamento de dolor. Los hombres se precipitaron a la cocina, excepto Axel, que, con los auriculares puestos, contemplaba embobado la pantalla de su móvil. El espectáculo era propio de un campo de batalla. La pintada yacía en el suelo, exponiendo a la vista indecentemente su trasero relleno de ciruelas. Su suegra estaba igual, pero sin relleno. Suzanne Lacheneuil chapoteaba sobre las baldosas en medio del jugo de carne entre lamentos. La salsera de porcelana se había roto en mil pedazos. De pie en un rincón, Angie, con los ojos exorbitados y las manos en las mejillas, no dejaba de repetir la letanía de un «perdona, mamá» sincero y conmovedor. Xavier y Ruby se arrodillaron a ambos lados de la desgraciada procurando no resbalar en el suelo grasiento y trataron de levantarla, pero desistieron de hacerlo cuando los gritos de dolor de la víctima redoblaron su intensidad. *Bella* e incluso *Flocon*, cuyas patas traseras lo obedecían con dificultad, se arrastraron hasta la cocina donde se pusieron a lamer la salsa como dos glotones. Cuando llegó la asistencia de los bomberos, Suzy solo emitía un débil estertor. Angie salió de su letargo cuando tuvo que contestar a las preguntas del médico. ¿Qué edad tiene la señora? ¿Padece alguna enfermedad? Con voz neutra explicó que ninguna enfermedad guardaba relación con lo que había ocurrido. Todo era por su culpa. La salsera se le había escurrido de las manos antes de ir a estallar en las baldosas, expandiendo el jugo de carne. Su madre, que en ese instante acababa de sacar del horno la pintada, había patinado en el suelo manchado de grasa y se había desplomado con todo su peso sobre sus nalgas. Pusieron a la anciana en una colchoneta inmovilizadora. Después de encargarle a Axel que se ocupara de los perros y de cuidar la casa, Xavier, Angie y Roby siguieron a la camioneta de los bomberos hasta las urgencias del hospital. Las pruebas revelaron una fractura severa de coxis. «¡Y solo una fractura, solo una!», le

dieron ganas de proclamar alto y fuerte a un Xavier eufórico por haberse pimplado él solito casi toda la botella de Puligny-Montrachet mientras la asistencia se afanaba en la cocina. ¡Bravo, cariño!, pensó. Me inclino ante tu hazaña. Me riñes cuando le rompo una pata a la perrita, pero permíteme que te diga que romperle el culo a una madre vale muchos más puntos. Una vez hecho el diagnóstico, le explicaron a Suzanne Lacheneuil que, aparte de tomar analgésicos para el dolor, no existían cuidados específicos para ese tipo de traumatismo óseo y que solo el reposo y mantenerse echada eran lo único que podía favorecer una rápida curación. Dada la elevada edad de la paciente, el médico explicó a los allegados que había que calcular por lo menos un mes antes de que ella recuperase una movilidad aceptable. La tendrían en observación esa noche y, si todo iba bien, podrían volver a recogerla al día siguiente. Angie estaba hundida, maldiciéndose a sí misma constantemente. Roby, azorado, parecía perdido. Cuando Xavier se refirió al cheque regalo por una bici estática para Suzy que había quedado olvidado en la guantera del coche, su esposa se ahogó en llanto. Se acordó que Angèle pasaría en casa de sus padres todo el tiempo que fuera necesario hasta el restablecimiento de su madre, con el fin de ocuparse de ellos. Consideraron que esa sería la mínima penitencia impuesta para expiar la culpa. Xavier estalló en júbilo. Cuatro semanas, iba a disponer de al menos cuatro semanas solo para él y Número 8. Y mientras conducía en dirección a Clermont, con un Axel mohíno a su lado, pensó que se fuera preparando la fisgona esa. En el maletero, descansando pacientemente en su estuche acolchado, iba el rifle de 22 largo.

Xavier contemplaba el jardincillo tratando de dominar su rabia. Alguien había entrado durante su ausencia. El viernes, el gnomo estaba tan tieso como un palo en medio de los rododendros. Ahora, la estatuilla aparecía por el suelo boca abajo. Tal vez se hubiera caído sola, empujada por un animal o por un brusco golpe de viento, pero la huella de un zapato en la superficie blanda delataba todo lo contrario. Un pie estrecho, un pie de mujer, un pie de vecina. La intrusa había puesto sus sucias patas en el enano antes de tumbarlo con toda la intención. Xavier apretó los puños. Era de una bajeza ilimitada atacar de ese modo a un ser indefenso. Sacó delicadamente a Número 8 de la tierra arcillosa y abrió la llave de la manga de riego para limpiarlo.

—*Ez una inmenza zorra, tu vezina* —ceceó el enano.

*¿Perdona?*

—Una *inmenza zorra, una zublime proztituta zi prefierez*, la puta de la *Azpic*.

*¿Por qué te ha dado por cecear así?*

Después de un examen minucioso, Xavier comprobó con espanto que la punta de la lengua estaba mellada. Le faltaba un fragmento del tamaño de una moneda de cinco céntimos. Desgraciadamente, al caer, la parte más prominente de su rostro había chocado con una piedra. Buscó durante diez minutos el trozo desaparecido, escudriñó por el suelo, removió las hojas y nada, todo fue en vano. No hay dos sin tres, pensó con fatalismo. Después de la pata de *Bella* y del coxis de su suegra, le había llegado el turno de romperse a la lengua del enano. Aplicando el tubo de silicona consiguió reconstruir bastante dignamente la punta perdida. Pese a que el color gris de la pasta

contrastaba con el marrón anaranjado del barro cocido, el resultado final era de lo más satisfactorio.

*¿Mejor así?*

—*Zì, graziaz.*

*¡Mierda!*

—Que no, que estoy de broma, mira: Las medias de la archiduquesa están secas, ¿archisecas? Si seis sierras sierran seis cipreses, seiscientos seis sierras serrarán seiscientos seis cipreses. Un pastelero que hacía pasteles en casa de un tapicero que tapizaba dijo un día al tapicero que tapiz...

*Vale, está bien, ya veo que funciona.*

Xavier se centró a continuación en la fachada. Pensó en esos agujeros negros en medio del universo que atrapan y engullen la materia que los rodea. Su vida anterior era absorbida por la grieta, una vida que se desmoronaba a merced de sus mentiras. Apartarla de su vista le permitiría volver a poner las cosas en orden.

—No me da la impresión de que tengas realmente muchas ganas, colega — le hizo observar Número 8—. ¿Tanto te gustaba tu vida anterior?

Xavier se hizo el sordo, no le apetecía entrar en el debate y se metió en materia sin dilación. Angie no pondría de nuevo los pies en Alzon hasta al cabo de varias semanas, así que podía acabar de instalar el revestimiento con total libertad. Luego podría explicarle que había terminado todo ese curro durante los fines de semana. Avanzaba rápido. El sol acompañaba, le calentaba la espalda mientras él ensamblaba las tablas unas sobre otras, ranura hembra en lengüeta macho, antes de clavarlas en los codales. La hoja del serrucho iba a dentelladas y liberaba embriagadores olores a resina. Alertada por el ruido, Hélène Aspìc había vuelto a hacer sus rondas de observación. Xavier decidió ignorarla y la dejó dar vueltas alrededor de su propiedad sin decirle nada. Ya llegaría en su momento la hora de ajustar cuentas.

El segundo día, la madera recubría por entero la fachada, desde el suelo

hasta el alero del tejado. Xavier empezó con la pintura. Embadurnó las tablas con una brocha ancha. El barniz gris perla reavivó las vetas de pino. Tuvo que esperar pacientemente hasta el día siguiente para lijar, desempolvar y dar una segunda mano. Al final de la tarde, cuando estaba admirando los reflejos cobrizos del revestimiento causados por los rayos de sol, un malestar vino a disipar la satisfacción por el trabajo cumplido.

—Lo sientes, ¿eh? —le susurró al oído Número 8 echado a su lado en la tumbona.

El enano se había expresado con un tono benévolo, lejos del placer burlón que lo impulsaba a veces.

*¿Sentir qué?*

—Ese sentimiento difuso que te lleva a pensar que sigue ahí, que siempre seguirá ahí como un mal que perdura porque no se ha encontrado su origen. Te lo repito, no es enterrando los problemas como estos se resuelven, colega.

*Bah, ya pasará.*

—Sí, sí, ya pasará, eso es lo que se dice de las cosas que sabemos con certeza que son insignificantes, pero no desaparecen, más bien al contrario.

Empeñarse en negarlo era una idiotez, el gnomo tenía razón, la grieta seguiría estando ahí, con o sin revestimiento, y los veintiún milímetros de espesor de pino Douglas que acababa de alzar entre ella y él lo resguardarían de sus angustias tan solo por un tiempo. *Lo que no se ve no hace daño*, espetó entre dos tragos de alcohol como para persuadirse de la veracidad de sus afirmaciones.

Dio un brinco. El teléfono le vibró en el bolsillo. Dumoulin no había mandado desactivar todavía la línea del trabajo, pero sería cuestión de tiempo. El nombre de Angie apareció en la pantalla. Xavier se echó un último lingotazo de malta puro, se aclaró la garganta y descolgó. A su esposa le preocupaba el estado de salud de su madre. Suzy había entrado en una fase depresiva inquietante. La anciana no soportaba la dependencia a la que la había reducido la fractura de su coxis. Había perdido el apetito, no se



interesaba por nada, ni la lectura ni la tele, ni siquiera los perros, que iban a mendigarle una caricia, no aguantaba nada. Ese día, esa mujer, por lo general tan mesurada en sus palabras, había discutido violentamente con su marido antes de deshacerse en lágrimas. Xavier alucinaba de ver hasta qué punto la fractura del más insignificante de los doscientos seis huesos que componen el esqueleto, un vulgar vestigio de cola, heredado de unos remotísimos ancestros, podía influir en el estado general del ser humano.

*El hueso del culo hecho trizas, y de un día para otro te ves impedido y con la moral por los suelos.*

—Sigo prefiriendo una lengua partida —reconoció Número 8.

—¿Y tú? —preguntó Angèle.

—¿Yo qué? —repuso Xavier.

—¿Todo bien?

La tentación de decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad a su mujer era más fuerte a medida que pasaban las noches. No le provocaban ningún placer aquellas sesiones cotidianas de camelos y embustes y le era cada vez más difícil hallar los recursos suficientes para mentir. Esa mascarada empezaba a pesarle. Qué bueno habría sido volar en mil pedazos los fingimientos, cortar las amarras para dejarse llevar por la corriente. Número 8 estaba ojo avizor y le impidió una vez más cometer lo irreparable.

—¡Eh, eh, eh, colega, céntrate!

—La rutina —contestó Xavier—. La nueva colección no es fácil de vender, pero aguanto. El sector de París y extrarradio siempre ha sido el más duro. Entre las horas que paso en los embotellamientos y las citas anuladas o cambiadas, tengo que hacer auténticos malabares, pero al final, entre unas cosas y otras, alcanzo mis cifras. Afortunadamente, me las he arreglado para conservar el mismo hotel durante toda la jornada. Y aquí estaré también toda la semana que viene.

—Pobrecito mío. Te echo de menos.

—Lo sé, yo también a ti.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Nos llamamos. Hasta mañana.

Ese individuo que hablaba por teléfono no era él. No echaba de menos a Angie, en realidad, ni tampoco a su hijo ni a la chihuahua, tan alejados de aquello en lo que él estaba a punto de convertirse. Después de servirse un segundo vaso, Xavier fue a buscar la carabina, que aún seguía en el maletero del coche. Sacó el arma de su estuche almohadillado. Sostenerla entre las manos le procuró una sensación agradable. Se dirigió a la parte trasera de la casa y colgó algunas botellas vacías de la cuerda de tender la ropa. La caja de municiones contenía unas cien balas. El cuello de la culata emitió un golpe seco cuando cargó la carabina. La culata encajó en el hueco de su hombro. La tibia madera parecía palpar contra su mejilla. Disparó. La bala rozó el vidrio de la primera botella produciendo un ruido cristalino sin llegar a romperla. Recargó el arma y en un segundo intento pulverizó el objetivo. Con cada nueva victoria, Xavier daba saltos de alegría. Necesitó unos cuarenta proyectiles para conseguir destruir la totalidad de las botellas. Al caer la noche, subió al desván para esconderse a la espera de la comadreja. La víspera y la antevíspera había ido a dejar un huevo fresco en el altillo. Había leído en internet que para ese bicho son todo un manjar. Los restos de cáscara de huevo hallados por la mañana confirmaban la información. Colgada de la viga, la lámpara frontal iluminaba la rubia palidez del cebo de ese día. Con el arma al hombro y echado en la otra punta del desván en medio de las tinieblas polvorientas, Xavier esperó casi dos horas a que el pequeño mamífero se dignara a hacer su aparición. Se disponía a abandonar ya la partida, cuando la alimaña surgió de ninguna parte. Avanzó temerosa hacia el centro de la mancha amarillenta que la lámpara proyectaba sobre el suelo. Después de un breve tiempo de observación, se lanzó sobre la ofrenda y la devoró ávidamente bajo la asombrada mirada de Xavier. La comadreja se irguió con la punta del hocico manchada de yema de huevo. Escrutó la noche con sus ojos de tinta antes de salir huyendo sin esperar nada más. Xavier no había podido decidirse

a disparar, y eso que tenía el índice dispuesto a dos centímetros del gatillo. Regresó a la cama avergonzado ante un Número 8 que se regocijaba del fracaso de tan macabro proyecto.

—Creo que me habría jodido mucho que la mataras, colega.

Xavier sonrió en la oscuridad. Por su ciega obstinación a volver cada noche a trotar por el desván, ese pequeño abrigo de pieles se había ganado su derecho a la vida.

Cada noche, al ir a acostarse, Xavier abría la trampilla, trepaba por la escalera, atravesaba el altillo inclinado a dos aguas y depositaba una nueva ofrenda ovoide a la pequeña divinidad del abrigo de pieles. Todas las noches se repetía el mismo guion. Con los golpes de la una de la madrugada llegaban los trotes y después el silencio. Un poco más tarde, el animalillo se iba por donde había venido tras haber devorado su golosina. En cuanto el bicho desaparecía, la grieta se hacía notar llenando la casa con sus crujidos siniestros. Escuchar música con los auriculares empotrados en las orejas hacía más inquietantes aún las espantosas vibraciones que subían al asalto por la cama para penetrar a su ocupante hasta la médula. Bien hundido en la almohada, Número 8 no se cortaba en sus comentarios.

—No está satisfecha, colega. Reclama su ofrenda y quiere que le lleves algo que echarse a la boca, algo mejor que un puto huevo de gallina.

Una pesadilla recurrente atormentaba su sueño noche tras noche. Una gran brecha partía su cuerpo en dos, desde el esternón hasta la coronilla pasando por el paladar. De la monstruosa herida salía, como una mariposa de su crisálida, un cuerpo desnudo y pringoso, un nuevo Xavier. Entonces se despertaba medio asfixiado por tener en la garganta el grito de recién nacido negándose a salir. Ya no desayunaba, iba siempre con su viejo chándal, daba vueltas sin rumbo por la casa, se quedaba dormido entre serie y serie, bebía más de la cuenta y se pasaba el día abotagado por la modorra generada por el alcohol. Días vacíos que ya ni siquiera interesaban a la vecina, cuya vigilancia se había relajado milagrosamente. Comía poco, se abandonaba cada vez más, no se afeitaba y menos aún se cuidaba el bigote del que tan orgulloso estaba

antes. Una existencia aburrida a imagen y semejanza del cielo plomizo y cargado de nubes que se resistían a liberar la lluvia de una vez. La mañana del quinto día, no pudiendo aguantar más, Xavier cogió una palanca y arrancó una tabla del revestimiento que le quedaba a la altura de la cabeza. Un olor dulzón llegó hasta sus narices mientras retiraba una segunda tabla, un olor a carne podrida. Como bien pudo comprobar en la fisura, la silicona se había retraído, incluso desintegrado en algunas zonas. Desmontó el entablado de una manera anárquica, con el único objetivo de sacar a la luz la herida. Resguardada tras su escudo de madera, la grieta había aumentado y superaba ya en varios centímetros la referencia marcada en el enlucido. La pestilencia le produjo náuseas. Está gangrenada y supura su putridez, pensó él, por mucho que la voz de la razón le indicara que el ladrillo y el cemento no podían oler a otra cosa que a ladrillo y a cemento. Se preguntó si la grieta estaría ya atravesando la pared de parte a parte.

—Solo hay un modo de saberlo —lo animó Número 8.

Xavier entró en la casa provisto de su caja de herramientas. Vacío el circuito de agua de la calefacción central con el fin de desmontar el radiador de la cocina, justo a la derecha de la puerta vidriera. Arrancó unas buenas lonchas de papel pintado y se puso a quitar las capas enyesadas que revestían la pared. Armado con un cúter, empezó a recortar el cartón yeso por las juntas, pero, llevado por la impaciencia, no esperó más y con sus propias manos, frenéticamente, extrajo las láminas enyesadas de los carriles metálicos. Enseguida, un montón de yeso mezclado con tejido aislante cubrió el suelo. La grieta estaba ahí, zigzagueaba a través de los ladrillos y dejaba filtrar en su parte más ancha la claridad de fuera antes de hundirse en el soldado de hormigón. Bajó a la bodega. Una decena de neumáticos viejos obstruía el espacio. Los apiló en el rincón contrario y pasó a inspeccionar el muro. La grieta proseguía su curso de arriba abajo antes de desaparecer en el suelo de tierra. Xavier fue a buscar un pico y una pala y empezó a cavar ante la mirada

divertida de Número 8, que se puso a tararear la canción *Ay Ho!* de *Blancanieves y los siete enanitos*:

*Cavar, cavar, cavar*  
*y nunca acabar,*  
*pues al saber escarbar*  
*bien sabremos cavar.*

El frescor de la bodega contrastaba con el calor exterior. Cavó durante casi una hora. Picaba en el suelo y luego extraía con la pala la tierra removida. El sudor le perlaba la frente y la camiseta se le pegaba al cuerpo. Ascendiendo del suelo, los hedores a moho y a hongos se mezclaban con el olor a salitre. Ahí al menos se encontraba al abrigo de la pestilencia de fuera. Los renovados cimientos dejaban entrever una falla del grosor de un paquete de cigarrillos de la cual la fisura no era más que la prolongación. Acercó el rostro a la brecha. Una corriente de aire fresco le acarició las mejillas. Adivinó un mundo de tinieblas al otro lado de esas estrechas fauces. Se cebó a golpes de cortafríos, arrancó varios bloques de piedra encastrados en el hormigón, los retiró resollando por el esfuerzo. El suelo de la bodega le llegaba ahora al nivel de la cintura. Unas ampollas sanguinolentas le cubrían las falanges y la palma de las manos. Se detenía lo justo para enjugarse el sudor de la frente y refrescarse un poco, y luego proseguía con el trabajo, cavando con más brío aún y encontrando nuevas piedras, que arrancaba a la tierra y al cemento. A sus pies se formaban pequeños taludes del escombros que sacaba del agujero como un marino que achicara el agua de una embarcación.

—¿Lo dejamos aquí, colega? ¿Cómo lo ves?

*No, todavía no, estoy seguro de que hay algo ahí abajo.*

Apoyado en sus certezas, Xavier continuó cavando hasta última hora de la tarde antes de salir extenuado del agujero. El enano tenía razón, había que rendirse a la evidencia, todo ese trabajo de forzado no conducía a nada más que a un apilamiento de bloques de piedra sin interés, por mucho que él

estuviera persuadido de que la solución a sus problemas se hallaba más abajo aún.

—¿A qué profundidad está esa solución, colega? ¿A dos metros? ¿Cinco metros? ¿Mil?

Cuando salió a la superficie y a sus olores pestilentes, se dio cuenta de que Dumoulin había tratado de localizarlo en tres ocasiones. Volvió a llamarlo al poco rato. Su jefe le comunicaba su despido a contar desde el mes siguiente.

—No se moleste en venir por aquí, la duración de su preaviso se añadirá al resto de sus vacaciones pagadas. La carta de recomendación con acuse de recibo ha salido hoy, Barthoux. Fírmela y reenvíenosla. Y vaya pensando en devolvernos el teléfono, pertenece a la empresa. Por lo que respecta a sus emolumentos, se le pagará el sueldo íntegro menos los días que ha estado ausente. Y esto es todo, no tengo nada más que decirle, salvo que nos ha metido usted en un buen atolladero.

Dumoulin le hablaba de un mundo que ya no era el suyo. Céramix y su catálogo, los clientes, las visitas, las reuniones del lunes por la mañana, todo se diluía en una masa mortecina que ya había dejado de concernirlo. Sin el menor rencor, Xavier le dio las gracias y colgó. Esa noche no tuvo el valor de subir al desván para depositar su ofrenda y se acostó absolutamente exhausto. La fisura no esperó la llegada de la comadreja para manifestarse con golpes sordos que resonaban en el techo de la habitación más fuertes que nunca. Xavier se sintió perdido. Caminaba por el borde de un precipicio sin tener ni idea de adónde le llevaban sus pasos. La voz tranquilizadora de Número 8 apaciguó algunos de sus temores.

—Las señales, colega, hay que encontrar las señales y todo irá mejor.

Imaginó un bosque de señales de tráfico y se sumió en el sueño. Por primera vez, la pesadilla no fue a visitarlo durante la noche.

Xavier recibió el ruido del chaparrón con la esperanza de que aportara un poco de fresco y disipara el pestazo del ambiente, pero el olor insoportable le saltó a la nariz en cuanto abrió los postigos del dormitorio. En vez de atenuarlo, la lluvia parecía avivar el hedor a carroña que flotaba en el aire.

—Semejante olor solo puede provenir de un animal grande —afirmó Número 8.

*Tenemos que cerciorarnos.*

Sin quitarse el pijama, se calzó las botas de goma, cinchó al gnomo en el portabebés, se proveyó de un paraguas y se lanzó a la búsqueda del origen de ese azote olfativo. Después de haber inspeccionado el terreno hasta en los menores rincones, desde el pudridero situado al fondo del jardín hasta el talud que bordeaba la carretera, dio varias vueltas a la casa olisqueando por todas partes. La fetidez era más notable en la parte de atrás, por la zona del tendedero, donde todavía colgaban los restos de las botellas pulverizadas unos días antes por los disparos del rifle de 22 largo. Numerosos fragmentos de vidrio relucían entre la hierba húmeda. Xavier se acercó hasta el seto de tuyas que separaba su propiedad de la de la vecina.

—Caliente, caliente, colega, no debes de estar muy lejos. Hasta las tuyas apestan a carroña.

Bordeó el muro de arbusto y se detuvo a apartar unas ramas, movido por un terrible presentimiento. La mancha azul entrevista al otro lado en mitad del huerto confirmó sus temores. Hélène Aspic estaba tirada cuan larga era entre sus calabacines. Atravesó el seto y se aproximó al cuerpo. Echada boca arriba, a la vieja le entraba la lluvia por la boca extremadamente abierta. Los



ojos hundidos en sus órbitas hacía tiempo que habían dejado de ver el cielo. Las gotas de agua caían sobre el rostro violáceo y acorchado y crepitaban como sobre la piel de un tambor. En la parte superior de la ceja derecha un agujero indicaba el punto de entrada del proyectil. No había ningún rastro de sangre, solo ese orificio limpio, apenas más grueso que la marca de la picadura en un billete de tren. Xavier reconstruyó sin dificultad el hilo de los acontecimientos. Mientras se dedicaba a colgar las botellas del tendedero, la señora Aspic se había acercado hasta el seto para espiar sus movimientos, preguntándose qué estaría tramando con todas esas cuerdas y cascos vacíos. Tras rebotar en el objetivo, la primera bala se le había alojado en la frente antes incluso de que ella comprendiera lo que le había ocurrido. Se había espantado en el jardín, con los brazos en cruz, fulminada por el proyectil y víctima de su curiosidad. Él no había oído nada y en ningún momento había sospechado que el azar acababa de librarle de su invasiva vecina.

—Qué buena ofrenda para la grieta, colega —se entusiasmó Número 8—. El agujero que has cavado en la bodega la está esperando.

Xavier rio a carcajadas. El rifle de 22 largo de su suegro había apiolado una alimaña de las grandes, de bata azul y cabello cardado, que no iba más que a amargarles la vida. Cogió el hule de la mesa del jardín y cubrió con él el cadáver. En ningún momento lo preocupó la eventual reacción de su esposa cuando ella se diera cuenta de la desaparición del mantel. Angie estaba lejos, cada vez más lejos. Era una entidad vaporosa que se materializaba en el momento de la llamada diaria antes de desaparecer en los limbos de su mente confusa hasta la siguiente llamada. Volteó el cuerpo y lo enrolló con la gruesa tela de hule, reprimiendo sus náuseas. Después de haber atado fuertemente el envoltorio con ayuda de cinta adhesiva, tiró del fardo a través del seto, luego por el césped y el pasillo hasta la escalera que bajaba al sótano. Allí se detuvo para recobrar el aliento y a continuación, ayudándose del pie, empujó el paquete, el cual se deslizó con rapidez por los escalones. Aterrizó sobre la tierra batida emitiendo un horrible ruido seco. A todas luces la fosa era

demasiado pequeña para que el cuerpo cupiera en ella. Tuvo que agrandarla con el pico y la pala y luego echó allí el cuerpo atado como un salchichón dentro de esa mortaja casual. Las primeras paladas pedregosas sonaron secamente sobre la tela de hule. Xavier apelmazó la tierra pisoteándola una y otra vez con la suela de las botas. Recubrió la improvisada tumba con los neumáticos que había arrinconado el día anterior. La vecina vivía sola, no tenía familia y menos aún amigos. Nunca visitas. Era ella quien hacía las visitas a sus únicos y adorados vecinos, los Barthoux y su queridísima chihuahua. Los pocos contactos con el exterior se limitaban a los comerciantes del pueblo.

—Si hay algún problema, solo podrá ser por esto —profetizó el enano—. Pero de aquí hasta que alguien se preocupe por su desaparición, la fisura ya habrá dado buena cuenta de Hélène Aspic como la comadreja hace con el huevo, y no quedará más que un montón de huesos deshechos entre ropas putrefactas.

Bajo más de un metro de tierra y piedras, envuelto en su caparazón, el cadáver había dejado de expandir su hedor y las últimas fetideces nauseabundas que flotaban en la bodega se evaporaron por el tragaluz entreabierto.

*Tío, esto merecería un pequeño festín a la memoria de nuestra difunta vecina.*

—Sí, con un entrante de víbora con gelatina de huevo.

*Y una pera Bella Helena de postre.*

Seguían riendo mientras circulaban en dirección al supermercado que había a unos diez kilómetros de allí para comprar provisiones. Un buen bistec, manzanas para asar y una lechuga bien fresca, salivaba Xavier de antemano. Atenazado por el hambre, no prestó atención a las miradas molestas, de asco y a veces de compasión, que la gente le lanzaba a su paso. Muchos se apartaban ante ese individuo desgredado bajo cuyos faldones del abrigo se podía ver un pijama mugriento y que deambulaba en botas por los pasillos con lo que tenía

toda la pinta de ser un viejo enano de jardín puesto en el asiento de su carrito. Llenó el carro de víveres sin olvidarse de varias botellas de vino y otros licores. La cajera apenas pudo disimular el asco que le produjo el aspecto del individuo que tenía delante y los nauseabundos olores que dejaba tras de sí.

—¿Tiene tarjeta de cliente?

*No, pero tengo una vecina muerta en la bodega, no sé si eso me da derecho a un pequeño descuento.*

—No, no tengo —respondió riéndose ahogadamente.

La otra ni insistió. Desconfiada, observó cómo introducía su Gold MasterCard en el lector de la tarjeta y marcaba el número secreto con la punta del índice y su mugrienta uña. El aparato escupió el recibo reglamentario sin el menor titubeo ante la cajera, que no ocultó su sorpresa. Xavier compró un paquete de cigarrillos en el estanco de al lado y reemprendió el camino a casa. Frenó bruscamente a la entrada del pueblo. Lanzado hacia delante, Número 8 se dio de bruces con todo el barro cocido de su gorro contra el salpicadero.

*¿Has leído lo mismo que yo?*

—¡Las señales, colega, las señales! —balbuceó el gnomo todavía grogui por el topetazo que se había dado contra el duro plástico del panel de mandos.

Xavier dio marcha atrás y retrocedió por la carretera unos veinte metros a toda velocidad antes de frenar en seco a la altura del indicador de aglomeración de tráfico de la entrada. El enano se tambaleó hasta recalar en la blandura de su asiento. Xavier se atusó el bigote. Mientras que la señal blanca con borde rojo que anunciaba el nombre de la localidad le era familiar, el rótulo añadido justo debajo le había llamado la atención como si lo hubiera visto por primera vez. Sacó el móvil del bolsillo del pijama e hizo una foto de todo ello.

D-999

ALZON

ANTÍPODA DE LAS ISLAS CHATHAM

## UBICACIÓN ÚNICA EN FRANCIA

Esa particularidad del pueblo se le había escapado totalmente. Recordó el orgullo de Angèle ante la idea de vivir en el único lugar del hexágono cuya antípoda no se encontraba en el agua, sino en una isla perdida en medio del Pacífico sur.

—¿Te das cuenta, cariño?

No, él no se había dado cuenta. Ella lo había instruido con un curso acelerado de geografía, explicándole que solo el cuatro por ciento de la superficie del globo —¡Solo el cuatro por ciento! ¿Te das cuenta, cariño?— tenía algún punto que fuera su antípoda y que ambos estuvieran sobre tierra firme. Más raros aún eran los puntos que caían en la cara opuesta del planeta y que estuvieran habitados.

—Y justamente Alzon tiene por antípoda el pueblo de Waitangi, en la isla Chatham. ¿Te das cuenta, cariño? —No, él seguía sin darse cuenta—. Un caso único en toda Francia. Imagínate, a doce mil ochocientos kilómetros de aquí, exactamente en el punto opuesto del planeta, hay gente y casas —había concluido ella, maravillada.

Él, con un simple alzamiento de hombros, le había manifestado su desinterés por semejante singularidad. Ayudándose del globo terrestre que cogía polvo en la habitación de Axel, Angie le había enseñado el minúsculo punto que indicaba las islas Chatham en medio del océano. Desenganchando el globo de su peana y provista con una aguja de punto, había pinchado en el lugar donde estaban las Cevenas y luego hizo lo mismo con la insignificante pata de mosca al sur de Nueva Zelanda antes de atravesar de parte a parte la esfera de cartón y de hacerla girar sobre ese eje improvisado.

—Mira qué bien pivota sobre ella misma, lo que prueba que la aguja pasa por el centro exacto del planeta.

—Yo lo que veo es que acabas de cargarte el globo que tus padres le compraron a nuestro hijo por su décimo cumpleaños —había replicado él.

La flagrante ausencia de entusiasmo de su marido motivó el arrebatado enfadado de Angie, la cual dejó de nuevo el globo en la habitación de Axel y no volvió jamás a hablar de la excepción geográfica que suponía el pueblo.

Las islas Chatham. Xavier no lograba apartar los ojos de aquel indicador. ¿Por qué hoy, a la vista del letrero, volvía a sentir el extraño cosquilleo detrás de la nuca?

—Porque hasta ayer las habías oído, pero no habías prestado atención.

Número 8 le había hablado como se le habla a un niño, con un tono conciliador.

*¿Oído qué?*

—Las olas, colega, las olas. Cuando aproximaste tu cara a la falla del fondo de la bodega, estaban ahí.

Lo recordó. Cuando había dejado de picar para pegar su mejilla en aquella sinuosa oquedad, había percibido el sonido de un oleaje lejano al mismo tiempo que una corriente de aire fresco venía a acariciarle el rostro. Era el mismo tipo de sonido que surge de una concha cuando uno se la acerca al oído. La certeza de que la fisura no procedía del suelo de Alzon, sino de que su origen se hallaba al otro lado del globo se apoderó de él.

—*¡In Nioue Zilande, camarada!* —exclamó Número 8, feliz de constatar que Xavier llegaba a esa conclusión.

Unas imágenes de playas y de guerreros maoríes invadieron su mente mientras se atareaba en la cocina. Descorchó una botella de Burdeos, un Dourthe de diez euros con noventa. No es un vino para mi suegro, pensó. Brindó con el gnomo, vaso contra barro cocido. El teléfono que había sobre la encimera vibró una primera vez. Las siete de la tarde, la hora de Angie.

—Déjalo vibrar, colega.

El aparato se expresó en cuatro ocasiones durante la noche. En cada una de ellas, Xavier tuvo que hacer un gran esfuerzo para no descolgar. Las ganas de

poner fin a los falsos pretextos y de desembuchar la verdad de una vez por todas lo atormentaban.

*Hay que decírselo.*

—¿Decirle qué? «Ah, por cierto, cariño, no quería hablarte de ello para no alarmarte, pero he perdido el curro. Sí, has oído bien, acabado, *basta*, final del viaje Frachon, Céramix y *tutti quanti*, todo el mundo abajo. De repente, va a haber que revisar *seriously* nuestro tren de vida, Angie. Mientras tanto, he tenido tiempo de avanzar un poco con las obras de nuestra casa de campo, pero el resultado final no va a ser de tu gusto. Creo que lo mejor será que tú misma vuelvas a poner la parra en su sitio. Hasta podrás pegarla a la cocina, para ocultar la miseria. Qué quieres que te diga, no se puede arreglar una grieta sin provocar daños colaterales. Y a propósito de la grieta, me temo que este pequeño problema nos lleve, a Número 8 y a mí, un poco más lejos de lo previsto. A dar una vueltecita por el otro extremo de la aguja de punto, no sé si entiendes lo que quiero decir, con el fin de ir hasta la fuente y ver de qué se trata. El gnomo te manda recuerdos, se ha convertido en mi mejor amigo, que lo sepas. Un poco bocazas pero buen tipo, somos tal para cual. Y poco más tengo que contarte. ¡Ah, sí! No te preocupes, pero nuestra adorada vecina se ha mudado a nuestro sótano, al suelo de la bodega para ser exactos, descansa acostada y bien abrigadita bajo un metro de tierra y pedruscos y cubierta con unas diez coronas funerarias recauchutadas. A propósito, dile a tu padre que su carabina es jodidamente eficaz. Bueno, he de dejarte, tengo un entrecot esperándome y un viajecito que preparar. No sé cuándo volveremos a vernos, querida, pero no estoy preocupado por ti, ya se ocupará papá Roby de su queridísima hija. Un beso.» ¿Es esto lo que quieres decirle?

De nuevo, Número 8 tenía razón. La verdad no habría hecho más que complicarlo todo. Las prioridades eran ahora otras. Prioridades de las que Angie no formaba parte. Devoró con apetito el bistec con la guarnición de patatas salteadas. El buen tiempo regresó por la tarde y al caer la noche, Xavier se instaló en la terraza, le puso un cigarrillo en la boca a Número 8 y

se bebió el último whisky del día bajo el cielo estrellado. Se atusó el bigote. ¿Cómo serían los atardeceres al otro lado del planeta? ¿Qué estrellas motearían el cielo de Waitangi? Esa noche, la comadreja tuvo derecho a doble ración de huevos. A la hora de acostarse, fue a buscar el globo a la habitación de Axel. Antes de apagar la luz, Xavier contempló la esfera que había colocado en medio de la cama, entre él y el gnomo. Perdidas en la inmensidad azul del océano, las islas Chatham solo eran un agujero, el que había causado la aguja de punto de Angèle unos años antes al pinchar la superficie de cartón. Un agujero como el de la frente de Hélène Aspic. Xavier durmió sumido en un sueño profundo, con el planeta en miniatura acoplado cuidadosamente bajo el brazo.

Ningún ruido vino a turbar su sueño durante la noche. Aplacada por un tiempo, la grieta lo había dejado en paz.

—Con lo que le has regalado, colega, tiene para alimentarse por una buena temporada, ¿no te parece?

Xavier estiró dolorosamente los músculos, cogió a Número 8 y se levantó. El espejo del armario le devolvió la imagen de un desconocido. No pudo sostener por mucho tiempo su mirada. El brillo desagradable que relucía en el fondo de sus pupilas lo incomodaba. El pijama, lleno de manchas de barro, desprendía olores asquerosos.

—No querría meterme contigo desde tan temprano, colega, pero apesta más de la cuenta. Eres un cóctel de sudor añejo y carne podrida.

*Sin querer meterme contigo yo tampoco, que sepas que tu barro cocido también desprende unos olores que darían un patatús a la más resfriada de las Blancanieves, querido amigo.*

Después de tirar su ropa al cubo de la basura, Xavier se metió en la ducha con Número 8. Frotó su cuerpo y el del enano dándose vigorosas pasadas con el guante de baño para eliminar el hedor a muerto que se les había pegado a la piel. Se enjabonó el cabello, tieso de mugre, y dejó correr mucho rato el chorro de agua caliente por sus miembros doloridos. Se puso ropa limpia, roció generosamente de perfume sus mejillas enmarañadas, así como la jeta risueña del gnomo. Y mientras se bebía su primer café del día, Xavier examinó con atención la foto tomada la víspera con el móvil.



ALZON  
ANTÍPODA DE LAS ISLAS CHATHAM  
UBICACIÓN ÚNICA EN FRANCIA

D-999. Quizá había que ver en esa serie de tres nueves algo más que un simple número de carretera comarcal.

—Las señales, colega, descifra las señales —lo instó Número 8.

En internet, todas las webs de numerología consultadas conducían a las mismas conclusiones con respecto a una sucesión de nueves como esa. Suponía una especie de fase final, de realización total, de desprendimiento del pasado, de consumación, de alumbramiento de uno mismo. *Alumbramiento de uno mismo* eran precisamente las palabras que mejor venían a cuento para resumir su pesadilla.

—¿Cuándo le hicieron la última ecografía, señor Barthoux? No la veo mencionada en el informe de su embarazo —bromeó el gnomo.

*¡Sigue haciendo el tonto y te parto la lengua para siempre!*

Número 8 se tragó su risa ante la seriedad de Xavier, que entró en un nuevo buscador para saber algo más sobre esas islas Chatham del fin del mundo. Aunque pertenecen a Nueva Zelanda, el archipiélago, constituido por dos islas principales, la grande, la isla Chatham, y una mucho más pequeña al sureste, la isla Pitt, se encontraba a casi setecientos kilómetros de la costa este del país y a más de mil de la ciudad de Auckland. Diferencia horaria con Francia: más de doce horas en invierno; moneda: el NZD, el dólar neozelandés o *kiwi* para los amigos; clima: de tipo subpolar oceánico; población: todas las islas juntas apenas tienen seiscientos habitantes. Xavier clicó varias veces en el ratón para aumentar el mapa. Limitada por una bahía inmensa al este y una abrupta costa al oeste, la isla Chatham tenía el dibujo de una imprecisa T mayúscula. Cambió la visión del mapa a modo satélite. Entonces, lo que antes no era más que el agujero de una aguja de punto sobre un globo de cartón se materializó ante sus ojos como un mosaico de verdes y marrones declinados hasta el

infinito. Aumentó la resolución y aparecieron unas carreteras salpicadas de unas pocas viviendas, bosques, zonas de cultivo, playas barridas por oleajes espumosos. La pista de aterrizaje del aeropuerto se distinguía por un trazado de asfalto entre dos lagunas de aguas oscuras. Su corazón se aceleró. La antípoda exacta de su casa se hallaba ahí, en esa punta de tierra que sacaba pecho en medio de las aguas del Pacífico sur.

—Tu isla no me parece para tirar cohetes —musitó Número 8 entre dientes de barro cocido—. Y eso de «subpolar oceánico», perdona, pero no suena a clima muy bronceador, la verdad. En esas palabras no hay más que frío, viento y lluvia. ¿No sería mejor elegir como destino Tahití? Tahitianas, collares de flores y arenas cálidas. ¡Esas sí son hermosas palabras, de las que a mí me gustan! Aunque te diré que me importan una mierda las antípodas, después de todo. ¡Desde luego, quiero ser tu Viernes si tú vas de Robinson, pero al menos vete a hacer solitarios a una isla que mole, no a un peñón ventoso en mitad de ninguna parte! Por otro lado, sin ser pesimista, vista la densidad casi nula de población, sería en verdad un milagroso golpe de suerte que el *alter ego* de tu casa fuera también otra casa. Hay una posibilidad entre mil de que tu antípoda caiga en medio de una de esas lagunas, o de un prado o se pierda en la arena de una playa, eso si no da en el culo de una vaca.

*¿Qué ha sido del enano que no dejaba de decir que hay que buscar las señales, comprender las señales, seguir las señales? Todas las señales nos indican la dirección de las islas Chatham, es allí adonde hay que ir y me importa un pito que el señor prefiera el clima de la Costa Azul a las intemperies bretonas. ¿Te has preguntado el número de posibilidades que había de venir a caer al único pueblo de Francia que posee una antípoda terrestre habitada cuando compramos esta casa? Debían de ser bastantes más de una entre mil, creo yo, si lo quieres saber. En cuanto a tu pregunta acerca de dónde puede estar la antípoda exacta de la casa, lo vamos a comprobar con total precisión ahora mismo, mi querido amigo-que-solo-sueña-con-broncearse.*

Xavier cogió el móvil y activó la función brújula a la que estaba vinculado el GPS. La geolocalización permitía ubicar las coordenadas exactas del emplazamiento del aparato. Bajó a la bodega, se acercó a la pared y, después de retirar los neumáticos, colocó el móvil en el lugar exacto en que la grieta se hundía en la corteza terrestre del hemisferio norte. Los datos en grados, minutos y segundos aparecieron en la pantalla, blanco sobre negro.

Latitud: 43° 57' 52.7649" N

Longitud: 3° 27' 2.6607" E

Lo que, una vez transcrito en grados decimales, daba:

Latitud: 43.9646569

Longitud: 3.4507390833333335

Para convencerse de que aquello era real, enunció las dos series de cifras en voz alta. Necesitó aproximadamente diez minutos para encontrar en internet una web capaz de calcular la antípoda de un punto concreto. El Grial se llamaba *Antípodas Map. It helps you find the other side of the world, the antipode of any place on Earth.* Justo lo que buscaba. Febril, introdujo en las casillas previstas para las coordenadas los datos que había conseguido un momento antes por medio del móvil. El resultado apareció al instante:

Lat.: 43° 57' 52.7649" S

Long.: 176° 32' 57.3393" O

Y en grados decimales:

Lat.: -43.9646569

Long.: -176.5492609166666667

Contempló fascinado las cifras de su Grial. Las imágenes vía satélite de Alzon y de las islas Chatham se materializaron ante sus ojos, escindiendo en dos partes iguales la pantalla de catorce pulgadas. Dos clones vistos desde el cielo. A la izquierda, Alzon. La cinta clara de la carretera serpenteaba a la salida del pueblo entre campos y bosques. Su mirada se deslizó hasta los cuadrados naranja que correspondían a las techumbres de la casa de Hélène Aspic, que en gloria esté, y de su propia casa. Una cruz como la de la mira de un visor parpadeaba en el centro de esta. A la derecha, la vista mostraba igualmente una carretera serpenteante en medio de una vegetación idéntica a la de las Cevenas. También allí una cruz parpadeaba justo en el centro de un rectángulo de color oscuro. Un rectángulo que no era ni las aguas de una laguna, ni un prado, ni una playa y menos aún el culo de una vaca, sino una casa. La carretera al borde de la cual se hallaba la construcción respondía al exótico nombre de Maipito Road y pertenecía al pueblo de Waitangi. Xavier cerró los ojos. Mai-pi-to Road. El nombre sonaba agradablemente en sus oídos a medida que lo pronunciaba una y otra vez como una letanía, persuadido de que la respuesta a todas sus preguntas se hallaba en el centro de ese punto parpadeante que lo llamaba desde el otro lado de la Tierra.

La operadora turística se había expresado con claridad. «Si mide más de cincuenta y cinco centímetros, tendrá que facturarlo. El equipaje de cabina no debe exceder ese tamaño. Cincuenta y cinco por treinta y cinco por veinticinco, es la norma.» «Cabina, ya me las arreglaré», había respondido Xavier. No concebía abandonar a su pequeño compañero en la bodega del avión en un viaje que iba a durar más de treinta horas, incluyendo las escalas. «¿Cómo que ya me las arreglaré?», se había inquietado el gnomo cuando salían de la agencia de viajes y ya con el billete de avión cuidadosamente metido entre ambos en el bolsillo de la pechera. «¿Qué quiere decir eso de “Cabina, ya me las arreglaré”?» El silencio de Xavier había alarmado todavía más al enano. Eran casi las siete cuando su vehículo entró en el aparcamiento de Céramix. Había transcurrido ya un mes desde que Xavier había sido despedido. Un siglo. No hubo necesidad de utilizar la copia de las llaves con la que se había quedado para abrir la puerta del edificio. Pese a lo tardío de la hora, Mô seguía trabajando, embadurnando de rojo bermellón las capuchas de un ejército de enanos barrigones. Al ver al exdirector comercial, y después de un momento de sorpresa, dejó su pincel y se quitó la máscara protectora. El agotamiento formaba alrededor de sus ojos unas oscuras ojeras.

—¿También usted los oye? —preguntó ella con voz apagada.

—¿A quién?

—A ellos —dijo Mô indicando con el mentón el centenar de enanos que había de pie y cuadrados cual soldados sobre la cinta transportadora que conducía a la cabina de pintura.

—No —confesó Xavier.

—Es extraño, nunca me había ocurrido con las Blancanieves ni con los angelotes, pero con los enanos es algo superior a ellos, necesitan hacerse oír.

—¿Y qué dicen?

—Nada, no dicen nada. Solo lloriquean. Son un auténtico cortejo de plañideras. Lo peor es por la noche. Por la noche, a menudo chillan a más no poder, lanzan verdaderos berridos de cerdos degollados, hasta que mamá Marie-Odile llega para calmarlos. Es la ventaja de vivir a tres manzanas de aquí. En ocasiones, cuando estoy demasiado cansada para levantarme, los dejo gritar, pero la mayoría de las veces no puedo soportarlo y vengo para que se callen. Al principio, como podrá imaginarse, probé de todo. Dejarles la luz encendida, acunarlos en los brazos, cantarles una nana, tratar de razonar con ellos, pero no había nada que hacer. Y, puede creerme o no, pero lo único que llega a calmarlos es la caricia del pincel. Les trae sin cuidado el color. El color es la última de las preocupaciones de estos encantos. Ya puedo aplicarles rojo, azul o amarillo verdoso, que lo único que les importa es que les acaricie el gorro con la punta de los pelos de las brochas y solo así cesan sus lloriqueos. El mejor es el pelo de marta. El pelo de marta es radical, apacigua hasta a los más histéricos. Una vez pintado el gorro, se quedan tranquilos como angelitos y callados como un muerto.

Xavier sonrió. Jamás Mô había pronunciado tantas palabras de una vez.

—A mi edad, hace mucho tiempo que ya habría podido dejar de trabajar, no le quepa duda, pero ¿quién se ocupará de ellos el día que yo me vaya? ¿Una chica que venga a las nueve de la mañana, los pintarrajee hasta las seis de la tarde con la música a toda pastilla en los oídos y se vuelva a su casa al caer la tarde, importándole una mierda que los que tengan todavía virgen el gorro se pasen la noche arrancándose las cuerdas vocales esperando a que alguien decida venir a rematarlos? No, no puedo abandonarlos y, mientras tenga fuerzas, seguiré ocupándome de ellos, será lo mejor.

Xavier sacó el gnomo del portabebés y lo puso sobre la cinta transportadora en medio de sus congéneres. El enano sobresalía por encima de

ellos en más de una cabeza.

—Marie-Odile, permítame que le presente a...

No tuvo tiempo de acabar la frase.

—¡Un Número 8! —exclamó la sexagenaria estrechándole el antebrazo con su mano enguantada y con la mirada brillante de emoción—. ¡Dios Santo, en qué mal estado se encuentra el pobre! Ven aquí, hijo mío, para que mamá Marie-Odile te mire el barro cocido más de cerca.

Sin pensárselo dos veces, la mujer cogió la pesada estatuilla y la apretó contra su generoso pecho.

—No soy su bebé —protestó el enano.

*Te guste o no, todos los enanos de jardín salidos de los talleres Frachon son sus bebés, hermano.*

—Joder, cómo huele a ajo, es horrible lo que apesta, colega.

La operaria no reaccionó. Podía oír los lloros de sus pequeños protegidos, pero parecía ser sorda a las palabras de Número 8.

—¿De qué año es? —preguntó Mô.

—De mil novecientos setenta y seis.

—El año de la gran sequía, me acuerdo como si fuera ayer. Las pasamos canutas como nunca, aquel verano. Entre la salida del molde y la entrada en el horno, la arcilla no dejaba de agrietarse, de lo seco y caliente que estaba el aire. Tuvimos que destruir toda la hornada del Número 8. Solo quedaron los mejores. Es curioso, ahora que lo pienso, es el único modelo que no he tenido que pintar y, sin embargo, es mi preferido. Nunca se habían visto enanos de jardín de este tamaño. Es una pena, estoy convencida de que con una buena mano de pintura, pero, ojo, de la esmaltada, no de esa aguachirle coloreado que nos obligan a utilizar hoy y que no aguanta la intemperie, los Número 8 habrían tenido todavía mejor aspecto.

Distraída, Mô daba vueltas al gnomo en todos los sentidos.

—Un buen azul Prusia para el gorro —suspiró ella profundamente—. Siempre me ha gustado el azul Prusia. Granate para el chaleco, un rojo coral

para el pantalón y para el verde de las botas algo más bien terroso y noble a la vez, un Veronés, por ejemplo. Y para la chaqueta, un amarillo marfil, que contraste mucho con el granate del chaleco. En cuanto al rosado de la cara, no veo más que un piel-de-ninfa, pero con un toque de rosa gragea.

—No dejes que me pinte —suplicó el afectado.

—No he venido aquí a que lo pintes, Marie-Odile —la interrumpió Xavier —, pero necesito que lo acortes.

—¿Acortarlo? ¿Por qué? ¿Ha hecho algo malo?

—Tenemos que tomar un avión para hacer un largo viaje y la compañía no le deja entrar en la cabina bajo pretexto de que es demasiado alto y de ninguna manera voy a permitir que vaya en la bodega.

—Un enano demasiado alto, es el colmo. ¡Qué pena tener que acortar un Número 8! ¿Y cuánto hay que amputarle a este amorcito?

—¡¡¡No soy su amorcito!!! —se desgañitó el enano.

—Si tenemos en cuenta el grosor del plástico de burbujas protector y la bolsa de viaje, yo diría que no debería medir más de cincuenta y dos centímetros máximo. Todo ello no puede superar los cincuenta y cinco, para que se acepte como equipaje de mano.

—No creo que mida más de cincuenta y ocho. La vida le ha cepillado bien la punta del gorro, a este chaval —observó la pintora.

—Yo no soy ningún chaval —se enfadó el gnomo frunciendo el ceño.

—Ven aquí para que te mida.

Mô echó a Número 8 sobre la cinta transportadora y lo midió con un metro que llevaba siempre enrollado en el bolsillo de la bata.

—Apenas cincuenta y siete.

Con los brazos cruzados, la anciana reflexionó un rato mientras contemplaba la estatuilla antes de pronunciar sus conclusiones.

—Tenemos dos soluciones: o bien abordar el problema por la base, suprimiendo la suela de las botas y una parte de los pies, lo que no sería muy estético y se correría el riesgo de debilitarlo, o bien cortar directamente el



gorro. Siete centímetros de un golpe. Meto la radial y esmerilo. Aprovecharía luego para remodelar la punta, aunque no quedaría para echar cohetes. Esta segunda solución permitiría conservar la etiqueta «Frachon» que tiene grabada en la suela de la bota derecha, todavía bien visible pese a su avanzada edad. De este modo nuestro Número 8 se iría con un sombrero digno de tal nombre y no con esta cosa descascarillada e informe que no recuerda a nada.

Mientras discurría, Mô había señalado con la punta de los dedos las diferentes partes citadas, como un cirujano que explicara a sus alumnos el desarrollo de una futura operación.

*¿Qué piensas tú, amigo? No todos los días un enano de tu especie tiene la oportunidad de que mamá Marie-Odile le remodele la punta.*

Silencio mohíno del enano.

—De acuerdo con lo del gorro —decidió Xavier.

—Venga, vamos a rebajar todo esto, es inevitable, cielito mío.

—Yo no soy su cielito —murmuró con voz cansada el cielito en cuestión, al que Mô llevaba ya hacia el banco de trabajo situado al fondo del taller.

Pasaron por delante de las fauces negras de los hornos, cuyos ladrillos refractarios no volverían a conocer nunca más el calor de una llama. Con pocos y decididos gestos, la colorista aprisionó la cabeza de Número 8 entre las mordazas del torno después de haber tomado la precaución de proteger las sienes del gnomo con unos tampones de caucho. Marcó con una tiza el sitio exacto en el que hacer el corte, puso en la radial el disco adecuado para ese material, se ajustó las gafas de seguridad y encendió el aparato. La radial se hundió sin dificultad en la arcilla y sajó de una pasada la extremidad del gorro. Con la pulidora, Mô empezó a rediseñar el cono original del sombrero. Xavier se tapó las orejas para no oír los aullidos de Número 8 que al silbido agudo de la máquina le costaba solapar. Diez minutos más tarde, la anciana liberó al condenado de la presión del torno que le apretaba la cabeza y se dispuso a barnizar su tierra amputada con ayuda de un paño aceitoso. Afónico

por todo lo que había gritado, Número 8 no era más que un cúmulo de hipos y resoplidos.

*¿Ves como no te has muerto? No te miento si te digo que tienes un aspecto magnífico.*

Sentada en su taburete, Mô prolongaba el instante pasando el paño una y otra vez por la cabeza arcillosa del gnomo sujeto sobre sus rodillas.

—Puedes decirle que deje ya de frotarme el gorro, está bien así —gimió el enano con voz ronca.

—Ya puestos, me gustaría pedirle que le pinte de nuevo la punta de la lengua —sugirió Xavier— para que recupere su color original. Yo la he reparado lo mejor que he podido, pero el gris contrasta demasiado con todo lo demás.

—No me atrevía a proponérselo —confesó una Marie-Odile entusiasmada—. No me llevará más que unos minutos.

La pintora rebuscó en sus cajones una carta de colores. Después de colocar a Número 8 bajo la luz blanca del taller de pintura, desplegó el abanico de tonalidades y lo acercó a la cabeza del enano.

—Un naranja combava, sazonado con una pizca de Siena, sería perfecto —concluyó ella antes de revolver entre los botes de pintura y las cajas de pigmentos para componer el colorido deseado.

Entonces, después de haber quitado el polvo de la cara del gnomo con un chorrillo de aire comprimido, Marie-Odile Doucet, colorista de la casa Frachon desde 1972, puso por primera vez en su vida el pincel en un Número 8.

—Jamás habría pensado que tendría este privilegio —balbuceó una Mô emocionada hasta las lágrimas mientras el gris de la punta de la lengua del enano se teñía de un castaño anaranjado bajo la caricia de los pelos de marta.

—*Me hace cozzquillaz* —se quejó el afectado.

*Venga, que puedes aguantar unas pocas cosquillas. Es el precio que debes pagar por recuperar tu tez original, querido amigo.*

—*¿Zardará muzzo en zecarze?*

—Mañana por la mañana la pintura se habrá secado, pero mientras tanto evite poner el dedo encima —aconsejó Mô como si hubiera oído la pregunta de Número 8—. Qué curioso —prosiguió la pintora—, no había reparado en que, desde que él está aquí, mis adorados enanos han perdido la voz. Es como si les impusiera respeto. Lástima que no disponga de uno a mano para ordenarles callar, sería maravilloso.

—Pero hay uno que solo está esperándola a usted, Marie-Odile, uno nuevecito y a dos pasos de aquí como mucho.

Dicho eso, Xavier fue a abrir la puerta del despacho con su juego de llaves y cogió el Número 8 que estaba en la estantería entre sus congéneres.

—Dumoulin no se dará ni cuenta. Tenga, es suyo. A este lo podrá pintar como le apetezca, si le da la gana —añadió él cuando ya se iba.

La última imagen que conservó de Mô fue la de una madre feliz que estrechaba contra el pecho a su recién nacido.

Xavier cruzó el vestíbulo del edificio sin tomarse la molestia de vaciar el buzón, que rebosaba de correo. El ascensor lo llevó hasta el quinto. El piso estaba sumido en la penumbra. Accionó el interruptor. La luz inundó cada rincón. Carente de riego y de claridad, el ficus había entrado en una lenta agonía desprendiéndose de una parte de su follaje. Las últimas indicaciones de Angie volvieron a sus oídos. Sobre todo no eches demasiada agua de una vez, había insistido ella, porque mataría las raíces. Al parecer, nada de agua lleva al mismo resultado, observó juiciosamente Número 8. Naranjas y plátanos se pudrían en el frutero que había en el aparador de la cocina. Cuando pasaba por el salón, Xavier se detuvo a la altura del cuadro colgado en la pared. La foto de gran formato databa de hacía más de quince años. Un abismo. La mujer, con tez resplandeciente, sostenía en los brazos al niño mofletudo. El hombre estrechaba entre los suyos a ambos mirando hacia la cámara con orgullo. Angie había querido utilizar los servicios de un profesional para inmortalizar su felicidad. Casi una hora posando en un estudio fotográfico para captar la imagen luminosa de esa familia endomingada rebosante de dicha. Pelo bien peinado, sonrisas radiantes, bigote recortado meticulosamente en el hombre, cuidado pero discreto maquillaje en la mujer, cara rolliza en el niño, tanta perfección que confería a esa exhibición de felicidad una indecencia insoportable. Una foto digna de una campaña publicitaria para *Familia cristiana*, pensó Xavier con amargura. Tan solo una pelusa encima del hombro izquierdo del hombre, microscópico punto claro sobre el negro del traje, enturbiaba el conjunto de la composición. Una vez detectada, no se la veía más que a ella. Xavier no se reconocía en ese individuo de sonrisa idiota

realmente satisfecho de sí mismo, de su mujer y de su progenie. El marco contenía los retratos de tres seres desaparecidos, la imagen antigua de una familia congelada para siempre en papel argéntico, vestigios de un mundo ya en plena decadencia.

—¿Te olvidas de todos los buenos momentos, colega? Las sesiones de cine con Angie cuando estabais enamorados, la primera ecografía, los paseos por el parque, las carcajadas de Axel la primera vez que anduvo, los cumpleaños, las Navidades, la vez que Roby reconoció con la boca pequeña que tu vino de aguja de Borgoña valía tanto como su champán, ¿te olvidas de todos esos momentos? —le recordó amablemente Número 8.

No, Xavier no los olvidaba, pero había algo peor que el olvido. Sus recuerdos se habían necrosado, habían perdido el color. Como en el retrato de familia, no se distinguían más que las pelusas con una nitidez perfecta. Desde hacía algún tiempo, tan solo veía la vida a través de un prisma deformante que refractaba cada cosa y cada ser mostrando solamente su fealdad. Revolvió dentro de los cajones de la cómoda para buscar su pasaporte, comprobó la fecha de caducidad, se lo metió en el bolsillo de los vaqueros y a continuación entró en el vestidor para llenar de ropa la maleta más grande. Echó un último vistazo al piso antes de marcharse sin sentir nada más que un inmenso vacío. El lugar donde había vivido la familia Barthoux antes de que la grieta irrumpiera en su pequeña y ordenada vida se había convertido en un museo.

Dejó Clermont-Ferrand poco antes de la medianoche e invirtió unas tres horas en llegar a Orleans. Pasó el resto de la noche en su vehículo, aparcado en una de las calles adyacentes a la estación. La excitación de la partida se aplacó lentamente, dando paso a la somnolencia. El camión de la basura lo despertó muy temprano. Atravesó bajo la lluvia los quinientos metros que lo separaban de la inmensa marquesina acristalada de la SNCF. Abandonar el coche en aquella oscura callejuela y proseguir el viaje hacia París en un Intercity era el mejor modo de borrar pistas. Los vagones iban hasta los topes. Colocó la maleta en la parte superior y se empotró en un asiento plegable, con

Número 8 en una bolsa sobre las rodillas. En una hora, estaría en París. Una hora de balanceo mirando pasar el paisaje al otro lado del cristal empañado, entre pasajeros medio dormidos. Poco antes de llegar a la estación de Austerlitz, el móvil vibró en su bolsillo. En la pantalla aparecía el nombre de Angie bien luminoso. Se abrió paso hasta los lavabos y arrojó el teléfono en la taza del váter de acero inoxidable para luego, con el pie, pulsar el pedal de la cisterna. El hueco negro aspiró el aparato, que fue a chocar contra las vías un metro más abajo.

—¡Bravo, bonito gesto, qué delicado! —le dijo Número 8 cuando regresó al asiento.

Xavier no se molestó en justificarse. Cortar el último lazo que lo unía a su vida anterior era lo único que importaba, aunque debía reconocer que había maneras más elegantes de poner fin a unos años de vida en común que la de tirar por el váter el cordón que lo ataba a su mujer. En las islas Chatham no había cobertura, así que allí el móvil no le habría sido de ninguna utilidad. La víspera, había ordenado vía internet recuperar todos sus fondos disponibles para transferirlos a su cuenta corriente. Vaciar la libreta de ahorros, cancelar la cuenta vivienda y exprimir su fondo de pensiones no le había llevado más que unos pocos minutos. En ese momento disponía de cuarenta y cinco mil euros para satisfacer sus necesidades. Angie, por su parte, conservaba un plan de ahorro en acciones bien provisto gestionado por papá Roby, la propiedad de Alzon y el piso de Clermont, para lo que pudiera pasar. ¿Y qué puede pasar?, había preguntado Número 8. ¿La vejez, después de haber llorado hasta quedarse sin lágrimas por un marido volatilizado de la noche a la mañana? Menudo consuelo, colega. Tres vasos de whisky hasta arriba no habían sido suficientes para borrar el sentimiento de culpa metido en su cerebro por el enano.

En la estación de Austerlitz se subió a un taxi. Bordearon los muelles en dirección a las afueras. La última imagen que se llevaría de la capital serían esas barcazas que se deslizaban perezosamente por las aguas plateadas del

Sena. Cuarenta y cinco minutos más tarde, cruzaba las puertas de la terminal 2-E. El aeropuerto París-Charles de Gaulle era un hormiguero bullicioso de personas que se iban. Las inmensas cintas transportadoras engullían a los viajeros sin vaciarse jamás, hombres y mujeres yendo y viniendo en medio del guirigay reinante, tirando de sus maletas con ruedas o empujando carritos rebosantes de equipaje. En grupos de tres, unos soldados armados recorrían el vestíbulo y los accesos a paso indolente. Xavier se plantó bajo la pantalla luminosa de salidas. Aprisionado en la bolsa de viaje, Número 8 no dejaba de refunfuñar. El plástico de bolas a duras penas sofocaba sus acerbos reflexiones.

—¡Mira que dejarme rebanar el gorro para acabar envuelto como un caramelo! ¡Gracias por el regalo! Y encima no sé con qué pintura me ha untado la lengua la reina de las pintoras de enanos, pero le comunico al señor que me está picando mucho.

*¡La próxima vez será tu lengua la que voy a rebanar, menudas vacaciones me esperan!*

Xavier estaba cansado, solo deseaba subir al avión para cerrar los ojos y dormirse. Aprovechó las tres horas de espera antes del vuelo para familiarizarse con el localizador GPS por satélite que había comprado el día anterior en Clermont, en una tienda de productos *high tech*. Un concentrado de tecnología no más grueso que una pastilla de jabón y que, según el vendedor, permitía detectar con precisión las coordenadas del planeta en las que se hallaba. Después de facturar el equipaje, franqueó el control de seguridad previo a la zona de embarque. Un paso por el detector de metales, un cacheo rápido, los brazos en cruz con palpación sucinta y radiografía del equipaje de mano. El gnomo no dejó de vociferar todo el tiempo que duró el paso por los rayos X bajo la mirada impasible del agente de aduanas. Las protestas se abatieron sobre Xavier en cuanto este recuperó sus pertenencias a la salida del túnel.

—¡Me rompen la lengua, me recortan, me lijan el gorro, me aprisionan en

una funda de plástico y, para colmo, me bombardean con rayos, ya está bien, que paren de una vez! ¿Qué será lo próximo? ¿Meterme toda la noche en un congelador? ¿Sumergirme en una cazuela de agua hirviendo? ¿Meterme una pluma de avestruz por el...?

*Ya vale, ¿no? ¿Has acabado con tus jeremiadas? ¿Nos podemos ir de una vez?*

—Es obvio que no es a ti a quien están martirizando el barro cocido.

*A lo mejor habrías preferido que te dejara pudrir en tu miserable jardín.*

—¡Al menos en mi miserable jardín, salvo por las cagadas de pájaro y las babas de caracol, no me atormentaban dos veces al día!

*No me hagas lamentar haberte traído conmigo, no tenía ninguna obligación de hacerlo. No olvides que puedo abandonarte cuando y donde me venga en gana.*

—Sabes muy bien que eres incapaz, necesitas demasiado a tu querido enano.

*Me pregunto quién de los dos tiene más necesidad del otro.*

Enseñó el pasaporte y la tarjeta de embarque a la azafata, que le deseó buen vuelo. La agradable temperatura que reinaba en el interior del aparato contrastaba con el frío de la pasarela. Xavier puso la bolsa, con Número 8 dentro, en el compartimento para el equipaje de mano que había en la parte superior de su asiento. Se abrochó el cinturón, se atusó el bigote con las dos manos y cerró los ojos. En el momento en que el avión dejaba atrás la pista, pensó en la grieta. Desde que se fue había debido de aumentar de grosor y ahondar más profundamente su surco en la fachada. Xavier hizo una mueca. La grieta crecía sobre el cadáver de Hélène Aspic como un ramo de ortigas sobre un montón de estiércol. ¿Estaba ya la fisura en el seno de aquella pared cuando Angèle y él compraron la casa? La voz de Número 8 llegó desde el compartimento de equipajes.

—Sí, colega, quizá en estado embrionario, pero ya estaba al abrigo de la parra esperando a que tú la descubrieras.



*Entonces ¿por qué he tardado tanto tiempo en verla, puedes explicármelo? Decenas de veces he comido en esa terraza mirando hacia la pared sin percibirla jamás.*

—Tal vez no estabas preparado todavía. Todos los hombres tienen una grieta esperándolos en alguna parte, una grieta propia, única y personal como su ADN. Y aunque la mayoría de la gente se pasa la vida sin darse cuenta de ellas, a veces ocurre que, de pronto, una mañana, suertudos como tú se dan de bruces con su falla y se ponen a cavilar, a cuestionárselo todo, a hacerse por fin las preguntas adecuadas que requieren súbitamente una clara respuesta, y poco importa que esas respuestas se hallen ocultas en el otro extremo del planeta, en una choza plantada en una isla batida por el viento en mitad de un océano embravecido. ¿Nunca te has preguntado la razón de todas esas desapariciones misteriosas jamás esclarecidas que suceden todos los años? Las grietas, colega, no hay que buscar más lejos: las grietas.

Xavier miró a su alrededor. Entre los doscientos cuarenta pasajeros a bordo del avión, ¿cuántos habían descubierto ya la suya? ¿Quién de sus compañeros de vuelo se había enfrentado con su grieta? ¿Ese individuo de dos asientos más allá que estaba mordiéndose las uñas hasta hacerse sangre? ¿Esa joven del otro lado del pasillo que, con la cabeza echada hacia atrás, parecía abstraída en sus pensamientos? ¿Su vecina de la izquierda cuyos ojos enrojecidos delataban haber llorado? El auxiliar de vuelo que venía por el pasillo con su carrito interrumpió el devenir de su pensamiento y le preguntó en un tono jovial qué bebida prefería. Dio unos sorbos a una botellita de whisky admirando la masa algodonosa de nubes suspendida sobre la tierra. Siete horas y media más tarde, el avión aterrizó en Dubái para efectuar una primera escala. Estiraba las piernas en el área de tránsito esperando su vuelo a Sídney cuando alguien lo llamó.

—*Mister?*

Eran tres. Con su gorra atornillada a la cabeza, zapatos lustrosos, uniforme impecable, unos aduaneros de punta en blanco lo invitaron a que los siguiera

sin darle ninguna explicación. Lo escoltaron y lo hicieron entrar en una habitación minúscula, donde lo conminaron a sentarse. El tono era de firmeza; los rostros, severos. Un ventilador removía el aire.

—Parece un mal *remake* de *El expreso de medianoche*, colega.

El comentario del enano pretendía ser gracioso, pero el temblor que afloraba con cada palabra apenas ocultaba su angustia. Confinado en ese reducto, Xavier sudaba la gota gorda como el protagonista de la película. Un sudor de culpable. Su equipaje de mano intrigaba a las autoridades locales y los tres cancerberos deseaban saber un poco más sobre el origen de su contenido. Mientras que un primer agente sacudía sin contemplaciones a Número 8 para comprobar que el cuerpo hueco no contenía ninguna sustancia extraña, un segundo agente tomaba asiento en el escritorio. Ruido de teclas, clics del ratón. Al cabo de una eternidad, el aduanero giró el ordenador hacia Xavier y le mostró la pantalla. Cientos de estatuillas pasaron delante de sus ojos, fotos de objetos de arte robados en todo el mundo y detallados en un fichero internacional. El tercer agente, que permanecía de pie a su lado, le tocó en el hombro y señaló a Número 8 con el mentón.

—*Pre-columbian civilization? Aztec? African?*

—*Sorry?*

Su *sorry*, pese al signo de interrogación que lo acompañaba, sonaba como un acto de contrición. El otro se inclinó y le babeó a la cara cada sílaba envuelta en un aliento de zorro.

—*Pre-co-lum-bi-an civ-i-li-za-tion, az-tec or af-ri-can?*

—*No, no. Garden gnome, Number Eight, Frachon factory* —respondió Xavier estupefacto.

Aquellos individuos no parecían querer comprender, repetían en bucle uno tras otro la misma pregunta, cada vez más amenazantes.

—*Pre-columbian civilization? Aztec? African?*

Y él se desgañitaba.

—*It's a mistake. Garden gnome, only garden gnome.*

Al borde de un ataque de nervios, le pidió al que parecía de mayor graduación entre ellos, que no el más avisado, autorización para escribir en el teclado. La aparición en la pantalla de decenas de enanos de jardín después de que hubo tecleado el nombre de Frachon en el buscador acabó por despejar las dudas y fue acogida por las carcajadas de sus interrogadores, quienes le devolvieron sus pertenencias y lo dejaron marchar con un lacónico «*It's okay*».

—¡Menudas sacudidas! —refunfuñó el enano una vez metido de nuevo en la bolsa—. Anda, colega, dime que no tengo pinta de antigualla.

*Considéralo un honor, amigo. No conozco a muchos de tus congéneres que sean capaces de hacerse pasar por una obra de arte precolombina.*

El vuelo entre Dubái y Sídney fue interminable. Nueve horas clavado en el asiento, dormitando entre dos bandejas de comida, dos botellitas de alcohol, dos películas, todo ello acompasado por los lamentos de su compañero. Después del frescor artificial de la cabina climatizada, el horno de la pista australiana fue como una bofetada de calor al descender del avión. Tras esa segunda escala, más otras cinco horas suplementarias de vuelo, llegaron a Auckland. La entrada en Nueva Zelanda no requería visado para una estancia turística de menos de tres meses. Al día siguiente, un último saltito por encima de las aguas azules del Pacífico sur los llevaría a su destino. Al día siguiente, la isla Chatham se convertiría en mucho más que una simple incisión hecha por una aguja de punto en un globo terráqueo de cartón.

La metálica y ventruda panza del viejo Douglas DC-3 de la compañía Air Chathams brillaba en medio de la pista. Al contrario que en los aviones de línea modernos, el interior de la carlinga era espacioso. El tapizado de los asientos, la moqueta del suelo y las cortinas de las ventanillas daban al conjunto un toque retro agradable. Xavier se sentó en uno de los veintitrés asientos con que contaba el aparato. El bimotor a hélice dejó Auckland bajo un cielo límpido. En cuanto el avión estuvo en el aire, el piloto informó a los pasajeros de la eventualidad de tener que dar media vuelta si la nubosidad, demasiado baja sobre Chatham, no permitía un aterrizaje en buenas condiciones. Los habituales de la línea entre la quincena de ocupantes protestaron. La azafata sonrió y alzó los hombros como para excusar una broma de mal gusto. A Xavier ese aviso le pareció completamente injustificado, a la vista del tiempo espléndido que reinaba fuera, y se quedó perplejo hasta que el avión atravesó las primeras nubes una hora más tarde. Nubes cada vez más densas que se apoderaron del azul del océano para crear una masa informe. La lluvia empezó a golpear el fuselaje con violencia. Sacudido en todos los sentidos, el aparato luchaba contra el viento en medio del estruendo de los motores forzados al máximo. Con la cara pegada a la ventanilla, Xavier solo veía allí fuera la niebla espesa que se había cerrado sobre ellos.

—Un último saltito, muy buena metáfora —gruñó el enano ubicado encima de su cabeza—. ¡Llevan una hora jodiéndome los putos saltitos! ¡Estoy hasta el gorro de las montañas rusas! ¿Cuándo va a parar este tiovivo, puedes decírmelo?

*La gran atracción de feria para el pequeño enano de feria, no durará mucho.*

El gnomo no tenía el día para aguantar las bromas de su compañero de viaje.

—Y llaman a este clima *subpolar oceánico*. ¿Por qué no lo llaman simplemente *tiempo de mierda*? Sería lo más claro para todo el mundo. ¿Y en qué montón de chatarra estamos volando? ¿Y quién conduce, Douglas Fairbanks?

*De un avión no se dice quién conduce, sino quién pilota, querido.*

—¿Y manejar una plancha como esta cómo se dice, señor Tocahuevos? ¿Tienes la menor idea?

Xavier dejó al enano con su mal humor y centró su atención en la tempestad que hacía estragos fuera. ¿Qué iba a encontrar al otro lado de esa oscuridad? La fatiga del viaje unida a las doce horas de desfase horario enturbiaban sus pensamientos. Se sentía tan vaporoso como las nubes que atravesaba. Mecido por las vibraciones de la cabina, dejó divagar la mente. Las tensiones que le habían paralizado los músculos y formado un nudo en el estómago al salir de París habían acabado por desaparecer. No se encontraba tan distendido desde hacía mucho tiempo, como si el vuelo de un hemisferio al otro lo hubiera liberado del yugo bajo el que él mismo se había sometido al cabo de los años. El DC-3 emprendió su descenso y penetró rápidamente por la capa nubosa. La isla apareció en medio de las olas. El aparato sobrevoló unas costas ribeteadas de espuma antes de iniciar un largo viraje sobre el ala por encima de las oscuras aguas de la laguna. El grueso bimotor tocó tierra después de dar una última sacudida y se detuvo justo enfrente del único barracón que hacía las veces de oficina aeroportuaria. La lluvia fustigó a los pasajeros al salir de la cabina. Xavier cruzó la pista a la carrera para ir a resguardarse bajo el pórtico de cristal. Varios vehículos aguardaban con el motor en marcha y los faros encendidos. Un tipo enorme con bermudas y chubasquero amarillo se apeó del 4×4 de mayor tamaño y se reunió con el grupo, saludando al pasaje y a los

empleados del aeropuerto. Enunció para la galería una serie de nombres entre los que Xavier creyó reconocer uno que se parecía un poco al suyo.

—*Mister and Misses Vanderhoven? Motel Route Sixty Six, welcome.*

—*Mister Debuyer? Motel Route Sixty Six, welcome.*

—*Mister Batrou?*

—...

—*Batrou, nobody?*

—*Barthoux, yes, it's me.*

—*Motel Route Sixty Six, welcome.*

Apretón de manos a la vez viril y caluroso. El hombre, de unos sesenta años, les dijo que se llamaba Akahata, pero que podían llamarlo Bobby, era más fácil para todo el mundo. Los nombrados fueron invitados a tomar asiento en el Land Cruiser en cuyos laterales estaba impreso el nombre del establecimiento hotelero. Cuando compró el billete de avión, Xavier también mandó reservar por la agencia un paquete de siete noches en el U. S. Route Sixty Six, el único hotel de Waitangi. Una semana estaría bien para buscar y encontrar un alojamiento algo menos oneroso que una habitación individual a ciento veinticinco dólares neozelandeses la noche.

Una vez cargados los equipajes en el maletero, Akahata alias *Bobby* se puso al volante y se quitó la capucha del chubasquero, dejando ver a todo el mundo el tatuaje de líneas oscuras entrelazadas que le recorría la mejilla y se le perdía por el cuello. El vehículo salió hacia la carretera desplazando grandes chorros de agua. Sentado en la parte de atrás, Xavier limpió con una mano el cristal empañado para ver el paisaje pese a la mala visibilidad. Bordearon la laguna interior durante cinco kilómetros antes de tomar la carretera de la costa que llevaba a Waitangi. A la derecha, el Pacífico agitado lamía el cielo gris con la cresta de sus olas. Los golpes de mar se abatían sobre la playa en explosiones de espuma. A la izquierda, las tierras del interior eran un océano de verdura hecho de prados rodeados de cercas, salpicados aquí y allá de granjas y galpones. Cual inmóviles fantasmas

blancos a través de la cortina de lluvia, cientos de corderos pastaban en la hierba. Laderas boscosas se elevaban en algunas partes, deshilachando la bruma en franjas vaporosas que iban a morir a las praderas circundantes. Si no hubiera sabido nada del lugar en el que se encontraba, Xavier habría apostado que ese paisaje bucólico era irlandés. Acunado por el vaivén de los limpiaparabrisas y cabeceando a merced de los numerosos baches que cubrían la carretera, enseguida notó que la somnolencia lo invadía. Entre dos silencios, el conductor les explicó que la palabra *Waitangi* significaba en maorí «aguas que lloran», significado que no sorprendió a ninguno de los que iban en el coche y que tuvo el don de reavivar el mal humor de Número 8.

—«Aguas que lloran.» No me lo creo. ¿Por qué no mejor «Huida del cielo», que es lo que es? Por cierto, en el maletero de Bobby *el Indio* apesta a pescado. ¿Le gusta ir de paseo en su buga con una caja de arenques o qué?

Como si hubiera oído el comentario del gnomo, el conductor prosiguió su explicación diciendo que la pesca era, junto con la ganadería ovina, la principal actividad de la isla. El diálogo derivó luego hacia las razones de cada uno para viajar a ese agujero perdido. Los Vanderhoven eran una pareja de ornitólogos que quería estudiar de cerca las especies endémicas del archipiélago. El otro cliente, gran aficionado a la pesca extrema, soñaba con echar el anzuelo en ese rincón del mundo reputado en riqueza piscícola. Cuando le llegó el turno a Xavier, este respondió con la primera palabra que se le ocurrió: *artista*. Con la cabeza embotada aún por el desfase horario, lo había dicho sin pensar, como podía haber dicho turismo, comercio o afinador de castañuelas.

—¿Artista de qué?

Todos estaban pendientes de su respuesta. Incluso Número 8 se puso de parte de ellos y repitió la pregunta de Akahata.

—Eso, colega, ¿artista de qué?

*Más te valdría ayudarme. ¿Qué puedo decirles? ¿Pintor, escultor, músico?*

—¿Sabes algo de música?

*Salvo algunas nociones de flauta que adquirí en tercero de primaria con la señora Schillinger, ni idea.*

—¿Has esculpido alguna vez?

*Jamás desde las morcillas de plastilina del parvulario.*

—¿Pintura?

*Me ponía a repasar el francés del bachillerato durante las clases de artes plásticas.*

—Entonces di que eres escritor. Todo el mundo es escritor hoy en día. No se necesitan conocimientos especiales, ni instrumentos ni material específico, salvo una pluma y un cuaderno. Da prestancia, eso de escribir, supone imaginación. Sin contar que, con tu pinta de darle a la absenta cada dos páginas, eres una auténtica caricatura ambulante del artista atormentado. Escritor, colega, se lo tragan seguro.

—Escritor. —Xavier lo soltó como una exhalación.

El conductor verificó por el retrovisor que el pasajero de atrás tenía el aspecto correspondiente a ese empleo. Escritor, evidentemente. Ni él ni los demás consideraron necesario preguntar a Xavier qué tipo de libros se podía ir a escribir allí, el término en sí mismo bastaba para satisfacer su curiosidad. Desde el maletero se oía la risa del enano.

—Se lo han tragado enterito.

Cuarenta minutos más tarde llegaban a la aldea de Waitangi y sus trescientas almas. Bobby-Akahata prolongó el paseo hasta la salida del pueblo para mostrarles el puerto, que se limitaba a un simple espigón de cemento sobre unos pilotes y a una decena de contenedores oxidados pudriéndose en el muelle a la espera de unos hipotéticos navíos. Dio media vuelta y enfiló el 4×4 por un camino que quedaba más abajo de la carretera. El U. S. Route Sixty Six extendía su única planta sobre la línea costera. Con su fachada color crema y sus balcones de barandillas acristaladas separados unos de otros por unos paneles de madera oscura, el establecimiento tenía buen aspecto y



parecía reciente. La característica primordial de un motel es que ha de estar situado al borde de una gran carretera, pero el Route Sixty Six no era un motel propiamente dicho. Metido en un callejón sin salida, por delante de él no pasaba ningún vehículo salvo los de algunos pescadores locales. Encorvados para protegerse de las ráfagas de viento y de lluvia, los huéspedes se abalanzaron en el interior del edificio mientras el conductor descargaba el equipaje. Los recibieron Peter Fonda y Denis Hopper a lomos de sus Chopper. El inmenso póster de *Easy Rider* cubría toda una pared del vestíbulo. El motel era un concentrado puro de Estados Unidos. Un antiguo surtidor de gasolina lindaba con una reluciente *juke-box*. Dos grandes banderas estrelladas hacían de cortinas de entrada del restaurante. Montaba guardia la estatua de un indio a tamaño natural. El sombrero de plumas de águila que cubría la cabeza del siux atrajo como un imán a la pareja de ornitólogos.

—*Bald eagle!* —exclamó la mujer acariciando con la punta de los dedos las largas remeras.

—*Haliaeetus leucocephalus* —consideró a bien precisar su esposo.

En sus marcos acristalados, los retratos de estrellas cinematográficas y de todo tipo de personalidades, desde Marilyn hasta Hemingway pasando por Hendrix o JFK, componían un *patchwork* llamativo en las paredes de la recepción. Después de quitarse la capucha, Bobby metió su gran osamenta detrás del mostrador para comprobar las reservas y asignarles las respectivas habitaciones. Todas llevaban el nombre de un estado norteamericano. Ocho habitaciones, ocho estados. Y no cualesquiera, se apresuró a precisar el anfitrión con orgullo y a enumerar, con voz emocionada, los ocho estados que atraviesa la Ruta 66, de Illinois a California. Los Vanderhoven heredaron Arizona; Debuyer, Misuri. A Xavier le dieron Kansas. El papel pintado del pasillo reproducía billetes de un dólar hasta el infinito. Recorrió el trecho hasta la habitación bajo la severa mirada de varios miles de George Washington. Kansas se encontraba en la planta baja y daba a la parte de atrás del edificio con vistas a un terraplén verdoso. En la exigua habitación había

una cama individual. Una mesa estrecha hacía las veces de escritorio. Sin tele. Cuarto de baño compartido en el pasillo. Una celda de cartujo a ochenta euros la noche. Lejos de molestarlo, esa dureza espartana le encantaba. No había ido allí a hacer turismo. Agotado, se tumbó en la cama. Casi treinta y cinco horas después de haber abandonado Francia, había llegado por fin a su destino. Le entraron ganas de ir enseguida a echar un vistazo a la zona de Maipito Road, pero los efectos de la diferencia horaria prevalecieron por encima de todo y se sumió en el sueño tal cual estaba vestido, sordo a los llamamientos de Número 8, quien, aprisionado todavía en la bolsa, le enviaba andanadas de improperios una tras otra hasta agotar sus conocimientos léxicos en materia de palabras malsonantes.

Xavier se estiró, abrió un párpado y se enderezó rápidamente apoyándose en el cabecero de madera de la cama, espantado por la visión del jugador de béisbol que, bate en mano y bien plantado sobre sus piernas, lo miraba fijamente. Necesitó varios segundos para comprender que un insignificante póster acababa de meterle un susto de mil diablos. Bill Forster, el más célebre lanzador que Kansas había conocido en toda su historia, según se podía leer en la parte superior del cartel, no le quitaba ojo. Demasiado agotado la noche anterior, Xavier no había reparado en la silueta de papel cuché a tamaño natural que había pegada directamente en la puerta. Tampoco había visto que los motivos que figuraban en la colcha eran los colores del Wichita State Athletics ni que la pantalla de la lámpara imitaba la forma de una gorra. ¿Qué habrían hallado los Vanderhoven en su cuartucho de Arizona o el pescador en su Misuri? ¿Quizá un cartel con la efigie de los Diamondbacks de Phoenix claveteado con chinchetas en la puerta del armario? ¿O un jugador de fútbol americano de los Tigers de Columbia? Descorrió las cortinas. El agua de lluvia formaba una cascada de barro que caía por el terraplén hasta la entrada del motel. ¿Cuánto tiempo había dormido? No podría decirlo. Tampoco podría decir cuál de esas tres causas, si la luz del día que se filtraba por las cortinas, el hambre que le agujereaba el estómago o los gemidos que provenían de la bolsa a los pies de la cama, lo habían despertado. Quizá sencillamente habían sido las tres a la vez. Liberado de su prisión, el gnomo, como era su costumbre, se sumió en un silencio mohíno. Tras una ducha reparadora, Xavier, acompañado de Número 8 colocado en el portabebés, se dirigió al comedor. El letrero colgado del picaporte era un mal augurio. CLOSED. Las

imágenes soñadas de huevos revueltos con beicon y tostadas que había creado su imaginación mientras iba por el pasillo se desvanecieron de repente. La recepción estaba desierta. Dispuestos en abanico sobre el mostrador, varios ejemplares de un folleto invitaban a la lectura. El desplegable contenía, además de un plano de la isla, los negocios del pueblo, que eran en total cuatro. El motel, un banco, una oficina de correos y un supermercado. Las mismas borrascas y chubascos de la víspera recibieron a Xavier cuando salió del U. S. Route Sixty Six y los quinientos metros que lo separaban del súper bastaron para empaparlo de los pies a la cabeza. Traqueteado contra su pecho, el enano recobró el habla mientras franqueaban la puerta de la Waitangi Store.

—Ah, qué bien huelen las aguas que lloran de Bobby *el Indio*, ¿verdad, colega?

*¿De dónde te has sacado que es un indio?*

—Perdona, pero cuando uno se llama Akatata-no-sé-qué y tiene media cara atiborrada de tinta china, para mí es lo que viene siendo un indio.

*Los maoríes no tienen nada que ver con los indios.*

—Maorí, siux, apache, aborígen, lo mismo me da que me da lo mismo, señor Sabelotodo.

Aún con las greñas y la barba chorreantes de agua, Xavier recorrió los pasillos en busca de galletas y zumo de frutas. Los pocos clientes que había lo escanearon de arriba abajo. Uno de ellos sonrió, moviendo la mano derecha en el vacío como si imitase el gesto de alguien que escribe. En la sección de ropa, algunas camisas de manga corta y camisetas se balanceaban en sus perchas como espectros por el aire de los ventiladores del techo. Justo debajo, una mesa se hundía por la acumulación de impermeables para la lluvia empaquetados en bolsas de plástico.

—En vista de la ropa que se vende aquí, no es difícil comprender que los chubascos son mucho más temibles que las insolaciones —ironizó el enano—. Entre la larga estación de las lluvias y la pequeña estación de las tormentas, no deben de ver mucho el sol, los nativos.

Xavier escogió un chubasquero amarillo y se proveyó de un par de botas de goma. Al pasar por las bebidas, a falta de su habitual Jack Daniel's, se hizo con un mal whisky con el que amenizar las veladas sin tele en el hotel.

—*You are the writer?*

La cajera de la Waitangi Store lo miraba con sincero interés. *The writer*. La palabra sonó agradablemente en sus oídos. Acababa de descubrir que, llevadas por el viento, las noticias se extendían con rapidez por una isla como Chatham. Raro sería ya que hubiera alguien que no supiese que el cliente de la habitación Kansas del U. S. Route Sixty Six era novelista, que la pareja de la Arizona estaba enamorada de los gorriones y que el de la Misuri era un gran pescador a los ojos de Dios.

—Usted es el escritor francés —insistió la joven, que había pasado de la lengua de Shakespeare a la de Molière.

—Sí, yo soy —confesó él a regañadientes.

Ella sonrió. Ser novelista excusaba el hecho de pasearse con una estatuilla que chorreaba agua de lluvia dentro de un portabebés, excentricidad que encajaba perfectamente con la idea que ella se había hecho de un escritor.

—¿Con pluma o en el ordenador?

—¿Perdón?

—Que si escribe con pluma o en el ordenador.

—Más bien con pluma.

—¿Y cuándo escribe? ¿Lo hace durante el día o más bien por la noche?

—Pero, ¡por Dios, esta chica es todo un cuestionario andante! —se indignó el enano ante la avalancha de preguntas.

—Noche —confesó Xavier después de pensárselo.

Respuesta tras respuesta, ahondaba en la mentira. Lejos de ser desagradable, el ejercicio le resultaba facilísimo, le bastaba con elegir la que más le convenía de entre la lista de respuestas que le proponía su interlocutora.

—¿Y qué escribe usted?

—Libros.

—No te está preguntando si escribes guías telefónicas, colega.

La risa franca de la joven no era nada burlona, sino comunicativa. Una risa de niña.

—¿De ficción, policíacos, de historia, biografías?

—Ficción.

—¿Qué libros ha escrito, si no es indiscreción?

Pregunta directa que lo cogió por sorpresa. Xavier tragó saliva y ocultó su pánico tras una débil risita.

*¿Qué digo, tío?*

—Negro, di que eres un negro. Y que, como tal, no puedes contar nada de la obra, pues corres el riesgo de desvelar el nombre de quienes te la han encargado. Ya verás como lo de negro le gusta. Hay algo de misterio detrás de todo eso, misterio que va a enriquecer tu personaje sin que tengas necesidad de abrir la boca.

Después de haberse asegurado de que no hubiera ningún oído indiscreto a su alrededor, Xavier reveló a la joven su estatus de autor anónimo que vive a la sombra de los grandes nombres.

—*A ghost writer!*

Había pronunciado la frase con respeto, como si serlo rayara en lo sagrado.

—Para llamar a la inspiración, ¿no? —bromeó la cajera mientras escaneaba el código de barras de la botella de whisky.

El alcohol formaba parte del disfraz de escritor. Puso una sonrisa cómplice.

—El genio está en la botella, siempre y cuando puedas releerte.

—Son setenta y seis kiwis, señor Escritor Fantasma. Disculpe que no tengamos demasiadas cosas en los estantes, el barco debe proveernos este fin de semana, si la tormenta tiene a bien calmarse.

—Habla usted francés de maravilla —la felicitó Xavier.

—Madre suiza francófona y padre neozelandés. De Suiza he heredado, además del gusto por el chocolate, el gusto por el idioma. Y si necesita usted

una intérprete, no dude en llamarme, puedo liberarme sin problemas.

—Gracias, lo pensaré —prometió cogiendo la vuelta.

Sacó el impermeable amarillo sol del envoltorio y se dirigió a la salida. La flamante nueva vestimenta desprendía un olor a plástico que mareaba.

—Me llamo Legna —añadió ella a sus espaldas cuando él ya había pasado el umbral del supermercado.

Xavier se dio la vuelta y le dijo su nombre a través de la cortina de lluvia.

—Las chicas de por aquí en absoluto son como el clima local —constató el gnomo.

Legna, curioso nombre, pensó Xavier emprendiendo el camino al hotel.

—Todo lo contrario que Angèle —recalcó Número 8.

El enano tenía razón. Si Angèle era más bien flaca con el pelo rubio, los ojos azules, una piel blanca y una boca estrecha, esa joven, con su cabellera negro azabache recogida en una coleta, su frente ancha y despejada, sus ojos almendrados color avellana extendidos sobre unos pómulos bien delineados, su piel morena y sus labios ligeramente carnosos, era físicamente todo lo opuesto. Sus formas generosas transmitían tranquilidad.

—No me refiero al físico, me refiero al nombre —se irritó el gnomo.

*¿Cómo que el nombre?*

—Digo que su nombre es el inverso de Angèle.

*¿Cómo que el inverso de Angèle?*

—Legna leído al revés, ¿cómo se pronuncia, según tú?

La revelación lo dejó temporalmente estupefacto. El aguacero crepitó sobre la capucha del impermeable como si la lluvia quisiera que las palabras penetraran así mejor en su mente. LEGNA, ÁNGEL.

—A cada haz, su envés, colega.

Reanudó la marcha, pensativo. ¿Sucedería lo mismo con todos los habitantes de Alzon? ¿Existiría en esa isla un doble inverso de cada uno, algo así como el negativo de una foto en la que lo blanco se vuelve negro y lo negro blanco? Y de ser así, ¿a quién podría corresponder su propio negativo?

—La casa en Maipito Road, colega. Si existe un negativo de Xavier Barthoux en la Tierra, me da a mí que es ahí donde debe de estar y no en ninguna otra parte.

En las inmediaciones del motel, Xavier se detuvo por segunda vez. La lluvia difuminaba la luz del frontispicio, dibujando un halo brillante en cuyo centro relucía el rótulo del establecimiento. ROUTE 66. Se estremeció. Le vino a la memoria el cartel a la entrada del pueblo, en Alzon. D-999. La voz del enano se le metió por debajo de la capucha, más ronca que nunca.

—A cada haz, su envés, amigo.



Sin tomarse el tiempo de quitarse la ropa mojada, Xavier engulló un paquete de galletas entre dos vasos rebosantes de zumo de frutas. Una hora más tarde, ya saciado, embutido en ropa seca y con el lastre de barro cocido pegado al vientre, abandonaba la habitación. Número 8 no dejó de insultar al jugador de béisbol que les cortaba el paso en la salida.

—¡Apártate de nuestro camino, Bill de mierda!

Bill de mierda, con la espalda adosada a la hoja de la puerta, se apartó.

Akahata estaba inmerso en la lectura, acodado en el mostrador de recepción. El ejemplar de la novela *El viejo y el mar* que tenía en las manos había conocido días mejores. Al llegar el huésped, depositó con delicadeza una enorme pluma de albatros entre las páginas y alzó la cabeza. Con el pelo recogido en una apretada coleta, una gorra de visera larga en la cabeza, su fuerte torso cubierto por una camiseta de tirantes talla 3XL, todo en él rezumaba a la vez tranquilidad y relajación.

—Lo he leído docenas de veces, pero nunca me canso —confesó el gigante tatuado, como si se excusara.

Las numerosas páginas con la punta doblada y la cubierta medio rasgada del libro daban fe de sus palabras.

—¿Le gusta la Kansas?

—Es perfecta —mintió Xavier.

Habría preferido una habitación un poco más amplia que diera a otra parte que no fuese un terraplén herboso chorreante de barro.

—Kansas no es pequeño precisamente, como bien sabe usted. En cuanto a grandiosidad, no hay nada mejor. Campos infinitos a ambos lados de la 66

durante millas y millas. Trigo hasta donde se pierde la vista. Hay que verlo para creerlo. Un océano de espigas ondulando al viento bajo el ardiente sol del Medio Oeste, extensiones que dan vértigo.

El acento del hotelero se había suavizado al evocar esa región de Estados Unidos. Las palabras parecían mascadas en una tonalidad más baja, la pronunciación, más grácil, y el rostro, iluminado por el encanto. Su mirada se perdió por un instante en el amarillo del chubasquero de su interlocutor. Se diría que se ausentó un rato para recorrer sobre su Harley unas cuantas millas de asfalto por las llanuras de Kansas antes de sacudir la cabeza y regresar a la recepción del motel Route Sixty Six.

—Jamás he visto unos campos tan grandes como esos —concluyó Bobby.

Aunque limitado en su inglés —como media, pillaba una de cada tres palabras—, Xavier lograba llenar los vacíos intuitivamente y sin esfuerzo, algo que le costaba hacer, en cambio, cuando tenía que mantener las entrevistas telefónicas con los americanos de Céramix. Aquí no tenía ninguna necesidad de conocer el significado preciso de cada término para comprender el sentido de la conversación.

—Quizá se deba a que lo que dice Bobby *el Indio* te interesa un poco más que el guirigay comercial de tus yanquis de Céramix —puntualizó Número 8.

—¿Va a salir con este tiempo? —se preocupó el hotelero.

—Solo voy a dar una pequeña vuelta por la zona de Maipito Road.

—Aparte de las vacas de la tía Adams, no sé muy bien qué podría encontrar usted por allí, ya me entiende.

—Necesidad de tomar el aire.

—Entiendo. Aire para la inspiración. Ernest también debió de tomar el aire más de una vez en su isla de Cuba para escribir su obra maestra.

Bobby-Akahata no se privó de un guiño.

Después de haber consultado una vez más el mapa de la isla, Xavier se encaminó con paso decidido en dirección a Maipito Road. En las inmediaciones del ayuntamiento, un indicador en forma de flecha dirigía su

punta hacia el suelo. Una mano hábil había grabado sobre la madera las siguientes palabras: ALZON 12.800 KILÓMETROS FRANCIA.

—¡No hay más que seguir la flecha y volver al punto de partida, colega. Si esto no es una señal, ya no sé lo que es! —exclamó el gnomo.

*No es una señal, amigo, sino un aviso para recordarme que existe el otro lado.*

Sonrió pensando en el pueblo cevenés y en sus ciento noventa almas sumidas en el sueño al otro lado del planeta. Pensó en la grieta, en cuánto habría debido de extender su red por todas las paredes, resquebrajando los ladrillos unos tras otros. Imaginó a la comadreja agazapada en el desván, acurrucada en torno al recuerdo de un huevo que se negaba a reaparecer. Mientras se alejaba del centro de Waitangi, las viviendas se hicieron cada vez más escasas. Pronto no hubo más que campos y un camino de tierra apenas transitable que de carretera solo tenía el nombre. El localizador del GPS por satélite metido en el bolsillo del impermeable palpitaba en su muslo al ritmo de su marcha. Por fin, la lluvia cesó. Se levantó el viento y este trajo la bruma. La tierra devolvía al cielo una parte de su agua, que se elevaba en fumarolas por el aire húmedo. Las gotitas en suspensión lustraban la piel de su cara, constelando su barba de diamantes líquidos. Avanzó mucho rato en medio de ese universo algodonoso, adentrándose cada vez más profundamente en el interior de la isla; sus botas pisaban un suelo reblandecido. Hollaba una naturaleza rebosante de vida que se le revelaba por pequeños sonidos a través de la niebla. Un crujido en las copas de los árboles, el piar de un ave que brota de una fosa cercana, el roce de las hojas de un matorral agitado por el vuelo de un pájaro o un vago mugido proveniente de los prados circundantes. Dejarse llevar y embriagarse mientras caminaba por la abundante naturaleza era algo agradable. Durante un tiempo, no habría sabido decir dónde se encontraba. Esa niebla espesa le hacía perder los puntos de referencia. Nada se parecía más a una niebla que otra niebla. La de Alzon, en uno de esos días primaverales, cuando los jardines colmados de rocío exhalan su bruma

matinal, podría confundirse perfectamente con esta de Chatham. Hélène Aspic se le apareció en medio de la grisura. Su silueta maciza y sombría flotaba sobre el suelo a la derecha del camino. Número 8 gritó. Desde que Xavier la había oído por primera vez, jamás la voz del enano había sonado tan aterrada.

—¡Un zombi! ¡Ha desgarrado el hule con sus dientes podridos, ha arañado la tierra de la bodega, ha seguido nuestro rastro, ha puesto su enorme culo descompuesto en el primer avión y ha llegado hasta aquí para comernos vivos!

*¡Para, para!*

El espantajo con mono azul erigido al borde del prado los había engañado completamente. Xavier echó pestes contra él. Si mal no recordaba, las imágenes vía satélite de Waitangi mostraban que la carretera, al cabo de una larga línea recta que desembocaba en una parcela forestal, se volvía sinuosa antes de ir a morir en el patio de una granja, detrás de la edificación de Maipito Road. La casa que él buscaba debía de encontrarse unos cien metros antes, justo delante de los primeros árboles, a la izquierda del camino. Reanudó la marcha. Menos de diez minutos más tarde y cuando la duda empezaba a anidar en él, vio la masa oscura y rectangular de una construcción. Pisó las altas hierbas empapadas que lo separaban de la caseta. Fijado sobre una tapia de piedra baja, un buzón oxidado abría su enorme boca a una pila de folletos publicitarios desteñidos por la intemperie. El corazón de Xavier se embolsó al ver el letrero plantado algo más lejos, entre la maleza. FOR SALE. Fue como retroceder varios años en el tiempo, cuando Angèle y él dieron con la casa de las Cevenas. Mismo estado de abandono, misma vegetación invasiva, misma caligrafía vacilante. Haz, envés. La casa de campo de Alzon tenía también su propio negativo aquí, en la isla Chatham. Pero la comparación se limitaba a eso, ya que esta casa era mucho más pequeña, dos habitaciones, tres a lo sumo, y no tenía planta superior. Las planchas que formaban la techumbre habían adoptado un bonito tono marrón anaranjado por el efecto de la oxidación. Las paredes estaban hechas de tablas sin desbastar, separadas en algunas partes. Su pintura blanca solo eran ampollas que se

pulverizaban bajo la presión de los dedos, como escamas de piel muerta, cuando se pasaba la mano por ellas. Los tres escalones de la escalinata de acceso chirriaron bajo su peso. El picaporte de la puerta de entrada se resistió. No insistió y pegó la cara a la ventana lo más cerca que pudo para inspeccionar las tinieblas que albergaba la cabaña. Volvió a ver a Angie hacer lo mismo catorce años antes, cuando ella puso la mano de visera sobre los ojos para escrutar las entrañas sombrías del chalé.

—Una casa prefabricada envejecida —dijo con menosprecio un Número 8 decepcionado—. ¿Valía la pena chuparse todo este viaje para terminar en un cuchitril como este?

*¿Qué te esperabas? ¿Una mansión, un castillo, un palacio con piscina? ¿Qué diferencia hay entre una casa prefabricada y una casa de arquitecto? Lo único que cuenta, lo único por lo que hemos venido hasta aquí, es lo que nos espera al otro lado de esas paredes de tablas, mi querido amigo.*

—Lo siento, pero aparte de ratones y gusanos, no se me ocurre qué otra cosa podría contener una ruina como esta. No me huele bien. Quizá nos hemos precipitado un poco con esa historia de las señales. Creo que lo mejor sería que regresáramos.

*¡Estás cagado de miedo, joder!*

Pese al estado de deterioro de la choza, el terreno dejado a su abandono y la persistente niebla, Xavier hallaba en aquel lugar un sentimiento de paz. Sacó de su bolsillo el localizador GPS y pulsó el botón de encendido. La pantalla se iluminó. Una vez establecido el contacto con el satélite, las coordenadas de su posición aparecieron de inmediato.

43° 57' 52.6174" S

176° 32' 57.6221" O

Con algunos decimales arriba o abajo, eran los mismos datos que los revelados por los cálculos que hizo en Alzon. La localización de la antípoda

de la grieta en el punto exacto en que entraba en el suelo de la bodega debía de estar muy cerca. Dio una vuelta alrededor de la casa, deteniéndose cada tres metros para consultar la pantalla. Todas las mediciones confirmaron lo que ya sabía: el sitio exacto que él buscaba se hallaba en el interior de esas cuatro paredes. El letrero plantado en medio del terreno atrajo su mirada una vez más. FOR SALE.

—¿No estarás pensando en eso, verdad, colega? —se sofocó el gnomo.

*Aunque no la compremos, quizá podamos ver si hay alguna manera de alquilar esta casa que tú llamas prefabricada, señor Viejo Chocho Gruñón.*

Y mientras encontraba de nuevo el camino de tierra mojada para volver a Waitangi, su risa se mezcló con los exabruptos de Número 8.

Las jeremiadas del enano solo cesaron al llegar al pueblo.

—Este clima no es bueno para mi barro cocido. Me resquebraja la arcilla. Mejor habría sido que me hubieras dejado en Alzon, habría podido envejecer tranquilamente a la sombra de mis rododendros mirando cómo la grieta terminaba su trabajo de destrucción y consolando a tu desconsolada esposa.

*Y dejarte dominar por la zombi que duerme en el sótano.*

—Te cagaste de miedo como yo, colega, confíésalo.

*También aquí podrías tener un bonito jardincillo como en el hemisferio norte.*

—¿Para que me caguen las gaviotas en el gorro y oiga mugir durante todo el día? ¡No, gracias! Encima, cuando el viento sopla, los campos apestan a vaca, y cuando viene del mar, atufa a pescado. Y a mí no me gustan ni las vacas ni el pescado.

*Ya que lo dices, hazme una lista de las cosas que te gustan, así ganaremos tiempo. A mí me gusta mucho esta cabaña. Hay algo en esas paredes, no sé todavía el qué, pero está ahí y sé que me espera.*

—¿Quieres que te diga lo que te espera? La desilusión, eso es lo que te espera, colega. La desilusión, los ratones y las fétidas cucarachas.

De vuelta en el hotel, Xavier pensó que ya iba siendo hora de tomar una verdadera comida. Su último plato caliente se remontaba al servido por la azafata en el avión entre Dubái y Sídney, un puré insípido acompañado de una materia rebozada en pan rallado, materia que él no había sabido determinar si se trataba de pollo o de pescado. Para alivio suyo, el cartel del restaurante ponía OPEN. La sala estaba en consonancia con el resto del hotel:

americanizada a más no poder, routesixtisizada hasta en los más ínfimos detalles. El bar, con los colores de Coca-Cola, extendía su barra varios metros ante un ejército de taburetes. La enorme concha de Shell Gasoline colgada del techo difundía una luz tenue. Encima de la puerta de la entrada, un parachoques brillante lucía su cromado. En el suelo, el embaldosado negro y blanco componía un damero gigante. Arrinconada al fondo de la sala, una monumental *juke-box* alternaba ritmos de rockabilly con otros de música country. Como era de esperar, Xavier contó ocho mesas. Sobre cada una de ellas, atornilladas a la madera misma, las matrículas de cada uno de los ocho estados. Saludó a los Vanderhoven sentados a la mesa de Arizona, leales a su habitación de adopción. Otros dos clientes comían en Nuevo México y un tercero en Oklahoma. Siempre malhumorado, Número 8 volvió con la copla.

—Ya no es que sea una pasión, esta manía que tiene tu Bobby *el Indio* de etiquetarlo todo en función de los estados por los que cruza la Ruta 66 es un trastorno obsesivo. Si el año tuviera ocho meses, seguro que él los habría rebautizado a su gusto. Navidad caería en Misuri, Semana Santa en Texas y el 15 de agosto se llamaría *15 de Illinois*.

La camarera que salió de improviso de la cocina con los brazos cargados de platos parecía de edad avanzada. La gorra de su cabeza recogía su pelo canoso. La blusa amarilla y la falda roja que cubrían su cuerpo menudo, los calcetines cortos blancos y las zapatillas deportivas le daban una pinta que habría podido parecer caricaturesca si no fuera por la mirada. Las pupilas, que brillaban como dos bolas de ágata en medio de la piel ambarina, hacían comprender enseguida a cualquiera que ella lo era todo menos una caricatura. Su frágil aspecto contrastaba con la energía que emanaba de su persona. Ella lo invitó a tomar asiento donde le pareciera bien. Él encajó sus posaderas en el escay del taburete californiano para serle infiel a Kansas al menos durante el rato de la comida. Liberada ya de los platos, la vieja sacó del bolsillo del delantal la carta del menú y se la pasó a él con decisión. El «gracias» de



Xavier se perdió en la estela de la camarera, ya engullida por las puertas batientes de la cocina.

—Muy buena elección, California.

Xavier se sobresaltó. Inmerso en la contemplación de la carta del menú, no había oído a Bobby llegar por detrás.

—Como bien sabe, California lo tiene todo —prosiguió el hotelero—. Sol, chicas guapas, Hollywood, Frisco, Los Ángeles, el parque de Yosemite. La Ruta 66 no se equivocó al concluir su trayectoria allí. Se reservó lo mejor para el final. Puedo asegurarle que verla sumergirse en el océano Pacífico por la punta del malecón de Santa Mónica a la hora en que el sol se pone es un espectáculo que no se puede olvidar. —El hombre hablaba de la carretera como de un ser vivo—. Sí, un espectáculo que no se puede olvidar.

Había repetido las últimas palabras mientras posaba su gran pezuña sobre el antebrazo de Xavier. Aún hubieron de pasar algunos segundos para que Bobby saliera de la playa de la Costa Oeste de Estados Unidos en la que había encallado.

—¿Avanza? —preguntó el hombre, de regreso de su travesía.

—¿Perdón?

—El libro, que si avanza.

—¿El libro?

Número 8 le recordó su estatus de escritor.

—¡Ah, el libro! Sí, avanza lentamente, *slowly*.

—¿Y se puede saber el título?

—*The Garden Gnome* —dijo al cabo de un breve tiempo de reflexión—, pero todavía no es definitivo.

Ignorando el ataque de tos del enano, le hizo partícipe a Bobby de su deseo de encontrar en la isla un pequeño rincón tranquilo para escribir, una especie de residencia de autor en alguna parte, lejos de todo, por un mes o dos. Le habló de la cabaña en venta que había visto por casualidad dando un garbeo por Maipito Road, precisamente el tipo de sitio que estaba buscando. ¿Sabía

él si había alguna manera de contactar con el propietario para proponerle alquilar dicha cabaña en vez de comprarla?

—¿La casa del viejo Howlett? ¿A quién se le ocurriría alquilar una casucha como esa —gesticuló Bobby—, que no tiene agua corriente ni electricidad?

—¡Lo que yo decía! —exclamó el enano—. Sabía yo que esto iba a terminar en plan paraíso salvaje.

—A un escritor en busca de inspiración, por ejemplo.

—El viejo tocachuevos de Caleb Howlett murió hace dos años, habría que hablar del asunto con su nieta —advirtió Bobby pensativo—. La encontrará en el banco, donde ella trabaja. Está abierto todas las mañanas de lunes a viernes, de las diez a las dos de la tarde, salvo el miércoles. Pero ármese de valor, si hay algo que la chica ha heredado del viejo Caleb sin duda es su carácter.

—Aka, deja trabajar a tu madre y deja de molestar a los clientes.

La camarera lo dijo apartando a su hijo sin contemplaciones.

—Mamá, te presento al señor Xavier Barthoux.

Y le sopló al oído: el escritor.

La madre de Bobby, gorra incluida, medía dos cabezas menos que su hijo. ¿Cómo una mujer tan frágil y tan pequeña había podido engendrar a semejante gigantón?

—Sí, ya, muy bien, pero tu escritor no me dice lo que come.

Ni un respiro con la señora. El seudoescritor consultó la carta, que se limitaba a dos platos, refrendados por sus respectivas fotos: *Fish and chips* o *Beef and chips*.

—Todo casero, salvo la cerveza —precisó la vieja.

—Budweiser —añadió, orgulloso, Bobby con la mirada chispeante—. La hago traer especialmente de Estados Unidos.

—A precio de oro —refunfuñó la vieja.

—*Mummy*, ya te he dicho miles de veces que no hay otra mejor. Y con el *fish and chips* es una delicia. Le sugiero que lo pruebe. El pescado frito de mi

madre es famoso en todo el archipiélago.

Xavier siguió su consejo. Pescado frito, cerveza y patatas fritas caseras, una avalancha de calorías que habría puesto histérica a Angèle.

—Mamá, al señor le gustaría alquilar la casa del viejo Caleb, en Maipito Road, ¿crees que será posible?

—¿No le gusta nuestro hotel? Porque en cuanto a confort, no va a encontrar nada mejor en aquella punta, y menos aún en la cabaña de El último de los moái.

—¿El último de los qué?

—*El Último de los Moái*. Es como lo llamaba todo el mundo por aquí.

—¿Por qué?

—Tiene que ver con las estatuas gigantescas de la isla de Pascua —explicó Bobby—. Caleb Howlett era el más eminente especialista en esas figuras, venían a consultarle desde todos los rincones del mundo, se pasó casi toda su vida estudiándolas antes de venir a acabar sus días en la isla Chatham.

—Más le valdría que se hubiera quedado con sus malditos moái, en vez de empeñarse en venir a despertar a nuestros fantasmas.

—Déjalo, mamá, eso ya es agua pasada.

—¿Usted también estudia las estatuas? —preguntó la vieja señalando a Número 8 con el mentón.

—Son el tema de su próximo libro, lo lleva para inspirarse —respondió Bobby en su lugar—. De postre, si le queda sitio, tome la tarta de manzana —le aconsejó antes de volver a la recepción.

El Último de los Moái. Xavier miró al enano, puesto a su lado en uno de los taburetes, y sonrió ante lo absurdo de la situación. Él y su enano de arcilla probablemente fueran a vivir a la casa de un individuo que se había pasado la vida rodeado de gigantes de piedra.

La tempestad que se había instalado sobre el archipiélago desde su llegada se había retirado durante la noche. Por la mañana, la brisa que soplaba de altamar había despejado el cielo de sus últimos restos nubosos. La luz cegadora asaltó las retinas de Xavier a la salida del hotel. Sentado en un banco frente al océano, Bobby terminaba la lectura de *El viejo y el mar*.

—¿Ha dormido bien?

—Como un lirón.

La excursión a Maipito Road de la tarde anterior, la comida hipercalórica y los dos vasos de whisky ingeridos antes de acostarse lo habían tumbado.

—Y con el desayuno que su madre acaba de servirme, no creo que vaya a quedarme con hambre.

—Siento mucho lo de la comida de mi madre, sé que quizá tenga demasiadas calorías, pero ella no sabe cocinar de otra manera.

—¿Qué edad tiene, si no es indiscreción?

—Cumple ochenta y dos este año y ni se le ocurre colgar el delantal. Mientras quede aceite en la freidora, seguiré, me contestó la última vez que me atreví a plantear el asunto. Siempre le oí decir a mi padre que era más terca que un medio melé de los All Blacks.

—Disfrute de la lectura.

—Salude a la nieta del viejo Caleb de mi parte.

Xavier dejó al hotelero con su sesión de pesca literaria y se dirigió al banco. Las siglas de ANZ Bank a la derecha de la entrada destacaban en letras blancas sobre un fondo azul, único indicio exterior de la presencia de una entidad bancaria. Al igual que el supermercado y que varias de las viviendas

que él había visto, la sucursal, que hacía también de oficina de correos, parecía más una casa prefabricada que un edificio de verdad.

—Seguro que un día encalló en los arrecifes de la isla un carguero lleno de *mobil-homes* y todos los paletos del lugar vinieron a por la suya —dijo Número 8.

Ignorando el comentario de su compañero, Xavier empujó la puerta. El interior era de lo más austero. En un rincón, dos sillas esperaban al cliente delante de una mesa baja sobre la que había algunas revistas. Una sola planta verde trataba de dar un poco de vida y de calor al ambiente. Nada más entrar, la empleada, ocupada detrás de la ventanilla, levantó la cabeza.

—Ya te habrás dado cuenta de que las chicas de por aquí son la viva imagen de sus garitos, tienen todas la misma cara.

El enano tenía razón. La cajera se parecía como dos gotas de agua a la joven de la Waitangi Store. Mismo pelo recogido hacia atrás, misma corpulencia, mismos ojos ligeramente almendrados.

—Buenos días, señor Le-Ghost-Writer.

Y misma voz.

—Buenos días... Legna, ¿verdad?

—Para servirlo.

—Banquera por la mañana, cajera por la tarde —bromeó él a modo de preámbulo.

—Este es mi verdadero trabajo. En la tienda solo sustituyo a mi padre los días en que él se ausenta para ir a Wellington. Y, dígame, ¿cómo va el libro?

La pregunta de moda en la isla últimamente.

—Lento, pero avanza.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Estoy buscando a la nieta del señor Howlett.

Al oír esas palabras, su interlocutora se puso a la defensiva. Lo traspasó con la mirada.

—No es que andemos escasos de Howlett por aquí, hay cinco o seis en la

isla. ¿A qué Howlett se refiere usted?

Percibió una punta de agresividad en la voz de la joven.

—A Caleb. Me gustaría hablar con la nieta de Caleb Howlett, al que llamaban *El Último de los Moái*.

—Apodo que él encontraba ridículo pero que le ha sobrevivido. ¿Y qué es lo que un escritor francés puede querer de la nieta de Caleb Howlett?

El tono no podía ser más suspicaz. Xavier empezó. Casi reproduciendo palabra por palabra la explicación que le había dado a Bobby, le contó su deseo de alquilar por una temporada la cabaña de Maipito Road. Al acabar su exposición, Legna se mostró más amable, sorprendida de que alguien pudiera hallar mínimamente interesante la casucha de su antepasado.

—Pronto hará dos años que está en venta —le confesó ella—, y en estos dos años nunca nadie ha pedido ni siquiera visitarla, pese a que el precio es más que irrisorio. He intentado convencer a mi padre de que la conserve, pero él no quiere saber nada de lo que tenga que ver, de una forma u otra, con su progenitor. Dice que no es bueno para los negocios. Aquí, en cuanto se pronuncia el nombre de Caleb Howlett, la gente tiene la manía de darse media vuelta.

Xavier recordó la mueca contrariada de Bobby y la animosidad de la que había dado prueba su madre al evocar a ese individuo.

—Sin querer parecer indiscreto, ¿qué hizo su abuelo para merecer un trato así?

—¿Que qué hizo? Tan solo remover el fango, eso hizo, así de simple, remover el fango.

—No se vuelve uno un apestado simplemente por remover el fango.

—Hay ciertos barro que más vale dejarlos en paz, incluso en una isla, o sobre todo en una isla. Menos de un año después de su llegada aquí, empezó a interesarse por el pasado de la isla Chatham. Ya sabe, los científicos tozudos como él no se paran nunca, siempre buscan un hueso que roer. Procedió de la misma manera como había hecho durante décadas con los moái. Diseccionó la

historia del archipiélago quirúrgicamente, auscultándola como nadie lo había hecho hasta entonces. Hurgó en el pasado, primero un siglo, luego dos, se interesó por los muertos sin preocuparse ni por un momento por los vivos. Levantó bloques enteros de olvido, liberó cosas que no debieron ser liberadas y las sacó a la superficie. Y no solo sacó un hueso, ah, no, sino un montón de esqueletos que muchos habrían preferido que siguieran enterrados. Pero no estamos aquí para hablar de mi abuelo, lo que a usted le interesa es su casa, no él. Si continúo, va a acabar por creer que está embrujada. Hablaré de su petición con mi padre cuando regrese de Wellington. Si usted quiere, puedo enseñársela hoy mismo a primera hora de la tarde, puedo buscar quien me sustituya en la tienda. Quizá cambie de opinión cuando la vea.

—Eso espero —musitó Número 8.

—A primera hora de la tarde, perfecto.

—Paso a recogerlo a eso de las dos y media, si le va bien. ¿Dónde se aloja? ¿En el motel?

—En el motel, sí. Por cierto, se me olvidaba, Bobby le manda un saludo.

—¿Cómo está el viejo Aka? ¿Sigue yendo y viniendo por su 66?

—Más que nunca. Ha debido de recorrerla más de una vez, para conocerla hasta ese punto. Qué relación más extraña mantiene con esa carretera, es casi obsesiva, habla de ella como de una mujer de la que estuviera perdidamente enamorado.

—Las historias de amor a distancia a veces son las más hermosas.

—¿A qué se refiere?

—Si se lo dijera, no me creería. En toda su vida, Aka no ha ido más allá de los suburbios de Portland. Jamás ha puesto los pies en Estados Unidos, y menos aún en la Ruta 66.

—...

—La Norteamérica de Akahata es la de los grandes espacios, la de Steinbeck, Jim Harrison, Hemingway, John Huston, James Dean, la del fotógrafo Robert Adams, la del pintor Edward Hopper, su Norteamérica es una

América forjada mediante los libros, el cine, la pintura, la música. Desde su primera juventud, ha robado de ahí lo que necesitaba, una pizca de literatura por aquí, una secuencia de película por allá, el estribillo de una canción, una foto, un cuadro, lo ha mezclado todo para crear un país imaginario más verdadero que la propia naturaleza que atraviesa la 66. Ha llegado a renegar de una parte de sí mismo, prefiriendo el nombre de Bobby que el de Akahata. Tiene sesenta y dos años, pero si le pregunta la edad, le responderá con la mayor seriedad del mundo que cumplirá sesenta y seis dentro de cuatro años. La Carretera lo posee hasta en el cálculo de su edad. Cuando murió su padre, lo primero que hizo Aka fue transformar el motel para convertirlo en la quintaesencia de esa Norteamérica fantaseada.

—¿Ninguna mujer ha logrado apartarlo de esa obsesión?

—Y no es que no lo intentaran. Además de ser uno de los mejores partidos de la isla, Aka era y sigue siendo uno de los más guapos. Todas las chicas del lugar, en un momento u otro, han tratado de deslizarse en su vida. Aunque la mayoría fracasó, algunas lo consiguieron, pero ninguna de ellas se quedó más de unos meses. La Carretera actúa como un veneno. Es una amante que lo quiere todo para ella y puede volverse loca. Solo una madre es capaz de soportar una locura así. La madre, por otro lado, ha terminado por abrazar la misma religión que su hijo, más por amor que por convicción. Forma parte del decorado en que se ha convertido el motel, hasta el punto de renegar de su verdadero nombre, Mikayla, por el de Rosie. La única solución que tiene, si no quiere perder a su hijo, es compartir su sueño, en vez de quedarse parada al borde de la carretera. Aka deja la isla Chatham solo una vez al año, durante las festividades navideñas, para pasar una semana en casa de su hermana, en Portland. Una semana rodeado de sus sobrinos y sobrinas, haciendo de Papá Noel, atiborrándose a pasteles y yendo a ver películas a los cines de la ciudad. Una semana alejado de su maldita Ruta 66, boqueando como un pez sacado de su pecera el tiempo de cambiarle el agua y que solo sueña con una cosa: volver a ella.



—Pero de todos modos debe de soñar con admirar con sus propios ojos los paisajes de los que habla con tanto entusiasmo, recorrer los ocho estados, codearse con sus habitantes, tocar con la mano el asfalto de la auténtica Ruta 66.

—No sé qué decirle. Si mañana usted le ofreciera la posibilidad de realizar ese sueño, Aka no la aceptaría. Claro que tampoco le daría el verdadero motivo de su negativa, encontraría una excusa falsa, se escudaría en la imposibilidad de cerrar el hotel, pretextaría que no puede dejar sola a su madre. Nunca le confesaría lo que sabe en lo más profundo de su ser: que la realidad mataría el mito, que haría volar en mil pedazos esa América que se ha construido con tanta paciencia durante toda su vida. Una realidad que podría incluso matarlo a él mismo.

La llegada de un cliente puso fin a la conversación.

—¿A las dos y media delante del hotel?

—La estaremos esperando.

—¿Estaremos?

Xavier dio unos golpecitos en el gorro de Número 8, gesto que dibujó una gran sonrisa en los labios de la joven.

—La verdad es que creo que al viejo Caleb no le habría desagradado que un escritor viniese a instalarse en su cabaña.

Xavier tomaba el sol sentado en un banco junto a Bobby. Frente a ellos, el Pacífico extendía sus aguas azules. A lo lejos, unos pocos barcos de pesca cortaban la superficie con sus estelas blancas. Con la mirada fija en el horizonte, el hotelero no paraba de hablar desde hacía veinte minutos. Su voz se confundía con el piar de los albatros que daban vueltas arriba en el cielo.

—El mejor momento para hacerlo es en invierno —prosiguió el grandullón—. Hay mucha menos gente en invierno. Desde luego, la temperatura no es la misma. Puede descender hasta cuarenta bajo cero en algunas cumbres de Nuevo México, pero los paisajes nevados valen la pena, ya lo creo. Una vez, el Chevrolet Camaro que había alquilado se averió cerca de Snowflake, que es tanto como decir en medio de ninguna parte. De lo que no hay duda es de que ese lugar no se llama así por nada. Menuda noche de frío y nieve me pasé esperando a que llegara la grúa. Y hablando de Nuevo México, si va, todo el mundo le recomendará el Blue Swallow Motel de Tucumcari, pero para mí no está a la altura de El Rancho, en Gallup. Allí dormían los equipos de rodaje. John Wayne iba con frecuencia. Además, en ese lugar se pueden encontrar los mejores sombreros de plumas navajos.

El tipo era inagotable. Verlo ilusionarse hasta el punto de engañarse a sí mismo tenía algo de patético. Al cabo de años de autoconvencimiento, había ido tan lejos en su delirio que vivía en la negación de su propia mentira. La llegada de la joven liberó a uno y a otro de la Ruta 66.

—Hola, Aka.

—*Hello*, Legna. Caramba, cada vez te pareces más a tu madre.

—Gracias, lo tomo como un cumplido.

—Puedes. Por algo fue Miss Chatham. Hasta que esa mierda de cáncer se la llevó, fue siempre la más bella de todo el archipiélago.

Por la veneración que brillaba en sus ojos, se adivinaba fácilmente que la Miss Chatham en cuestión no había dejado indiferente a Akahata en el pasado. Quizá incluso había formado parte de las que habían rodado un tiempo con él por su particular Ruta 66.

—¿Vienes a secuestrarme a mi huésped? Toma, para ti. Y dile a tu padre que siempre hay una Bud esperándole, si le apetece pasarse por aquí.

—Lo haré. Vamos, señor Escritor, la casa de Caleb Howlett nos aguarda.

A bordo de la *pick-up* de la joven, Xavier descubrió un paisaje que la niebla del día anterior le había ocultado en gran parte.

—Se ve mucho mejor que ayer.

—Lo de hoy es bastante inusual. Los primeros habitantes de la isla la bautizaron con el nombre de *Rekohu*, que significa «cielo brumoso» —explicó Legna.

—Esos tipos tenían un sagrado sentido de la observación —ironizó el gnomo, echado sobre las rodillas de Xavier.

—¿Nunca se desprende de ella?

—¿De quién?

—De la figurilla esa. ¿Siempre la lleva con usted?

—La necesito para mi libro. Es parte integrante de la historia y me sirve de inspiración tenerla a la vista.

—Tiene una manera extraña de sacar la lengua —constató la joven tocando con la punta del dedo índice la protuberancia de arcilla—. Parece un *tiki*.

—¿Un qué?

—Un *tiki*, una de esas esculturas de madera propias de la cultura maorí. También ellos tienen la molesta costumbre de hacer muecas sacando la lengua.

*¿Oyes eso, colega? Además de tener un careto de arte precolombino, tienes una cabeza de arte polinesio. A este paso, vas a terminar en el museo*

*del quai Branly.*

—¡La tía me ha tocado la lengua!

*Pues considérate afortunado de que una mujer guapa como ella se digne todavía a acariciarte el barro cocido.*

—He tenido a mi padre al teléfono toda una hora. Era más bien reticente a la idea de alquilar, pero después de haberle explicado que era mejor tener una casa ocupada por un inquilino que tener una cabaña en venta permanentemente vacía, ha aceptado. Con una sola condición: que pague el alquiler cada fin de semana y en efectivo. No quiere llenarse de papeleo.

—Ningún problema.

El trayecto no duró más que unos pocos minutos. La joven aparcó el vehículo entre la maleza. Los rayos del sol acariciaban la fachada oeste de la cabaña e iluminaban las chapas oxidadas de la techumbre. Poniéndose de puntillas, Legna cogió la llave que estaba colgada de un clavo encima de la puerta.

—No hay nada que robar aquí, salvo los recuerdos —le tranquilizó ella al ver su gesto de sorpresa.

Dentro, las planchas recalentadas por el sol difundían un agradable olor a madera. En lugar del cuchitril húmedo y sucio infestado de gusanos que había imaginado Número 8, descubrió un interior con encanto. *Salubre y cálido* fueron las palabras que le vinieron a la mente cuando franqueó el umbral. La joven se apresuró a correr las cortinas para que entrase la luz de fuera. Los cincuenta metros cuadrados de la casita se distribuían entre una pequeña cocina, un salón que también servía de despacho y un minúsculo cuarto de baño. Pegada al tabique del salón, una rudimentaria estufa de leña mostraba su panza ennegrecida. El estrecho catre había hallado su hueco junto a una pared cubierta de estanterías. El somier chirrió cuando él se sentó sobre el colchón para comprobar su consistencia.

—La ropa de cama se cambió un poco antes de que el abuelo falleciera. Si usted quiere, podría traerle unas sábanas.

—Me dijeron que no había electricidad —dijo Xavier contemplando la antigua tulipa suspendida en el centro de la habitación principal.

—Hay un pequeño equipo electrógeno que dejaré a su disposición. Es suficiente para alimentar las lámparas, los pocos enchufes y hacer funcionar la bomba que lleva el agua de la lluvia desde la cisterna hasta el grifo. En principio, esa agua no es potable, pero puede beberla sin problemas, mi abuelo la consumió siempre y no fue eso lo que lo mató.

—Sin querer ser indiscreto, ¿de qué murió su abuelo?

—De desilusión, creo yo. Eso acabó por matarlo, toda esta historia. Cáncer generalizado, nos dijeron los médicos. Pueden llamarlo como quieran, pero yo estoy convencida de que fue todo el fango que removió lo que acabó con él. Se creía tan duro como sus moái, pero cuando llegó, se enredó en el pasado de las islas Chatham y despertó fantasmas que se le fueron de las manos. Para algunos, Caleb Howlett era un héroe, para otros, un agitador peligroso.

—Pero ¿que encontró exactamente?

—Nada que pueda interesarle, se lo aseguro, pero si es el caso, todo está ahí, no tiene más que leer. Buena suerte —añadió la joven señalando con la mano los estantes combados por el peso de varias decenas de archivadores de anillas e innumerables cuadernos.

Asunto zanjado. Xavier no insistió. En medio de la alfombra que cubría la tarima del suelo presidía una butaca de cuero desgastado por el uso. En la mesa baja se podía ver la huella reciente de un vaso. Salvo eso, no había rastro de polvo ni de suciedad por ninguna parte. Los marcos de las ventanas lucían una limpieza llamativa en una habitación abandonada.

—Vengo al menos una vez por semana —le confesó la joven—. Aprovecho para hacer un poco de limpieza. Me gusta refugiarme aquí para leer o para soñar despierta. Recuerdo una ocasión en que vine a hacerle una visita, debía yo de tener unos seis años, y mi abuelo me pidió que aguzara el oído. ¿Oyes el silencio?, me dijo. El rumor de las olas nunca llega hasta aquí, ni siquiera cuando el viento sopla del oeste. Y si cierras muy fuerte los ojos y te tapas los

oídos, podrás oír el latido, me reveló aquel día. ¿El latido de qué?, le pregunté intrigada con apenas seis años. Del corazón del mundo, me respondió, acompañando su revelación con un guiño. Me lo creí durante mucho tiempo. Me pasaba largos ratos con los ojos cerrados y las manos pegadas a las orejas escuchando, fascinada, cómo latía en mis tímpanos un corazón que en realidad era el mío, pues a él pertenecían las palpitations de las que me había hablado mi abuelo.

Xavier, a quien un enano de jardín había llegado a convencer de que había percibido el rumor de las olas de la isla Chatham desde su sótano de Alzon, sonrió.

—Sobre el alquiler, mi padre me ha dicho que me las apañe y ponga yo misma el precio. ¿Qué le parecen ochenta dólares neozelandeses por semana?

Ni siquiera el precio de una sola noche en el motel. Aceptó en el acto.

—Eso supone el equivalente a unos doscientos euros al mes por tener derecho a vivir en una caseta de herramientas —observó Número 8, que en los últimos días se había convertido en un as de la conversión monetaria.

*Eres un tacaño.*

Su futura casera le propuso una reducción del alquiler si se sentía con valor para desbrozar el terreno, siempre y cuando la escritura de su libro le dejara tiempo para ello.

—Yo misma le suministraré las herramientas.

La proposición lo entusiasmó. No le vendría nada mal hacer un poco de ejercicio.

—Voy a presentarle a quien será su única vecina —le anunció Legna mientras volvía a colgar la llave en el clavo—. Vive en la última granja de Maipito Road, a doscientos metros de aquí. Ya verá, Eva es una anciana adorable, aunque a veces puede parecer un poco invasiva. Ella siempre se ocupó de mi abuelo, sobre todo en los últimos tiempos, y eso que, por su parte, él jamás tuvo la menor estima por Josh Adams, el difunto marido de

Eva, a quien trataba de viejo colono, un término que en boca de Caleb Howlett era el insulto supremo.

Las carcajadas del enano resonaron en sus oídos.

—Dejas una Hélène Aspic para caer sobre una Eva Adams, colega. No me sorprendería lo más mínimo que llevara una bata azul.

La viuda de Josh Adams no llevaba una bata azul, sino un delantal verde.

*¡Perdiste, amiguito!*

Era una mujer alta y delgada, puro hueso, a años luz del físico de su homóloga cevenesa.

—Sin querer poner en duda tus cualidades de tirador de élite, a esta parece un poco más difícil acertarle que a la buena señora Aspic —bromeó Número 8—. Tiene el grosor de un alambre.

Xavier se atusó la barba para contener el ataque de risa.

—Pregúntale a mamá Adams si cultiva calabazas y calabacines.

*¡Para!*

Legna hizo las presentaciones. La vieja los invitó a entrar para tomar una taza de té.

—Como la otra, una bebedora de tisanas.

*Mucha gente bebe té, listillo.*

—¡Eh! ¡Eva Adams, Adán y Eva!

*¿Qué es eso de Adán y Eva?*

—Aspic, la víbora. Adán y Eva, ¡la serpiente!

*Un poco traído por los pelos, ¿no, colega? Soy inmune a tus juegucitos.*

Legna declinó amablemente la invitación. Se hacía tarde y ella tenía que volver a trabajar en la tienda.

—No he querido hacerle pasar por la prueba del té de Eva el primer día —bromeó cuando estaban en el coche—. Como ya le he dicho, Eva es muy amable pero puede resultar agobiante.

La joven deseaba enseñarle la puesta de sol, que se metía muy pronto por el horizonte en esa época.

—Mi abuelo siempre decía que asistir a la primera puesta de sol en una isla es ya dejar un poco de sí mismo en esa isla.

Tardaron menos de diez minutos en alcanzar la carretera que bordeaba la bahía. Minutos en los que Xavier trató de persuadirse de que había soñado con el lunar que había observado justo encima de la ceja derecha de Eva Adams, el opuesto exacto del agujero que había causado la bala del rifle de 22 largo al penetrar en el hueso frontal de Hélène Aspic. Un nevus negro de una redondez perfecta. Y mientras miraba el astro desaparecer en las frías aguas del Pacífico sur, la frase pronunciada por Número 8 dos días antes en la Waitangi Store sonó de nuevo en su cabeza como una evidencia.

«A cada haz, su envés, colega.»



La fecha de traslado a su nuevo domicilio se fijó para el jueves siguiente, con el fin de dar a Legna un poco de tiempo para poner orden en la casa. Xavier aprovechó esos pocos días para lanzarse a descubrir la isla. Matarse a hacer ejercicio era una manera como cualquier otra de contener la impaciencia que bullía en él. Recorrió la isla Chatham de arriba abajo, alternó excursiones por las tierras del interior y por los paseos costeros. Los nativos se habituaron pronto a esa curiosa figura que, con la mochila al hombro y Número 8 en el vientre, poblaba su paisaje de idas y venidas. Atravesó las extensiones herbosas metiéndose entre los rebaños, recorrió la llanura azotada por el viento, trepó por las dunas, holló la arena de las playas respirando a pleno pulmón el océano entre las recriminaciones de su pequeño compañero, que le chillaba al oído su aversión al olor de las algas. En cuanto se presentaba la ocasión, metía los pies en el Pacífico sur, disfrutando de la caricia de sus frías aguas en sus pantorrillas doloridas por el esfuerzo. Regresaba de las excursiones ebrio de naturaleza y de aire sano, se daba una ducha ardiente y se presentaba en el restaurante del hotel a la hora de cenar. Antes de sentarse a la mesa, se acodaba en el bar y pedía una Bud, que saboreaba mientras observaba a los pescadores locales concluir su jornada con una partida de dardos o arreglar el mundo entre dos rondas de cerveza. Cada noche, Xavier elegía con sumo cuidado una nueva mesa ante la atenta mirada de Bobby, que acudía de inmediato a regalarle una anécdota sobre el estado elegido en esa ocasión.

—¡Ah, Texas! ¡La pequeña ciudad de Adrian y su Midpoint Café! Allí se encuentra el punto de inflexión de la Ruta, a la misma distancia de Chicago

que de Los Ángeles. Exactamente a mil ciento treinta y nueve millas de una costa y de la otra, lo cual da vértigo e impregna tu desayuno de un sabor particular. En ninguna otra parte del mundo el café me ha parecido tan rico como allí.

Rosie surgía en ese preciso momento cual tornado amarillo y rojo que hacía callar al gigantón de su hijo mientras tomaba nota de la comanda, una noche *fish*, la siguiente *beef*, antes de volver a meterse en la cocina. Xavier se acostaba saciado, con el estómago lleno de los platos de la madre y la cabeza repleta de la logorrea del hijo. Se dejaba llevar por la espera como si se sumergiera en un buen baño caliente y enumerase la cuenta atrás de las noches que le faltaban para su mudanza a la casa de El Último de los Moái, impaciente y soñador como un niño ante la llegada de la Navidad.

—Salvo que no tienes ni idea de lo que te espera a los pies del abeto navideño, colega —le hostigaba Número 8—. No te mientas, retrasas ese momento tan solo porque estás cagado de miedo. Miedo de acabar en un callejón sin salida, miedo a que esa cabaña no responda a tu pregunta más que con otras preguntas. ¿Y qué pregunta es esa, en realidad? ¿Quién soy? ¿Adónde voy? ¿De dónde vengo? ¿Puedes decirnos algo más al respecto?

Xavier no sabía nada más. La única certeza que tenía era que la casa lo había llamado, le había mostrado el camino con ayuda de la grieta y de las señales, y él había ido. Albergaba entre las tablas de sus paredes algo que iba a cambiar su vida, estaba persuadido de ello. Dejó al gnomo con sus preguntas y se refugió en sus convicciones antes de que el enano las hiciera volar en mil pedazos con sus comentarios derrotistas.

El día D, según lo convenido, Legna pasó a recogerlo por el motel a las siete en punto. Al caer la noche, las nubes habían vuelto y con ellas la lluvia. Nada más ver la *pick-up*, el corazón de Xavier se aceleró mientras con la mano apretaba el localizador GPS que había metido en el bolsillo del chubasquero.

—¿Ansioso por ver lo que el viejo Papá Noel te ha puesto dentro de las

zapatillas, eh, colega?

Dejó a Bobby en compañía de Steinbeck, cargó la maleta junto a un saco con provisiones, unos bidones de gasolina y una desbrozadora que ocupaban todo el espacio y luego tomó asiento al lado de la joven. Diez minutos más tarde, la casa apareció en el haz de los faros. Lo primero que hizo Legna fue sacar de debajo de la escalera el equipo electrógeno. Abrió la llave de paso del carburante y tiró de la manilla de arranque. El motor carraspeó un poco antes de rugir entre efluvios de gasolina.

—Con los tres distribuidores que le he traído, tendrá con qué apañárselas. Solo acuérdesse de pararlo antes de acostarse. Para la noche, tiene usted una linterna bajo el fregadero de la cocina.

La joven accionó el interruptor a la derecha de la puerta. La bombilla empezó a lucir como un pequeño sol. Fiel a sus promesas, había hecho la cama con sábanas nuevas. Unas flamantes cortinas también nuevas adornaban las ventanas. En la mesa del salón, un cenicero conservaba los restos de varias varitas de incienso. Aromas afrutados perfumaban el ambiente. Descargaron el coche y ordenaron las provisiones trabajando conjuntamente. Igual que Angie y él hacían al inicio de cada fin de semana cuando llegaban a la casa de campo, pensó Xavier desconcertado. Pagó varias semanas por adelantado pese a las protestas de Legna.

—Está en su propia casa —le susurró ella entregándole las llaves.

En el pasado, jamás se había sentido en su propia casa ni en el piso de Clermont ni en la casa de Alzon. Eso de «su casa» en boca de la joven no podía sonar más exacto y venía a reafirmar la idea de que estaba en el lugar que le correspondía.

—Y ahora que ya estoy en mi casa, ¿puedo invitarla a una taza de té?

—Con mucho gusto.

—A no ser que prefiera una cerveza o un zumo.

—Una taza de té estará bien. Hace una eternidad que no bebo té de agua de lluvia.

La risa traviesa de Legna se impuso por un rato al ruido del aguacero que crepitaba sobre las chapas del tejado. Xavier sacó una cazuela de debajo del fregadero, la llenó de agua y la puso en la cocina de gas. Giró la llave y prendió una cerilla. El quemador se encendió de golpe. Colocó unas tazas y unos platillos en una bandeja, tiró del cajón para buscar unas cucharillas, cogió el azucarero del armario de la pared y abrió un paquete de pastelitos. En ningún momento tuvo necesidad de buscar dónde se hallaba cada cosa. Lo encontraba todo automáticamente, como si viviera allí desde hacía lustros. Sonrió. En su propia casa. Bebieron en silencio, saborearon el instante, conscientes ambos de que las palabras no cabían en ese silencio que se bastaba a sí mismo.

—No sé su apellido —le confesó la joven cuando ya se marchaba.

Xavier se puso pálido. Lo había olvidado. Durante unos segundos eternos, con las manos sobre las barbadas mejillas y la mirada perdida, trató de recordarlo. Legna consideró ese titubeo como una reticencia a proporcionarle su verdadera identidad.

—No se preocupe, me vale con el nombre, es suficiente con eso —añadió ella, herida pero también consciente del malestar de su inquilino.

Insensible a la lluvia, Xavier permaneció un buen rato en la escalera de la entrada sin moverse, mirando cómo decrecían en la noche las luces traseras de la *pick-up*; luego esperó a que el pánico que paralizaba su mente desapareciera en la lejanía. Empapado y tiritando, acabó por volver a meterse en la casa. Se moría de ganas por mirar inmediatamente el localizador GPS, pero aún se tomó su tiempo en recoger la mesita y lavar las tazas. El momento por el que había cruzado la Tierra de un extremo a otro debía ser solemne. No podía echarlo a perder por unas prisas inútiles. Corrió las cortinas. Después de una profunda inspiración, puso en marcha el aparato colocado en la palma de su mano izquierda, bajo la mirada burlona de Número 8.

—Redoble de tambor: ¡El gran Xavier-que-no-recuerda-su-apellido va a descubrir por fin la respuesta al gran misterio de su vida!

*Reconozco que me cargas.*

El infinito hastío con que había pronunciado esas palabras desalentó al gnomo a proseguir por el camino de la mofa. Al aparato le bastaron menos de dos minutos para conectar con la señal del satélite. Con el ojo pegado a la pantalla, Xavier empezó su investigación por el rincón de la cocina. El baile de cifras se detenía cuando él se quedaba quieto y luego, de inmediato, se reanudaba en cuanto se ponía en movimiento.

—Frío, frío —comentó el enano.

Se dirigió al salón a paso de tortuga. Sus pies iban resbalando por el parqué como si levitara.

—Te quemas, colega. Aunque también es lógico, estás junto a la estufa.

*¡Una más y a ti y a tu jeta de barro cocido os convierto en regalo para Eva Adams con el que adornar el aparador de su cocina!*

Esa contestación detuvo en seco la carcajada del barbudo. Sus pasos llevaron a Xavier hasta el cuarto de baño. Ahora no es que se quemara, estaba ardiendo. Se arrodilló y puso el aparato en el suelo con la intención de estabilizar el contador. Estuvo tanteando un buen rato, desplazando el localizador unos centímetros adelante y otros atrás, tanto a la izquierda como a la derecha, hasta que grados, minutos y segundos coincidieran con las cifras buscadas:

43° 57' 52.7649" S

176° 32' 57.3393" O

Febril, apretó el botón con el índice para convertir los datos recogidos en grados decimales y así asegurar la exactitud del resultado:

Latitud: -43.9646569

Longitud: -176.5492609166666667

Unas cifras que ya se sabía de memoria. Ahí estaba. El extremo de la aguja de punto asomaba por ahí en el cartón del globo terráqueo. Con una estilográfica trazó una cruz en el sitio exacto del parqué en que había hecho la última lectura de datos. Al ir a levantarse, su cabeza se golpeó violentamente con el lavabo. Echó por la boca una sarta de juramentos mientras se frotaba el cráneo con fuerza. La cara que gesticulaba al otro lado del espejo con azogue oxidado le dio miedo. De la misma manera que le había costado recordar su apellido, tardó cierto tiempo en reconocerse en ese individuo de turbadora mirada. La vieja raja que recorría de arriba abajo la luna del espejo cortaba su rostro en dos. Sintió un ligero vértigo. Oyó la voz guasona de Número 8, que llegaba del salón.

—Xavier Barthoux, ¿crees de verdad que ha valido la pena atravesar todo el planeta para terminar en medio de un cuarto de baño minúsculo contemplando tu propio retrato en un espejo roto? Barthoux, B-A-R-T-H-O-U-X, ¿sigues sabiendo cómo se escribe?

La coronilla le hormigueaba.

—Es la grieta, que llama a su papá desde el otro lado del globo para saber si has llegado a buen puerto, colega.

*Deja de decir sandeces, es el golpe contra el lavabo, nada más.*

La cabeza le daba vueltas. Miró a su alrededor, alzó los ojos al techo, examinó el suelo minuciosamente. Nada. Un cuarto de baño de lo más vulgar. ¿Cómo había podido creer que la casa albergaba en su seno la solución a sus problemas? ¿Qué es lo que esperaba encontrar allí?

—El camino acaba aquí, colega. Circulen, no hay nada que ver.

Los comentarios de Número 8 sobre el zumbido del equipo electrógeno, el *staccato* de la lluvia sobre las chapas, más el aroma mareante del incienso, todo lo exasperaba de repente. Salió a apagar el generador. El motor hipó dos veces antes de calarse. Xavier caminó a tientas en la oscuridad hasta llegar a la cama. Una inmensa fatiga se había apoderado de todo su ser. El primer vaso de whisky le abrasó el esófago. Iba a necesitar bastantes más para ahogar su

amargura. A pocos metros de él, encima de la mesita del salón, Número 8 esperó en vano un «buenas noches» que nunca llegó.

La cosa empezó con un ligero oleaje, un leve balanceo del somier. A continuación vinieron las náuseas, náuseas que él achacó al alcohol. La cama no tardó en cabecear en medio de un mar embravecido. Con el estómago en la boca, Xavier se levantó y fue tambaleándose en dirección a la puerta sin perder ni un segundo en coger la linterna, tanteando en la oscuridad para dar con el picaporte. Fuera, un manto nuboso aprisionaba una noche cerrada. Sus ojos le ardían y un agudo dolor de cabeza taladraba sus sienes. Sujeto con las dos manos a la barandilla inestable de la escalera, vomitó sobre la hierba. Desde la mesita donde lo había dejado, Número 8 se desgañitó.

—El alcohol no tiene nada que ver con eso y creo que lo sabes muy bien, Xavier Barthoux. Esos vómitos no son triviales, es tu cuerpo el que te envía una señal. ¿Sigues reconociendo las señales, colega? Tu cuerpo te pide huir, abandonar esta maldita cabaña mientras estés a tiempo.

Xavier hizo oídos sordos a las divagaciones del enano, demasiado ocupado como estaba tratando de lidiar con las contracciones de su estómago. Un relámpago iluminó el cielo acompañado de un trueno. A lo lejos se oyó el aullido de un perro.

—Has visto algo en ese espejo, algo que no querías ver —insistió el gnomo—. Algo que tu cerebro no ha registrado pero que se ha metido dentro de ti y ahora expande su veneno.

Las últimas palabras de Número 8 se perdieron en el fragor de la tormenta. Xavier echó la cabeza hacia atrás y dejó que las gotas de lluvia le mojaran el rostro para después volver a acostarse con paso vacilante. Varias veces durante la noche hubo de abalanzarse fuera, doblado en dos por los espasmos,



para vomitar una nueva oleada de bilis antes de regresar a tumbarse en el colchón. Con la cabeza embotada, no fue consciente de que había golpeado la mesita del salón la última vez que pasó por su lado. Solo sintió un ligero choque a la altura de la rodilla izquierda cuando esta golpeó la superficie de madera. El ruido que siguió fue el de una maceta con flores rompiéndose ni más ni menos que sobre él mismo; un ruido ahogado por el grosor de la alfombra, suave al oído y tan débil que no superó la barrera que el dolor había alzado en su cerebro. Con la frente ardiendo, se arrastró hasta la balsa en que se había convertido la cama, sacudido por los temblores. Los dientes le castañeteaban tanto que parecía que se iban a romper. La fiebre le atenazaba el cuerpo en un abrazo gélido. En medio de sus propios gemidos, percibió las primeras rascaduras encima de la cabeza. La comadreja había vuelto. Una comadreja enorme que arañaba el techo con sus garras afiladas. En su delirio, surgió un primer enano al que se le unió rápidamente un segundo. Todo un ejército de Números 8 no tardó en invadir la habitación. Estatuillas de barro cocido que desfilaban por decenas en la noche, golpeando con la suela de las botas el parqué del salón bajo las órdenes de una Hélène Aspici de rostro devastado que llevaba consigo, pegado a ella en un portabebés, un calabacín de tamaño monstruoso. El amanecer repelió por un tiempo a esos fantasmas invasores. Con la garganta quemada, Xavier caminó como un zombi hasta el fregadero para saciar la sed. Abrió el grifo sin ningún resultado. La bomba sumergida de la cisterna no podía funcionar sin corriente eléctrica. Poner en marcha el generador le supuso un esfuerzo sobrehumano. Bebió uno tras otro varios vasos de agua. El líquido pasó por su paladar irritado sin llegar a apagar el incendio. Cada deglución desgarraba un poco más su gástrico en carne viva. Entonces lo vio. Primero, la lengua que había ido a parar a los pies de la mesa, luego los restos del cuerpo desperdigados por la alfombra. Todo lo que quedaba de Número 8 yacía allí, ante sus ojos horrorizados. Xavier se arrodilló y trató de reunir con sus manos temblorosas las piezas del puzle, volver a dar forma a esos trozos esparcidos que ya no tenían ninguna.

*Te pegaré de nuevo, amigo, te pegaré todo de nuevo, ya verás que quedarás como antes.*

Después de varios intentos infructuosos, golpeó la alfombra con la palma de la mano, insensible a las pequeñas heridas que infligieron sobre ella las esquirlas cortantes.

*¡Háblame, joder, no puedes hacerme esto, no tienes derecho, ahora no!*

Incapaz de reconstruir la estatuilla, permaneció un momento postrado contemplando lo que quedaba de su amigo. Cogió delicadamente la minúscula lengua entre los dedos. Era un pequeño objeto muerto que no pesaba más que un diente. Pensó en la reliquia de una santa que vio un día en una capilla que Angèle había querido visitar, una triste astilla de hueso encapsulada en su custodia dorada, para la cual unos hombres habían erigido toda una construcción religiosa con el sudor de su frente. Desorientado, se volvió a acostar con el fragmento de arcilla en el hueco de la mano. La fiebre jugó con él todo el día y toda la noche siguiente. Como una marea, volvía, se aferraba a su organismo, le oprimía los músculos y luego refluía, abandonándolo grogui en medio de unas sábanas empapadas de sudor antes de que otra vez lo acosaran, pegados a él, la comadreja, el ejército de enanos de jardín y Hélène Aspic yendo y viniendo con su enorme calabacín plantado en la barriga. Entre dos asaltos, Xavier gastaba la poca energía que le quedaba en ir a aplacar su sed y echar un chorrito de orina bien caliente en el inodoro. Varias veces llamaron a la puerta. Golpes cada vez más insistentes que le hicieron aovillarse en torno a su miedo.

La mañana del segundo día, la caricia de un paño húmedo sobre la frente lo sacó de su sueño. Aturdido, vio a Legna inclinada sobre él. Su cabello azabache le enmarcaba el rostro serio. Él la miró como si fuera la primera vez que la veía, preguntándose qué hada sería esa que estaba sentada junto a la cabecera de la cama.

—Está usted ardiendo, bébase esto.

Se tragó el brebaje sin hacer preguntas.

—Aspirina. Ha sido Eva quien me ha avisado. Se ha pasado varias veces para traerle sopa de verdura casera, pero usted no ha abierto. Por la cortina entrecerrada vio que estaba usted echado y pálido como un muerto. Le entró miedo y, a la vista de su estado, puedo entenderla. ¿Dónde le duele?

—Garganta.

La enunciación de esa simple palabra bastó para abrasar su laringe. Tenía la sensación de haber tragado cuchillas de afeitar.

—Ha debido de coger frío de tanto ir y venir por montes y valles sin importarle el clima. Voy a llamar al médico del centro de salud para que pase a examinarle, es un amigo.

Lo dijo mientras retiraba la cortina y abría las ventanas para ventilar la habitación. No pareció afectar a la joven el descubrimiento de los restos de Número 8 sobre la alfombra, ya que no preguntó nada al respecto, aunque recogió minuciosamente todos los pedazos hasta el último trocito y los metió en una caja de cartón.

—No sé si tiene hambre, pero voy a calentarle la sopa de Eva. Tal como se encuentra, seguro que le sienta muy bien.

La presencia de la joven le reconfortaba. Era agradable abandonarse a ella, dejarlo todo en sus manos. Le mandó incorporarse, colocó ante él la bandeja con el plato humeante y le metió directamente una primera cucharada en la boca. La sopa de Eva Adams era la mejor que había probado nunca. Un néctar suave que a cada trago apaciguaba la inflamación de la garganta. El doctor llegó puntual. Más bien bajo y regordete, su físico transmitía una impresión de bonhomía que desapareció en cuanto tomó la palabra. Sin decir ni buenos días, preguntó a bocajarro:

—¿Qué le pasa?

—Le duele la garganta, tiene fiebre y ha vomitado.

—No he podido llegar antes. Un ternero que no se decidía a venir al mundo en casa de los Hoocker —explicó el médico a la vez que sacaba el estetoscopio de su maletín.

Xavier echó una mirada de pánico a la joven, quien lo tranquilizó con un movimiento de la cabeza y poniéndole una mano en el antebrazo.

—La última vez que vine aquí fue por tu abuelo y parecía estar en mejor forma que este.

Se sentó al borde de la cama, le examinó garganta, ojos y oídos, le auscultó atentamente el corazón, le tomó la tensión. Gestos mil veces repetidos pero efectuados aplicadamente. El diagnóstico no tardó en ser pronunciado, seguido del tratamiento.

—Anginas. Que tome una cada cuatro horas —concluyó el médico tendiéndole a la joven una caja de paracetamol—. Le prescribo también un antiinflamatorio. Si la cosa persiste, habrá que enviarlo a Wellington para que lo examinen más detenidamente, pero con esto debería bastar, es vírico. En menos de dos días estará de pie. Y guárdate tu dinero. Si tuviera que devolver todo lo que el viejo Caleb me dio, sería yo quien tendría que pagarte a ti.

El médico se marchó como había venido. Ni una sola vez le había dirigido la palabra a Xavier.

—Un poco rudo, pero es el más amable de los hombres. No duda en sustituir al veterinario cuando este se ausenta de la isla.

—Y supongo que en caso de que se ausente el médico, el veterinario es quien atiende las urgencias sanitarias.

Legna sonrió.

—No anda desencaminado. El vete de aquí ha debido de asistir al parto de, por lo menos, tantos bebés como terneros ha traído al mundo el matasanos.

Después de abastecer el generador, la joven prometió volver al caer la tarde con los antiinflamatorios prescritos por el galeno. Aprovechando la tregua que le había dado la fiebre, Xavier cayó en un profundo sueño sin pesadillas. En el hueco de su mano aún anidaba la lengua de arcilla de Número 8, que latía como un minúsculo corazón.

El médico había dado en el clavo. El estado de Xavier mejoró a la misma velocidad a la que se había deteriorado. La irritación de la garganta se suavizó en menos de dos días. La fiebre desapareció y con ella su lote de jaquecas y alucinaciones. Solo las rascaduras sobre su cabeza continuaron poblando el silencio nocturno. Le habló de ello a Legna cuando apareció con un juego de sábanas limpias. «La *kioire*, no puede ser más que la *kioire* —afirmó ella—. Desde que mi abuelo murió, tiene la desagradable costumbre de disponer de la casa como le viene en gana.»

La *kioire*. Xavier se estremeció con solo oír el enunciado de la palabra. Una peligrosidad latente se desprendía de sus sílabas.

—Una rata del Pacífico, si prefiere llamarla así —precisó la joven a continuación ante la mirada interrogativa y algo inquieta de Xavier—. Puede montar una bulla de mil diablos, pero es totalmente inofensiva y come sobre todo huevos de pájaros. Estos tienen la costumbre de anidar debajo de los tejados y el bicho lo sabe.

Una vez más, a cada haz, su envés. A la comadreja de Alzon, la *kioire* de Waitangi. Antes de marcharse, Legna le cogió la cabeza entre las manos y puso los labios sobre la frente, como hacen las madres con sus hijos, para comprobar la temperatura. Fue un roce de una suavidad exquisita que lo sacudió y se quedó en su piel unos instantes más después de que ella se hubiera retirado.

—La fiebre ha desaparecido. Me pasaré de nuevo mañana para asegurarme de que todo va bien, si no le molesta.

Él asintió. Con fiebre o sin fiebre, ella podía seguir yendo a darle un beso

en la frente todos los días que Dios quisiera. Después de su partida, Xavier se metió en la ducha. Tenía la imperiosa necesidad de desprenderse del olor a sudor que había transpirado su cuerpo durante su combate contra la fiebre. Pese a la tibia temperatura del agua, permaneció bajo el chorro de la alcahofa frotándose enérgicamente para activar la circulación de la sangre, una sangre a treinta y siete grados y ya no el río de lava fundida que había discurrido por sus venas la noche anterior. Se secó y se contempló en el espejo. La imagen que este le devolvía era la de un Robinson Crusoe alucinado. La barba le comía las mejillas y unas ojeras profundas le hundían las órbitas, ensombreciéndole los ojos. La raja que cruzaba el espejo atrajo su mirada. Acercó la cara a la superficie reflectante hasta tocarla. Has visto algo en ese espejo, algo que no querías ver, había afirmado Número 8 apenas dos días antes. Fueron las últimas palabras del enano. ¿Cuánto tiempo estuvo así, inmóvil, recorriendo con los ojos esa fractura que cortaba su imagen en dos y buscando en su reflejo una respuesta que el gnomo se había llevado consigo en su caída? Un minuto, cinco minutos, una hora, no habría sabido decirlo. Tuvo que hacer un esfuerzo para apartarse de la atracción hipnótica del minúsculo agrietamiento.

De vuelta al salón, cogió la caja de cartón que contenía los restos de Número 8 y se sentó en el viejo sofá. Los fragmentos entrechocaron emitiendo un horrible sonido a loza rota. Estuvo un buen rato toqueteando los trozos de arcilla como para convencerse de la espantosa realidad, asía entre los dedos un cachito de pierna, o un trocito de mano o un pedazo de tronco. De pronto, Xavier fue consciente de lo que esa ausencia suponía. Adiós a los escozores en los hombros por las correas del portabebés, al calor del pequeño cuerpecillo contra su torso, a los ásperos comentarios inundando sus oídos, a la ronquera tan particular de esa voz, a esa presencia tranquilizadora a su lado en la profundidad de la noche. Adiós a todo eso. Ya no existía más que ese cadáver fragmentado y definitivamente mudo, un cadáver que él contemplaba como se mira un abismo insondable.

Sintió una violenta hambre de acción, unas repentinas ganas de hacer ejercicio, una necesidad visceral de embrutecerse antes de que el pensamiento lo oscureciese todo. Necesidad de moverse, de ocupar su cuerpo a toda costa para salir de ese aturdimiento que le estaba embotando la mente. Las herramientas que había apoyadas cerca de la puerta de entrada le ofrecían sus mangos. Se vistió a toda prisa, cogió la desbrozadora y salió a la claridad cegadora de la plenitud de la tarde. Se deslomó en la tarea, se embriagó con los olores de la gasolina, se atontó con el ruidoso petardeo de la máquina. Con la camisa empapada de sudor pegada al cuerpo, se abría paso en el mar de hierba apretando los dientes por el esfuerzo entre el zumbido de una nube de insectos. Cortados en su base, los grandes helechos caían unos sobre otros y tapizaban el suelo con sus tallos frondosos. Atraída por el ruido, Eva Adams apareció al final del camino. Él la saludó haciendo un visible gesto con el brazo. La vecina no se lo esperaba, pero al poco rato se acercó con una jarra en las manos. Su limonada helada llegaba caída del cielo y lo refrescó deliciosamente. Reanudó el trabajo después de beberse un segundo vaso y darle las gracias a la anciana, que se volvió encantada.

Una hora más tarde, cuando se hallaba en el punto más alejado de la casa, allí donde el suelo ligeramente elevado creaba un pequeño promontorio, descubrió el objeto, una pequeña forma negruzca que adivinó más que vio entre el cortinaje de la vegetación. Detuvo la desbrozadora y con precaución empezó a extraer su hallazgo valiéndose de las manos. Tallada en una madera roja oscura, la escultura mediría unos sesenta centímetros de alto. Sesenta y dos concretamente, pensó Xavier enjugándose con una mano el sudor que le caía por los ojos. No sesenta y uno ni sesenta y tres, no, sesenta y dos, no podía ser de otro modo. El artista había esculpido un ser cuyos globos oculares parecían salirse de las órbitas. Una mueca horrible deformaba los rasgos de la criatura, que sacaba una lengua burlona entre unos labios desmesurados. La voluminosa y desproporcionada cabeza suponía ella sola casi la mitad de toda la estatua. Xavier sonrió. Cincuenta-cincuenta, una regla

de oro de la casa Frachon relativa a las proporciones de los enanos de jardín, una regla aparentemente válida a ambos lados del planeta. Recordó las palabras de Legna. Estaba en presencia de un *tiki*, una de esas esculturas de las que le había hablado ella. Agarró con las dos manos la estatuilla maorí y la arrancó del suelo. La extracción produjo el mismo ruido de succión que había emitido la tierra gredosa del jardincillo de Alzon del que había sacado a Número 8. Limpió someramente la figurilla, cepilló la tierra que cubría los pies, retiró las briznas de hierba enganchadas en las pequeñas hendiduras de la madera y regresó a la casa. Colocó el hallazgo sobre el sofá, fue a mojarse la cara con agua fresca y volvió al salón. Miró varias veces la estatuilla de madera y la caja de cartón que estaba encima de la mesa.

*Puede que fueras de los feos feos de verdad, colega, pero este primo tuyo que se escondía en la hierba desde luego tiene una cabeza apocalíptica.*

—¡Gracias por lo de apocalíptica, pero no te has visto la tuya!

Una esperanza insensata invadió a Xavier. Desde el fondo de su ataúd de cartón, Número 8 había hablado.

—Olvida a Número 8, tío, ¿quieres? Número 8 está en mil pedazos y tú no eres tan gilipollas como para creer que el puzle de barro cocido que es ahora pueda ser de nuevo capaz de sostener mínimamente una conversación.

Aunque el lenguaje era idéntico, la voz era menos cavernosa y presentaba una tonalidad más suavizada.

—Es por la madera, tío. Da menos resonancia que la arcilla.

¿...?

—Soy el envés del barbudo del gorro que te ha acompañado hasta aquí. Ya que me has descubierto tú, te dejo el honor de bautizarme como te apetezca. Cuando Caleb Howlett, en una época en la que todavía no era el viejo Caleb, me esculpió en este trozo de madera roja hace cuarenta y un años, se olvidó de darme un nombre. En este sentido, te agradecería que evitaras endilgarme un patronímico demasiado franchute, tipo Jean-René, Francis o Guy-Edmond. Mis



raíces están más en alguna de las cabezas que figuran en la camiseta de los All Blacks que en la tapa de una caja de camembert normando.

Xavier hizo un rápido cálculo. Cuarenta y un años, 1976, el año en que los Número 8 se moldearon en los talleres Frachon.

*Tiki One.*

—¿Tiki One qué?

*Eres el primer tiki que conozco. Tiki One, ese será tu nombre.*

—Sí, por qué no. No suena demasiado mal y es menos idiota que Número 8. Ahora lo que tienes que hacer es dejar de culpabilizarte por la desaparición del enano, no eres en absoluto culpable. No es posible ver al mismo tiempo el haz y el envés, eso no sucede jamás. Es el uno o el otro, pero no los dos simultáneamente. Estaba en el orden de las cosas que tu coleguita desapareciese para que apareciese yo, ¿comprendes? Él ya ha hecho su parte del trabajo acompañándote hasta aquí, ahora me toca coger el relevo, tío. Este es mi terreno.

A pesar de la promesa que se había hecho de no beber ni una gota más de alcohol durante una buena temporada, Xavier fue a servirse un vaso de whisky. De nuevo, buscó con su mirada restos de Número 8 en la escultura maorí. Esta, en realidad, no era tan diferente del gnomo. Misma edad, mismo tamaño, mismo peso, mismo color, mismo lenguaje. ¿Qué más podría tener Tiki One que no hubiera tenido ya Número 8? Xavier tomó una hoja de papel y garabateó en ella, con letra nerviosa:

Angèle = Legna

Comarcal 999 = Ruta 66

Casa de Alzon = Cabaña de Maipito Road

Hélène Aspic = Eva Adams

Comadreja = *Kiore*

Número 8 = Tiki One

Xavier Barthoux = ?

La visión de la interrogación escrita al final de la hoja lo angustió. ¿Qué escondía ese insignificante signo de puntuación? ¿Acaso era que, como le había sucedido a Número 8, en alguna parte existía un envés de él mismo esperando su aniquilación para dignarse a hacer acto de presencia? El sol rasante acarició la cabeza del *tiki*. El juego de luces y sombras acentuó aún más los rasgos burlones de aquel rostro. De entre sus labios prominentes salieron murmuradas unas palabras.

—Las señales, tío, no lo olvides, busca las señales.

Los trabajos de desbrozamiento no bastaron para saciar la sed de actividad. Consciente de que el ejercicio físico suponía el mejor medio para aplacar la tristeza tanto como el miedo causado por la desaparición de Número 8, preludeo quizá de su propia aniquilación futura, Xavier buscó una nueva ocupación. Después de haber rastrillado y agrupado en montones los helechos del fondo del terreno, acometió la empresa de dar una mano de pintura a las paredes de la casa. Sin la maleza ni los hierbajos que la rodeaban por los laterales, puesta sobre esa alfombra de vegetación cortada al ras, lo cierto era que la cabaña parecía aún más ruinosa. Legna aceptó con entusiasmo su propuesta de revocar las fachadas. Unas burbujas reminiscentes estallaron en la superficie de su memoria mientras elegía con la joven el color que iba a aplicar. Imágenes de Mô entre sus botes de pintura, el recuerdo de Angèle en el almacén de bricolaje discutiendo con él el tono del revestimiento. Burbujas que explotaban en cuanto aparecían. Acordaron un azul celeste para las paredes exteriores y un blanco roto para las ventanas, la puerta y la escalinata de la entrada. La joven lo proveyó de una escalera y de todo el material necesario para la rehabilitación de la casucha. El tiempo se puso de su parte y, con el torso desnudo bajo un sol radiante, Xavier empezó a trabajar. Dedicó los primeros días a rascar, desconchar y decapar la pintura vieja, enmasillar las rendijas de la madera y clavar de nuevo, si era necesario, las tablas deterioradas por la intemperie antes de pulirlas bajo la atenta mirada de Tiki One. La parlanchina figurilla, ubicada en la hierba, no le ahorraba ninguna ironía.

—Tío, vas a acabar por convertirte en un auténtico profesional del

bricolaje. Montaje, desmontaje y ahora la pintura. «Barthoux, sociedad limitada, lo reparamos todo por nada.»

*Si quieres, también puedo rehacerte esa jeta de pesadilla que tienes. Una lijadita por aquí y por allá y te pintarrajeo al estilo Marie-Odile. Un lindo rosa bebé con una pizca de rojo en la nariz tal vez te volviera un poco más simpático, a no ser que prefieras un azul pitufo, para hacer juego con la casa. ¿Cómo lo ves, colega?*

Como ya había ocurrido anteriormente con Número 8, las respuestas mordaces de Xavier sumían a menudo al *tiki* en un silencio mohíno, silencio que nunca duraba demasiado antes de que brotase de entre sus labios un nuevo comentario ácido. Dos veces al día, una a media mañana y la otra al comienzo de la tarde, Eva Adams aparecía al pie del camino con una silla de camping bajo el brazo y una jarra de limonada en la mano. Xavier dejaba las herramientas justo el tiempo que le llevaba refrescarse con un par de vasos y luego volvía al tajo allí donde lo había dejado. La vecina, sentada en su silla plegable junto a Tiki One, permanecía todavía un rato más admirando a aquel hombre en plena labor antes de volver a su cubil con la mirada saciada hasta la próxima visita.

—Está enamorada, tío. ¡Hay que ver cómo te come con los ojos! No te fies, seguro que esa bruja ha echado un filtro de amor en tu limonada.

*Me pregunto si Miss Lunar no vendrá más bien por ti. Te habrás dado cuenta de que siempre se sienta a tu lado, ¿no? Esta, en un par de días, te está haciendo una paja a dos manos en la caoba.*

Cada día, al caer la tarde, y fuera cual fuese el estado de progresión de las obras, Xavier dejaba el trabajo. Tras una rápida ducha, metía el *tiki* en la mochila y se iba caminando hasta el pueblo. Maipito Road ya no tenía secretos para él. El espantapájaros y su bata descolorida, el molino abandonado, la antigua bañera que servía de abrevadero para los rebaños, el parquímetro roto por la mitad, la roca de salitre relamido puesta en la linde de los campos y tantas otras referencias visuales que jalonaban su camino. Al llegar a

Waitangi, encontraba a Bobby sentado en su banco, un Bobby completamente inmerso en su lectura diaria. Entonces, a veces sin decir palabra, se sentaba a su lado y, si el tiempo lo permitía, miraba el disco rojizo deslizarse detrás del horizonte con un creciente sentimiento profundo de dejar un poco más de sí mismo en esa isla perdida del Pacífico sur, mientras el sol, que desaparecía en lontananza, se iba a irradiar sus rayos al otro mundo, el mundo de su vida anterior, un mundo definitivamente tan hecho añicos como el cuerpo de arcilla de Número 8. Cumplía siempre con la misma rutina. Se bebía una cerveza en compañía de Bobby, le dejaba que vaciara un poco su rebosadero americano hasta que su madre apareciera para tomar nota de la comanda, ya fuera *fish*, ya fuera *beef*, y luego regresaba a la casa de noche con el vientre y los oídos llenos. Una horita de marcha bajo la luna escuchando a Tiki One contarle su historia, desde su nacimiento gracias a la gubia de El Último de los Moái hasta su descubrimiento entre la maleza. Al llegar a la casa, se acostaba y se dormía como un bebé, respirando los efluvios hipnóticos de la madera roja que exhalaba el *tiki*, echado junto a él, mientras que encima de su cabeza la *kiore* empezaba su serie de idas y venidas bajo el chapado de la techumbre.

Una vez acondicionadas las paredes, Xavier acometió con energía su pintura. Nutrir la madera seca con brochazos bien cargados, alisar los chorretones y extender con el rodillo el azul celeste puro lo dejó más que satisfecho. Los marcos de las ventanas exigieron un cuidado especial. Se esmeró en resaltar los bordes con ayuda de una brocha redonda para que no rebasara sobre el azul y luego cubrió los fondos. Una vez que hubo pintado de un blanco immaculado la puerta y la escalera de la entrada, cruzó el terreno hasta llegar al camino y allí se dio la vuelta para contemplar su obra. El resultado era impactante. El rojo anaranjado de las chapas oxidadas del techo realzaba todo lo demás. La mejor recompensa fue la exclamación fascinada de Legna cuando pasó al caer la tarde para saber cómo iba todo. Su «Uaaauuu» al ver la cabaña azul y blanca erigida sobre el parterre verdoso lo llenó de alegría.

—Venía a invitarlo a cenar a casa mañana por la noche, si está libre — propuso la joven.

Entre los bocadillos engullidos en un pispás a mediodía y el rancho de Rosie a media tarde, la perspectiva de degustar una verdadera cena cara a cara con Legna lo sedujo tanto que Xavier aceptó inmediatamente.

—Espero que le guste el queso —añadió ella traviesa.

Él sonrió. Angèle siempre había controlado que los únicos productos lácteos que hubiera en el frigorífico, a excepción de la mantequilla que ella toleraba en dosis muy pequeñas durante el desayuno, se limitaran a unos yogures desnatados al cien por cien, sacando a colación constantemente su tasa de colesterol. Tu colesterol bueno está demasiado bajo y tu colesterol malo no para de crecer, le machacaba su mujer en cuanto él se acercaba a cualquier fuente de materia grasa. Al oírla, parecía que el combate del siglo era el colesterol bueno contra el colesterol malo, un combate en que el primero tenía que imponerse al segundo, si uno quería morir con buena salud. Vas por muy mal camino, querido, añadía ella con ese aire de institutriz amenazante que tan bien sabía adoptar. Y el mal camino en boca de Angie significaba ni más ni menos que un infarto de miocardio, un ictus cerebral o un aneurisma. Para ella, comer queso equivalía a inyectarse un chute de grasa en vena. Al prohibírsele, no había conseguido otra cosa que hacer más deseable el producto. Sí, a Xavier le gustaba el queso, le gustaba más que nunca y se lo afirmó con contundencia a Legna.

—¿Puedo ofrecerle un té?

—Con mucho gusto.

—Deje que me lave la cara y me ponga ropa limpia, y estoy con usted.

—Tómese el tiempo que necesite.

Limpiarse con aguarrás las manos manchadas de azul y blanco, auténticas manos de pitufo tal como le hizo observar Tiki One desde el salón, le llevó casi cinco minutos. Bien plantado sobre una de las tablillas del parqué marcada con una cruz, Xavier contempló su reflejo en el espejo del cuarto de

baño. Debido al trabajo y al ejercicio, su cuerpo había cambiado. En gran parte había desaparecido el michelín de grasa que hasta hacía poco rodeaba su cintura. Curtida por el sol, su piel lucía un moreno homogéneo. No existía ya el menor rastro, ni dentro ni fuera de él, del director comercial impecablemente afeitado, encorbatado, paliducho y barrigón que había sido antaño. En su lugar estaba ese otro tipo en pantalón corto y torso desnudo, con greñas despeinadas, bronceado y barbudo, con un persistente brillo en los ojos, regalo olvidado por la fiebre al retirarse. Se puso un pantalón y una camiseta limpios antes de volver con Legna al salón. La joven lo esperaba sentada en el sofá con Tiki One sobre sus rodillas.

—Siempre creí que el abuelo se había deshecho de él. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Al fondo del terreno, medio enterrado entre los helechos.

—Cuando era muy niña y venía por aquí lo llamaba *mi muñeco* —confesó nostálgica—. El abuelo lo quería mucho. Un día me dijo que el *tiki* le hablaba. A mí me dirigió la palabra una sola vez.

—¿Y qué le dijo?

—Una frase que se me ha quedado grabada: «Al extranjero que vuelva a pintar esta casa algún día, una cena le ofrecerás».

Ante la cara desconcertada de Xavier, Legna no pudo conservar su seriedad por mucho tiempo y se echó a reír.

—El *tiki* jamás me ha hablado, más bien era lo contrario. Yo me pasaba horas abrumándolo con mis historias de princesas y dragones. Y luego lo disfrazaba, le ponía mi ropita de niña, le hacía pelucas con hierbas secas con las que le cubría la cabeza, le pintaba los labios de tiza, las mejillas, los ojos. Déjalo un poco en paz, el pobre no te ha hecho nada, repetía sin parar el abuelo. Cómo pude martirizar tanto a este bravo *tiki*...

A Xavier no le costó imaginarla de chiquilla maquillando a la figurita.

*Tiki-el-muñeco-que-saca-la-lengua, debías de estar encantado, colega.*

—Un infierno —gruñó el afectado—. Sin hablar de la vez en que ella no

tuvo nada mejor que hacer que pegarme por todo el cuerpo los tatuajes que venían en los chicles Malabar. Dieciocho me puso, dieciocho calcomanías que el viejo se pasó una mañana entera lijando una por una para quitármelas. Creo que, si él no me hubiera escondido en lo más recóndito del terreno, habría acabado con la madera llena de clavos y los pies carbonizados por el fuego que me habría aplicado esta aprendiza de torturadora.

—¿Y a usted, le habla? —preguntó la joven con la mayor naturalidad del mundo.

—¿Perdón?

—El *tiki*, que si le habla a usted.

A cualquier otra persona Xavier le habría mentado diciendo que no, que ese trozo de madera burdamente esculpido no le dirigía la palabra, pero con Legna no pudo hacerlo. Su risa, a veces su mirada, su manera de asombrarse, todo en ella expresaba una inocencia infantil. Estaba preparada para escuchar lo imposible, él estaba convencido de ello, preparada para creer algo tan inverosímil como lo que se disponía a reconocer. Se lanzó en picado.

—Sí, lo oigo, si es eso lo que quiere usted saber. Lo oigo y él me oye a mí cuando le hablo.

La mirada de Legna se volvió penetrante.

—¿Y él de qué le habla?

—De que de niña le gustaban los chicles Malabar, sobre todo las calcomanías que venían dentro del envoltorio.

Ella se ruborizó.

—Jamás vi al abuelo tan enfadado como aquel día.

Repentinamente abstraída, dejó que sus dedos recorrieran la madera de caoba.

—Tiene usted la suerte de oírlo. He rogado durante mucho tiempo poder tener esa misma suerte. Envidiaba al abuelo por eso.

Xavier sirvió el té y tomó asiento en el taburete dándole vueltas en la cabeza a si había que considerar la capacidad de percibir las palabras del *tiki*



como una suerte o una desgracia.

—¿Me enseñará?

—¿A qué?

—A oírlo.

—Me temo que no podré hacer gran cosa al respecto. Creo que el asunto funciona como una especie de frecuencia radiofónica. Si uno no está en la onda adecuada, no capta nada. El problema es que quien maneja el dial de las frecuencias es él y, por tanto, es él quien decide lo que se puede oír y lo que no.

Tuvo un ataque de nostalgia al recordar lo que Número 8 llamaba *Radio Rododendro*.

—Entonces dígame que siento muchísimo todo el daño que le hice, de verdad.

—Prometido.

*¿Has oído, colega?*

—He oído. Contéstale que se lo perdono todo, salvo quizá la ocasión en que me untó de miel la lengua y me puso en medio de un hormiguero. A veces todavía me despierto con picores en mitad de la noche.

—La perdona.

—Gracias.

Xavier se aclaró la garganta.

—Excepto lo de la miel y las hormigas.

Como si hubiera estado esperando a que acabaran las obras para volver a hacer estragos, el mal tiempo se abatió sobre la isla desde el día siguiente. La temperatura cayó en picado y las fuertes lluvias acompañadas de borrascas encerraron a Xavier en la casa. Cuando se cansó de dar vueltas por ella, se puso delante del espejo del cuarto de baño y maldijo a Número 8 por sus frases enigmáticas, preguntándose qué podría ser lo que había en ese espejo que él no quería ver.

—En el género de los «yo lo sé todo pero no digo nada» era muy bueno mi colega —reconoció Tiki One—. Yo no lo habría hecho mejor.

*Y tú que eres tan retorcido como él, ¿no tienes la menor idea de lo que quiso decir?*

—Simplemente, que no quieres ver lo que el espejo te muestra, como pasaba con tu grieta de detrás de la parra. Reconoce que tuvieron que transcurrir muchos años hasta que te fijaste en ella, y eso que la tenías delante de los ojos.

Xavier examinó por enésima vez la raya que rajaba la luna del espejo sin detectar qué tenía de particular, ni en su forma ni en su aspecto. Cansado, regresó al salón y cogió el primer archivador de anillas que tuvo a mano de entre los veinte que había alineados en la estantería. Si era cierto lo que había dicho Legna, los documentos allí guardados eran la respuesta a este otro enigma: ¿por qué Caleb Howlett estaba considerado como un héroe por algunos isleños y como un peligroso agitador por otros? Se instaló en el sofá y pasó las primeras páginas. El archivador contenía numerosas notas garabateadas y tachadas, hojas de papel cebolla repletas de borradores con

una letra ilegible que hojeó rápidamente antes de abrir un segundo archivador. En este, las notas habían sido transcritas con una máquina de escribir.

—Mecanografiadas en una Underwood que montaba un escándalo de mil diablos, ya lo creo —intervino Tiki One—. Taca-taca-taca-taca, así hasta diez horas al día. El viejo era incansable cuando se ponía a escribir. Bueno, qué te voy a contar, ya sabes cómo es eso, tú eres escritor.

La mofa del *tiki* le dejó indiferente. No le apetecía entrar en su juegucito. Aunque borroso por el paso de los años, el texto redactado en un inglés académico era agradable de leer una vez descifrado. A Xavier no le fue difícil captar en esencia lo que quería decir, pese a tener ciertas limitaciones en el conocimiento del idioma. Su mirada cautiva volaba de una página a otra, se centraba en una frase, escudriñaba una palabra antes de saltar a otra unas líneas más allá. Los escritos de El Último de los Moái lo llevaron como un trozo de madera por un río del que las olas tan pronto son tranquilas como a continuación tumultuosas, un río cuyas aguas no tardaron en teñirse de rojo al hilo de la historia. La vieja caja de zapatos que descubrió entre dos archivadores guardaba en su interior unas cincuenta fotos, fotos en blanco y negro, estropeadas la mayoría de ellas, con las esquinas despuntadas, a veces con alguna anotación y alguna fecha, imágenes que no hicieron más que confirmar lo que el texto dejaba entrever. En algunas fotografías se podía observar a mujeres y niños de piel oscura, pies descalzos, con mantas sobre los hombros, posando delante de un habitáculo rústico. En otras, unos hombres sentados con las piernas cruzadas, algunos provistos de bastones, miraban fijamente al objetivo con expresión grave. En otra más, una pareja de indígenas embutidos en cuidadas vestimentas posaba con los brazos colgando como si no supiera qué hacer con ellos. Todos compartían el mismo color de piel, los mismos cabellos negros, la misma mirada sombría. Sobrevivientes de otra época. Se desprendía de ellos una impresión de profunda resignación. Y entre esas fotos, como en un juego de cartas macabro, se podía encontrar alguna en la que se veían cuerpos echados que era fácil adivinar que se trataba

de cadáveres. Mujeres, hombres, niños, ancianos, extendidos en el suelo los unos junto a los otros en un desordenado hacinamiento. La última imagen mostraba un apilamiento caótico de cráneos blanqueados, calaveras sin esqueleto tan anónimas como las piedras. A media tarde, unos golpes en la puerta sacaron a Xavier del escrupuloso examen de los documentos.

—*Mister Bartou, Mister Bartou.*

Chorreando agua, Eva Adams estaba de pie sobre la escalinata de la entrada con una canasta llena de verduras en los brazos. Los rasgos de la cara, el bajo nacimiento del pelo, la mirada fosca, el mentón prominente, la sonrisa triste, todo en su vecina le recordaba a las mujeres que había visto en las fotos. Podría haber sido una de ellas, pensó él, aunque las separaba casi un siglo.

—*For you, to eat.*

La mujer había afrontado un clima de mil demonios para llevarle lo que parecían ser unas gruesas zanahorias muy terrosas.

—No son zanahorias, cielo, son ñames. Tómalos como un regalo. La vieja quiere llevarte a la cama a base de boniatos.

La carcajada del *tiki* acalló su réplica. Xavier dio las gracias a la mujer, le dijo que era demasiado, que no hacía falta, que se sentía avergonzado y lamentaba mucho no poder invitarla a entrar ya que estaba inmerso plenamente en la escritura de su próxima novela. Los archivadores, las fotos y las hojas esparcidas que ocupaban el sofá, la mesa baja y parte de la alfombra confirmaban lo que acababa de decir. Ella lo comprendió, asintió y le dijo que era muy valiente por su parte continuar con la obra del viejo Caleb. Demasiado pasmado para desmentírselo, Xavier no pudo más que mirar a la vecina ponerse la capucha del chubasquero y darse la vuelta para irse por donde había venido después de dejar los ñames en sus brazos. Por toda comida, Xavier se contentó con un bol de cereales engullido a toda prisa en un rincón de la cocina. Pasó la tarde devorando con los ojos todo cuanto pudo leer de lo que había en los estantes. Una vez terminada la última página,

permaneció un rato como varado en la orilla, aturdido y lleno de una infinita tristeza que ni siquiera la sonrisa radiante de Legna, que fue a buscarlo al caer la tarde, pudo disipar.

Dejó a Tiki One en la casa a pesar de los gritos de protesta de la estatuilla, que no quería perderse esa cena para dos por nada del mundo. *Si te llevo conmigo*, le hizo notar juiciosamente Xavier, *ya no será una cena para dos. Te lo contaré todo*, le prometió tomando asiento en el coche. Los aullidos coléricos del *tiki* cesaron al cabo de quinientos metros. Quinientos metros, es el máximo alcance de Radio Tiki, pensó Xavier sonriendo.

—¿Qué le divierte tanto?

—El *tiki* nos desea buen provecho.

Legna vivía en Owenga Road, frente al océano. El ventanal ofrecía una vista de la inmensidad azul grisácea que dejaba sin aliento. Cuando la joven le habló de queso, ni por asomo estaba preparado para la sorpresa que lo esperaba. Comer una *fondue* suiza a casi veinte mil kilómetros a vuelo de pájaro del lago Lemán era más que asombroso. El recipiente de la *fondue*, la cesta llena de trozos de pan, los pinchos y el vino blanco de Valais con el telón de fondo de las olas espumosas del Pacífico sur componían un cuadro surrealista.

—Había omitido decirle que además de la lengua de Molière y del chocolate, heredé de mi madre su gusto por la *fondue*. Lo más costoso es encargar el queso. Lo pido vía internet. Por avión llega rápido. ¿Podría usted abrir el vino?

Mientras que afuera los elementos desencadenados azotaban el ventanal, ellos bebieron y comieron con entusiasmo, riendo cuando uno de los dos perdía su trocito de pan en el mar de queso fundido.

—Esto es muy distinto de los platos de Fichobif, ¿eh? —le hizo observar Legna.

—¿De los platos de dónde?

—Fichobif. Es así como la gente de por aquí llama al restaurante de Rosie.

A fuerza de oírle proponer a los clientes *fish or beef*, han acabado por bautizar el lugar como el Fichobif.

Xavier echó un trago de vino antes de lanzarse.

—Creo haber descubierto el nombre de los fantasmas que su abuelo despertó. Por otra parte, no es que haya sido muy complicado, están repartidos por todos sus escritos.

—Y ese nombre no le dijo nada la primera vez que lo descubrió, ¿verdad? ¿O me equivoco?

—Sí, en efecto. Conocía a los maoríes, como todo el mundo, pero no a los moriorí, he de confesar que esa palabra no me dijo absolutamente nada.

—Esa es precisamente su mayor desgracia, que ese nombre nunca le ha dicho nada a nadie. Para abreviar: los moriorí fueron los primeros habitantes de las islas Chatham. No eran ni mejores ni peores que los demás, se pasaban el tiempo luchando unas tribus contra otras, ojo por ojo, diente por diente, hasta el día en que comprendieron que matarse los unos a los otros hacía caer peligrosamente la curva demográfica de la especie y que la única opción de sobrevivir que tenían consistía en volverse pacíficos. Debemos reconocerles la rara inteligencia de no haber necesitado que los amables misioneros blancos tuvieran que venir a explicarles, a golpe de fusil y crucifijo, el concepto de «No matarás». Lo pillaron ellos solitos. Vivieron así casi dos siglos en este trozo de tierra, solos en plan *peace and love*, pescando, recogiendo marisco, cazando focas tan tranquilos, hasta que una buena mañana el mundo exterior desembarcó en su playa. Entren sin llamar, está abierto. Primero los británicos, que no se cortaron a la hora de tomar enseguida posesión del lugar como todo colonizador que se precie; luego una horda de maoríes invadió la isla y se apresuró a masacrar a una buena parte de la población, pobres diablos sin defensa que, después de tanto tiempo, habían olvidado lo que significaba luchar. Los escasos sobrevivientes tuvieron el inmenso privilegio de verse reducidos a esclavos. De una población estimada en unas dos mil personas antes de la invasión, no se contaría más que un

centenar a finales del siglo XIX. El último moriori de pura cepa murió oficialmente en los años treinta. Hasta tiene su estatua en el sur de la isla, a dos pasos de aquí, ya se la enseñaré si se da la ocasión. Cuando se vino a vivir aquí, mi abuelo empezó a escribir algunos artículos sobre el tema. Al principio estudió este pedazo de la historia sin más, era una manera de ocuparse en algo, pero luego empezó a profundizar más y más en ello, hasta que sacar del olvido a toda esa gente desaparecida se convirtió en su razón de ser. Lo acusaron de querer atizar los rencores entre los descendientes mestizos y los maoríes de sangre pura, pero su único deseo era hacer justicia a ese pequeño pueblo pacífico olvidado por todos.

—Su abuelo debió de ser un buen hombre.

—Con mala leche, pero sí, era un buen tipo. En fin, bastante hemos hablado del pasado, hablemos ahora del presente. ¿Qué es lo que le ha traído aquí?

—La necesidad de evadirme —alegó Xavier—, de abandonar mi universo habitual para dedicarme plenamente a escribir.

No fue capaz de aguantar la mirada de Legna, quien se contentó con esa respuesta, aunque intuitivamente ella no se creía ni una palabra. Este tipo también corre tras un fantasma, se dijo ella mirándolo ensartar un nuevo trozo de pan. Hablaron de música, de cine, de literatura, de cocina, conversaron de todo y de nada por el simple placer de compartir. Xavier se sorprendió contando historias graciosas, saboreando cada carcajada de la joven.

—Para agradecerle el trabajo que ha hecho en la casa, me gustaría hacerle un pequeño regalo, Xavier —anunció Legna con una voz llena de misterio a la vez que le pidió que la acompañara.

Era la primera vez que ella lo llamaba por su nombre.

—Es algo que muy poca gente puede vivir, algunos vienen de muy lejos y pagan un precio desorbitado con tal de poder presenciarlo, aunque quizá otros no le vean nada extraordinario.

—Me intriga usted.

—¿Es propenso al mareo?

—No.

No que yo sepa, le faltó decir. Su única experiencia acuática se limitaba a un hidropedal en la superficie inmóvil de un estanque, así que no podía jurar nada al respecto de una eventual predisposición al mareo. A través de la noche, adivinó el océano batido por el viento a la derecha de la carretera y lamentó haber mentido. Legna lo tranquilizó.

—El chaparrón que hace estragos actualmente debería calmarse en las próximas horas. La estación meteorológica prevé una vuelta al buen tiempo para el resto de la semana. He programado nuestra salida al mar para pasado mañana. Solo tiene una obligación, estar preparado a las tres en punto de la madrugada, que será cuando pase a buscarle. Y póngase ropa abrigada, a esas horas refresca.

El azul de la fachada no tardó en aparecer ante la luz de los faros. A Xavier le habría gustado prolongar ese instante, saborear por más tiempo esa promiscuidad con la joven en el acolchado interior del 4×4 azotado por la lluvia. Él la invitó a entrar. Ella sonrió.

—Por principio nunca me acuesto en la primera *fondue*.

—¿Y compartir un té con agua de lluvia? —insistió Xavier.

—Gracias, es usted muy amable, pero mañana trabajo y se hace tarde. Dele un beso al muñeco de mi parte.

Cierta turbación se apoderó de ellos en el momento de separarse. Se dieron la mano antes de besarse torpemente en las mejillas. Xavier abrió la puerta del coche y después, tras unos segundos de titubeo, se dio la vuelta para robar a la joven un beso con delicadeza que ella acogió con naturalidad. Se despidieron con el sabor del roce de sus respectivos labios, llevándose cada uno aquella noche el recuerdo de esa caricia deliciosa.



Los faros iluminaron las cortinas del salón cuando el 4×4 se detuvo delante de la casa. Xavier saltó de la cama y tanteó en la oscuridad en busca de su pantalón; se lo puso a la pata coja mientras maldecía a Tiki One.

*Genial, ya veo que no puedo contar contigo.*

—En caso de que el señor no se haya dado cuenta, no tiene delante de sus ojos un despertador, sino la delicada representación de una divinidad maorí esculpida en una madera preciosa.

*Divinidad o no, no era muy complicado dar un toque de diana a la hora que te pedí. Te había dicho las tres menos cuarto.*

—Si no estás contento, solo tienes que pedirselo a la *kiore*, la especialidad de ese roedor de huevos de gaviota es despertar a la gente en medio de la noche.

*¿Qué aspecto tengo?*

—El de un tipo recién caído de la cama, sin peinar, con un aliento de zorro del desierto y que acaba de ponerse el jersey al revés.

Abrió a Legna.

—Ya voy, déjeme solo lavarme los dientes.

—Está bien, he venido un poco antes. He preparado un gran termo de café y habrá algo de bollería, desayunaremos en el barco.

Lavados los dientes y puesto el jersey adecuadamente, Xavier se echó una chaqueta de lana gruesa sobre los hombros y cogió el impermeable colgado del perchero.

—Ya estoy con usted.

—¿No trae a Muñeco?

—Por caridad —dijo él—, que deje de llamarme Muñeco.

—No, no querría que las salpicaduras del agua de mar echaran a perder la madera preciosa de su divina majestad.

—¿Sabes lo que te dice su divina majestad?

—¿Le está hablando?

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Que le encanta que lo llame Muñeco.

En el momento de partir, Legna dio un sonoro beso en la mejilla al *tiki* ante la divertida mirada de Xavier, que se cuidó mucho de transmitirle a la joven el diluvio de groserías que salió por la boca de la estatuilla.

Le sorprendió el fresco que hacía en el exterior. Apenas diez grados, confirmó la joven después de consultar la temperatura que aparecía en el salpicadero. Subieron por Maipito Road bajo un cielo estrellado. Menos de un cuarto de hora más tarde, el vehículo entraba en el aparcamiento del puerto. El barco los esperaba en el muelle con el motor en marcha al ralentí. La única luz que había era la de la cabina, que resplandecía en la noche por la potencia con que estaba iluminada. Legna franqueó con paso decidido el espacio entre el muelle y la embarcación, del que ascendía el chapoteo del agua contra el casco. A continuación, Xavier pasó por encima de la borda y subió a la cubierta. De una anchura de más de diez metros, la lancha había conocido días mejores. Maderamen desgastado, asientos raídos, acero deslucido. Los salvavidas colgados de las barandillas habían perdido color con el tiempo.

—Bienvenido a bordo de la *Santa Mónica*, señor Escritor —le saludó Bobby—. No se fie de las apariencias —prosiguió el gigante con mirada circunspecta—, esta cáscara de nuez es lo mejor que hay en todo el archipiélago. Lleva casi cuarenta años de servicio, y ha sacado a pasear a más turistas que el *Queen Mary*.

El hotelero, todo él sonrisa, se había puesto en la cabeza una gorra blanca de capitán para la ocasión.

—Mi madre nos ha preparado con cariño una cesta con donuts, un poco grasientos, de acuerdo, pero ya sabe cómo es la cocina de mi madre. Sírvase. Ella suele decir que si el viaje dura dos horas, hay que tener algo que vomitar durante esas dos horas. Son pocos para el tiempo que vamos a tardar en recorrer las doce millas que nos separan de nuestro destino, pero no pienso salir de aquí hasta no me hayas servido una taza de café bien caliente, Legna.

Cuando Xavier le preguntó por el destino, Bobby se volvió mudo como una tumba.

—Lo más que puedo decirle es que no tiene precio, y que no cuesta más que un poco de carburante y una cesta de donuts. Mientras tanto, póngase esto, la chica no me perdonaría que lo perdiera en altamar.

De un naranja desteñido, el chaleco salvavidas desprendía un fuerte olor a moho. Con el tazón lleno y las amarras largadas, Bobby liberó los trescientos caballos del motor, que rugió mientras el barco salía del muelle. La lancha fue costeando hasta el sur de la isla antes de enfilarse hacia mar abierto, rumbo al sureste. La *Santa Mónica* engañaba, pese a su apariencia vetusta. El barco surcaba las olas con agilidad y su estela dejaba sobre la superficie negra del agua una gran cicatriz blanquecina. Aferrado con las dos manos a la jamba de la cabina, Xavier, con los ojos cerrados, disfrutaba del agua que le salpicaba la cara. A Legna le pareció guapo, con la cabeza echada para atrás bajo el techo de estrellas. Varios cafés y varios donuts más tarde, una masa oscura con franjas de espuma surgió en la noche.

—La isla Pitt —explicó Legna antes de que él le hiciera la pregunta—. Un pedazo de roca catorce veces más pequeño que Chatham.

La lancha remontó a lo largo de la escarpada costa, en realidad una sucesión de acantilados y playas salvajes, hasta el norte de la isla, donde atracaron en el único malecón que había. Bobby echó un vistazo a su reloj.

—Id, jóvenes, yo me quedo cuidando el barco y los donuts. Tenéis todavía media hora para trepar hasta allá arriba, pero no os retraséis, él no os esperará para comenzar. Que se recuerde, jamás ha esperado a nadie.

La montaña dominaba el océano desde una altura de más de doscientos metros. Legna se puso a caminar a buen paso por el sendero que serpenteaba por la ladera de la colina. Durante la ascensión, Xavier la seguía pegado a sus talones con la mente puesta en ese «él» misterioso al que Bobby había aludido. El soplo del viento los recibió en la cumbre, un viento que hizo volar su pelo y restallar los faldones de su impermeable. Vista desde lo alto, la cabina de la *Santa Mónica* se reducía a un minúsculo farolillo zarandeado por el oleaje. Legna tiró de la manga de Xavier y le indicó que mirase hacia el este, donde se adivinaban las primeras luces del alba. Los ojos de la joven brillaban en la noche que estaba a punto de acabar.

—Ya viene —murmuró tan emocionada como excitada al ver el trazo resplandeciente que encendía el horizonte.

Ella le cogió la mano.

—Estamos en el lugar del planeta donde comienza el día. La isla Pitt es la primera tierra que hay al otro lado de la línea de cambio de fecha, si exceptuamos los polos, aunque algún malintencionado le dirá que es falso, que, desde el maldito reajuste del año dos mil, la isla del Milenio, una lengua de tierra deshabitada en la república de Kiribati, es la que detenta ese privilegio, pero solo se debe a una vergonzosa desviación de la línea. El país de la frontera del día siguiente es este y ningún otro. De los siete mil millones de habitantes del planeta, nosotros somos los primeros en ver cómo amanece el día de hoy, Xavier. Este día es tuyo ,me dijo mi abuelo la primera vez que me trajo aquí, te pertenece de pleno derecho. Haz buen uso de él.

Diez minutos fueron los que necesitó el disco solar para elevarse sobre el Pacífico sur y devorar los últimos jirones de las tinieblas. Mientras la lluvia de fotones se abatía sobre ellos, Legna tomó entre sus manos la cara de Xavier y lo besó. Un prolongado beso en el que se sumergieron el uno en el otro antes de regresar a la superficie, embriagados y sin aliento. Se contemplaron mutuamente. La luz de levante bañaba sus rostros. Con un gesto lleno de ternura, Legna pasó su índice por el labio superior de Xavier, justo por el

límite de su bigote. Un gesto que nadie le había hecho antes, ni siquiera Angie en todos los años de vida en común. Se estremeció, todos los músculos de su cuerpo se tensaron como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Todo bien? —se inquietó Legna.

—Todo bien —mintió Xavier, que besó el cuello de la joven para ocultar su turbación.

Descendieron la colina en silencio, ella abría la marcha, él pisaba donde ella había pisado; entre ambos mediaba ese pequeño rubor que el gesto liviano de la joven había hecho nacer en él. La vuelta a Waitangi les pareció mucho más corta que la ida. Dos horas sentados en la cubierta de proa de la *Santa Mónica*, cogidos de la mano, mecidos por las vibraciones del motor en el casco, insensibles al agua del mar que los salpicaba. Bobby les propuso que se quedaran a comer en el Fichobif. Se lo agradecieron, pero declinaron la invitación. Legna le recordó que comer los platos de Rosie una vez al día era una delicia, hacerlo dos veces, un suicidio. El grandullón no insistió. Un apetito de otro orden los reclamaba. Condujeron sin pronunciar palabra hasta la casa de El Último de los Moái, conscientes ambos de que esa calma solo precedía al desencadenamiento de la pasión. En cuanto cruzaron el umbral, se abrazaron con fogosidad, se desnudaron y se echaron sobre el colchón sin que Tiki One, puesto a los pies de la cama, les quitara ojo.

—Nunca me acuesto en la primera *fondue* —soltó el *tiki* imitando las palabras de la joven—. Tío, te habrás dado cuenta de que Miss Lago Leman no ha esperado a la siguiente cuchipanda para saltar sobre ti como una ninfómana. ¡Curiosa manera de hacer buen uso de su día, ja! Papá Caleb debe de estar removiéndose en su tumba.

—Permíteme un segundo —susurró Xavier al oído de Legna.

Se inclinó para darle la vuelta al *tiki* y ponerlo boca abajo en la alfombra.

*Lo siento, colega, pero, divinidad o no, hay algunas escenas de los mortales que deberán seguir siendo un misterio para ti.*

Legna abandonó la casa a media tarde, con la excusa de que tenía que terminar un trabajo. No se atrevió a confesarle que el verdadero motivo de su partida era esa incomodidad que se había instalado en la mirada de Xavier desde que ella le había acariciado los labios en lo alto de la montaña, una incomodidad que ni siquiera los encendidos retozos habían llegado a disipar. Cuando ella se fue, él se acostó en el sofá y, con las manos cruzadas detrás de la nuca, trató de hallar el origen de esa turbación que parasitaba sus pensamientos. Los archivadores estaban sobre la mesa exhibiendo sus tapas de cartón. Podía leerse la palabra *moriori* en letras descoloridas. Era como si mirase a través de un espejo. Levantó a Tiki One, que yacía en la alfombra. ¿Qué de más podía tener ese envés de Número 8 con respecto a su haz? La estatuilla palpitó en sus manos.

—¿Y no has pensado en lo que tengo de menos?

Contempló aquella cara roja oscura. El juego de luces y sombras dibujaba una sonrisa en sus labios de madera preciosa. La respuesta se impuso por evidente.

—Tío, ya sabes lo que te falta por hacer.

La Waitangi Store cerraba a las siete de la tarde. Xavier cogió la chaqueta y se lanzó corriendo a Maipito Road, deslumbrado por el sol que Legna y él habían visto nacer aquella misma mañana. La tienda estaba vacía. Ocupado al teléfono, el hombre de la caja lo miró distraídamente por encima de las gafas. Era obvio que Legna había heredado de su padre los ojos y el color del pelo. Xavier encontró lo que buscaba en la sección de higiene y belleza. Pagó y regresó a la misma velocidad a la que había ido. Llegó a la casa jadeante y

sudoroso. Sin más dilación, se dirigió al cuarto de baño y se desnudó de arriba abajo. Le costó extraer la nueva y flamante navaja de afeitar de su envoltorio de plástico debido al temblor de las manos. La hoja de la cuchilla brilló al desplegarse. Aparte del bigote, una poblada barba había colonizado la parte inferior de su cara. Aplicó la espuma de afeitar y empezó a cortar esa vellosidad invasora. Pese a un titubeo inicial, el gesto fue ganando seguridad en cada pasada. La cuchilla trazaba su ruta sin piedad, acero contra piel. La espuma mezclada con los pelos caía sobre la loza del lavabo antes de desaparecer por la boca sombría del desagüe. Necesitó diez minutos para despejar el mentón y las mejillas. Cuando le llegó el turno al bigote, que le cubría el labio superior, se detuvo. Era momento de parar, cerrar la navaja y dejarlo ahí.

—El bigote, tío —le sermoneó Tiki One desde el salón—. Esa es tu parra particular, el bigote, una parra que vas a darme el gusto de cortar inmediatamente si quieres descubrir lo que oculta.

Por mucho que se remontara en su memoria, Xavier no lograba recordarse a sí mismo sin ese bigote. Un rostro arrojado al fondo de un pozo donde la luz no llegaba nunca. Se puso manos a la obra. Tan pronto como cayeron los últimos pelos sobre el lavabo, se inclinó y se aclaró con abundante agua la cara, mojándosela más de lo necesario con el solo propósito de postergar el momento de afrontar su propio reflejo. Levantó la cabeza. Con los pies puestos en la antípoda exacta de la grieta de Alzon, donde había empezado todo, vio al ser al que había enterrado decenas de años antes, un individuo escondido desde el final de la adolescencia detrás de ese escudo peludo con la esperanza de olvidarlo, persuadido de que era lo mejor que podía hacer. Acercó la cara al espejo. La cicatriz seguía ahí, más notoria que nunca. ¿Acaso podría haber sido de otra manera? Se extendía ligeramente por el labio superior hacia arriba, antes de trazar una línea oblicua hasta la base de la fosa nasal izquierda. Acarició la fina hinchazón rosácea. La grieta, esa grieta que tanto se esforzaba en combatir, estaba en él, siempre había estado en

él, grabada en su carne, estigma de un antiguo labio leporino, una hendidura labiopalatina que había desgarrado en dos su boca de bebé antes de que un cirujano llegara a reparar lo que la Madre Naturaleza había omitido terminar. Liberados de pronto, afluyeron los recuerdos. El sufrimiento físico, las múltiples operaciones, las estancias en el hospital, los aparatos de ortodoncia, las interminables sesiones en la consulta del logopeda y luego las burlas, esas burlas que podían hacer más daño aún que el bisturí, con el añadido del apodo, Bocalobo, que lo había perseguido toda la infancia, una boca que él había acabado por aborrecer hasta negársela a sí mismo. Después de haber dejado el pueblo, no había regresado jamás a él. Le daba demasiado miedo cruzarse con las personas que pudieran recordarle su pasado. Cuando cumplió los siete años, se lo había preguntado a su madre: ¿por qué él no tenía el mismo hueco que los demás entre el labio superior y la base de la nariz? Haciendo suya una vieja leyenda judía, ella le contó que esa marca que los recién nacidos tenían ahí era la huella dejada por un ángel. «Cuando nace un bebé —le había explicado ella—, posee en sí mismo toda la sabiduría del mundo, pero, para sellar el secreto y borrar los recuerdos, un ángel baja del cielo y pone su dedo en la boca del recién nacido, y lo que deja allí es esa marca indeleble. En tu caso —había proseguido su madre seriamente—, el ángel vino, pero no pudo sellar el secreto ni borrar los recuerdos. Tú mantienes en ti toda la sabiduría del mundo.» Una sabiduría que al pequeño Xavier Barthoux le importaba un pepino. Había imaginado cómo el immaculado ser, desplegando las alas, se posaba junto a su cuna y hacía una mueca al ver la abominable boca deforme y el desfigurado paladar de la criatura, una amalgama rosa y blanca de carne y hueso mezclados. Las lágrimas caían por las mejillas recién afeitadas de Xavier. Había matado al chico de labio leporino, le había negado la vida al sepultarlo detrás de ese bigote y de ese individuo de pacotilla en que se había convertido, un usurpador de sí mismo. Exhumado casi cuarenta años después, el hombre del otro lado del espejo le sonrió. Ahora tenía una existencia que llenar, una mujer



que amar, muchas *fondues* que devorar, un Bobby a quien escuchar e incontables soles que ver al amanecer y al atardecer. Señales que seguir. Todas las notas que se pudrían en la oscuridad de esa casa lo habían estado esperando. Un cúmulo de documentos que solo anhelaban que alguien los reuniera para ser entregados al mundo. El viejo Caleb Howlett había muerto sin haber podido llegar hasta el final en su lucha, ahora le tocaba a él continuarla. Hay dos maneras de salir de una mentira: confesarla o actuar de manera que se convierta en una verdad. Ser el negro póstumo de El Último de los Moái, he ahí cuál sería por fin su destino.

Xavier se echó desnudo sobre la cama. Cerró los ojos, se tapó los oídos y dejó que el corazón del mundo le llenara la cabeza con sus potentes latidos. La voz del *tiki*, con mayor claridad que nunca, traspasó la barrera de sus manos.

—Te Tangata Ki Te Nawe.

Era su nuevo nombre, la estatuilla lo desgranaba entre dos latidos, como una letanía.

—Te Tangata Ki Te Nawe. Te Tangata Ki Te Nawe. Te Tangata Ki Te Nawe.

El hombre de la cicatriz.

*La mujer deslizó su índice por la cicatriz del hombre, luego se inclinó sobre él y lo besó en los labios. Concentrado en su obra, el maestro tatuador daba los últimos toques a su trabajo. Las líneas oscuras que ascendían desde el codo se unían en el bíceps en un entramado cada vez más estrecho. Las circunvoluciones se insertaban las unas en las otras para formar el dibujo. El ayudante secaba la piel entintada con ayuda de un paño. Con el hocico levantado hasta el hombro, la cabeza de lobo parecía aullarle a la vida. El hombre miró hacia la ventana por la que entraba la poderosa luz del mundo traída por el soplo del Pacífico. Arriba, en el cielo, los albatros rasgaban el azul con la punta de sus alas. El hombre respiró profundamente. Había llovido durante toda la mañana y la atmósfera cargada de humedad olía al humus con el que se mezclaban los efluvios salados del océano. Olores de tierra y mar reunidos en un mismo vientre. Olores de nacimiento, pensó el hombre. Sonrió a la mujer antes de apretar los dientes para aguantar el dolor.*

# Notas

1. Medicamento similar al Almax. (*N. del t.*)

*Conversaciones con mi enano de jardín*  
Jean-Paul Didierlaurent

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *La Fissure*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño  
© de la fotografía de la portada, Imagebroker - ACI

© Éditions Au diable vauvert, 2018

© de la traducción, Adolfo García Ortega, 2019

Canciones del interior:

© Highway to Hell, 1979 J. Albert & Son Pty Ltd, interpretada por AC/DC

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-322-3537-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NARRATIVA  
**LITERARIA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**







**Jean-Paul Didierlaurent**

Conversaciones

con mi enano de jardín

